

The background of the entire page is a high-contrast, black and white image of a large crowd of people. The individuals are mostly seen from the back or side, with their arms raised in various gestures, suggesting a protest, a concert, or a public gathering. The image is rendered in a stark, almost graphic style. In the center of the page, there is a white rectangular area with a decorative border of small, repeating 'V' shapes. Inside this white area, the title and author's name are printed in black text.

**UN GESTO
QUE HIZO SONAR
EL SILENCIO**

ANA ROSA GÓMEZ MORAL

Un gesto que hizo sonar el silencio

Ana Rosa Gómez Moral

Edición: Coordinadora Gesto por la Paz de Euskal Herria
Diseño y maquetación: Zum Creativos
Impresión: Imprenta TC
Depósito legal: BI-771-2013
© de los textos: Ana Rosa Gómez Moral
© de esta edición: Coordinadora Gesto por la Paz de Euskal Herria
Editado con la colaboración de la Dirección de Derechos Humanos
del Gobierno Vasco
Todos los derechos reservados

*A toda la gente de Gesto por la Paz
con la que compartí, posiblemente,
lo más significativo que vaya a hacer en mi vida.*

Cada palabra es uno de nosotros.

ÍNDICE

Memoria del futuro

La víctima perfecta

Quince minutos contigo

Entrelazados

Buenos tontos, malos listos

La última palabra

*Cuando viene a nuestro encuentro algo grande, bello, importante,
luego, no hay que colocar los trofeos en la memoria;
más bien desde su mismo principio
ese acontecimiento debe enlazarse con nuestra esencia interior,
hacerse uno con ella, crear en nosotros un nuevo y mejor yo,
y vivir en nosotros eternamente, concreándonos en el futuro.*

*No hay pasado del que esté permitido sentir nostalgia;
existe sólo aquello que es eternamente nuevo,
que está formado por los elementos –en continuo desarrollo- del pasado.*

*La verdadera nostalgia debe ser creadora,
tiene que contribuir al surgimiento de cosas nuevas y mejores.*

Johan Wolfgang Goethe

Memoria del futuro

Muchas veces, me hubiera gustado estar en el futuro para comprender lo que nos estaba pasando. El transcurso del tiempo nos va abriendo las cortinas del presente para dejarnos ver la actuación desde la butaca del espectador que es, a la vez, el actor de otra época. Ahora, casi sin darnos cuenta, estamos ya en ese futuro que nos permite abandonar el escenario que ocupamos durante gran parte de nuestra existencia para ir acomodándonos en el patio de asientos desde el que poder contemplar la obra de la que fuimos protagonistas. A estas alturas, cuando ya incluso podemos permitirnos un poco de esa coquetería propia de una velada escénica, sería inútil negar que, por fortuna, Gesto por la Paz representó uno de los papeles más bellos y luminosos en esa función que, la mayoría de las veces, no comenzaba con el suave deslizamiento de un telón de terciopelo, sino con su desgarró violento y estremecedor, tras el que asomaba un escenario lleno de tristeza y oscuridad.

Allí estaba el terrorismo, sus ejecutores y los que les exhortaban. Allí estaban las víctimas, muchas de ellas sin más papel que morir. Allí estaba la sociedad, omisa y extraviada. Allí estaban, cuando pudieron, los representantes políticos y la fragilidad propia de quien sufre continuamente la tentación de obtener algo a cambio. Resultaba difícil ver entre tanta maleza. Pero, de repente, surgió, allí también, un pequeño grupo de personas anónimas que, con un papel secundario, de esos que los actores suelen describir como *'tengo sólo un frase, pero es fundamental para la historia'*, se plantó en medio de la tarima con la intención de arrojar un poco de luz sobre aquella obra de desolación.

Resultaría injusto decir que la sociedad vasca y navarra no se había movilizado antes en contra de la violencia que arrasaba su vida cotidiana, pero se trató de manifestaciones que se convocaron de forma esporádica y en función de acontecimientos especialmente impactantes o emotivos. El nacimiento de Gesto por la Paz, en el lejano, pero también y, por desgracia, tardío, noviembre de 1985, supuso la irrupción de un personaje totalmente nuevo en la escena, puesto que brotaba del corazón de la propia sociedad y proponía una respuesta cívica y sistemática cada vez que se producía una muerte causada por la violencia, tristemente propia, de Euskal Herria. A partir de entonces, ya no quedaría ninguna muerte sin respuesta.

Se trataba de una impugnación total al uso de medios violentos con fines políticos, ya que no admitía ninguno de sus resultados, ni siquiera la desaparición del propio terrorista en el ejercicio de su cruenta actividad. La chispa inspiradora de esta actitud dialogaba directamente con la de Herman Melville, cuando, en Moby Dick, dice *"...es muy doloroso, y aún repugnante exponer la pérdida del valor en un alma. Los hombres pueden parecer detestables tomados en sociedades*

comerciales y nacionales; en ellas, pueden ser bribones, necios, asesinos, pueden tener caras viles y miserables, pero el hombre, como ideal, es tan noble y espléndido, es una criatura tan graciosa y radiante que todos sus compañeros deberían precipitarse sobre cada mancha de ignominia para cubrirla con sus mantos más preciosos”.

Los mantos más preciosos de Gesto por la Paz fueron unas sencillas pancartas que empezaron a desplegarse, paulatinamente y en torno a quince minutos de silencio, por todas las ciudades, pueblos, barrios y centros de enseñanza del País Vasco y Navarra. Al principio, pocos. Luego, muchos más, aunque nunca suficientes. Y los elegantes adornos que las engalanaban eran lemas de diamante sin tallar como *¿Por qué no la paz? Dilo con tu silencio, Da la cara por la paz, No escondas la cabeza bajo el ala de la indiferencia, Con tu gesto construimos la paz, Han matado a una persona, ¿Hasta cuando pediremos la paz?...* Eran los mensajes más lujosos de entonces. Con ellos, tratamos de cubrir la ignominia del tiempo y del lugar que nos tocó vivir y de la que, como mínimo, no queríamos ser cómplices. Conscientes de que es muy difícil evitar las injusticias que cometen nuestros semejantes, al menos nos quedaba el recurso de expresar que esas atrocidades no se llevaran a cabo en nuestro nombre. Se trataba de liberar a las víctimas de la culpa que les habían imputado sus verdugos como excusa para asesinarlas o infligirles un daño cruel, irreparable e injusto. Se trataba también de rescatar a esos mismos verdugos de su propia barbarie dentro de la cual sólo les esperaba un destino, igualmente fatal, de cárcel, exilio o muerte. Y se trataba, sobre todo, de movilizar a toda la sociedad para que no permaneciera ajena y sorda a los aldabonazos que la violencia estaba dando sobre la puerta no sólo de su libertad política, sino también de su más pura humanidad.

Es imposible hacer un juicio sobre si la sociedad estuvo a la altura de las circunstancias. Tan injusto sería decir que sí como lo contrario. Dice Adam Zagajewski que *“hay que estar despierto para ser despertado. En cada generación hay sólo un grupo de gente que puede responder a la poesía”*. Y, si son pocos los que, en cada generación, se deciden a saborear el licor poético, tan exquisito y placentero, ¿a cuántos se podía pedir que bebieran del vaso amargo, destilado con gotas de dolor, miedo y angustia, que nos imponía la respuesta a la violencia? Así pues, lo importante y realmente valioso es que esa generación produjera en su seno un grupo suficiente de personas que fue capaz no sólo de responder a la poesía de la paz, sino de acrecentarla con la composición de un poema lleno de sentido y de posibilidades para la convivencia. La soledad que pudimos sentir en muchos momentos quedaría ampliamente compensada si esa gran parte de la sociedad que nunca se movilizó contra el terror viera, en el edificio de hoy, aquella tímida ventana que, un día, abrimos un puñado de personas para hacer posible que corriera el aire de la libertad en un mundo asfixiado por la intimidación, si hubiera acabado por hacer suya alguna de nuestras metáforas para la paz y, sobre todo, si esa comprensión pasara a formar parte de lo mucho que

aún hoy queda por hacer. Ojalá haya mucha más gente en el futuro de la memoria de Gesto por la Paz que la que participó, verdaderamente, en su pasado.

Hubo que esperar algo más de un cuarto de siglo para obtener un fruto que estuviera a la altura de nuestras esperanzas. Demasiado tiempo. Tal vez, tanto como para caer en la tentación de pensar que la labor de Gesto por la Paz no fue eficaz o que resultó insuficiente en su desesperada apelación a quienes ejercían y justificaban la violencia. Habría sido un auténtico milagro poder detener en seco la actividad de un entramado que hacía girar sus señas de identidad sobre los goznes de la fuerza y el poder que otorga el asesinato. Pero la apariencia inalcanzable del objetivo no obstaba para que aquel grupo de ciudadanos decidiera pasar a la acción, simplemente porque la paz era un fin justo. En este sentido, la tarea de Gesto por la Paz se parecía más a la lucha de la conciencia contra la violencia. Con todas las distancias y el respeto que se quiera, se inspiraba más en algo así como la que mantuvo el olvidado Castellio contra Calvino y que, según Stefan Zweig, se fundamentaba en *“precisamente eso, que Sebastian Castellio fuera consciente desde el principio de la esterilidad de su lucha y que no obstante la emprendiera, contra todo sentido común, justamente ese santo no obstante, engrandece para siempre a ese soldado desconocido, convirtiéndolo en un héroe en la gran lucha por la liberación de la humanidad”*.

Sabemos que ni siquiera el final de la parte más brutal y tosca de la práctica violenta ha sido producto de una evolución en la conciencia, que es el triunfo eternamente pendiente del ser humano. Las personas que empleaban y apoyaban la utilización de la máxima de las injusticias como herramienta política comparten hoy, con toda naturalidad, el patio de butacas desde el que contemplamos nuestro pasado más sensible. A pesar de que aun vibra en el aire que respiramos el grito de *‘ETA, mátalos’* que, hasta hace poco, salía de sus gargantas, acuden a la función, incluso, vestidas del blanco más puro para atraer la luz de los focos. Pero, precisamente, esa misma luz que ahora buscan con impaciencia es la que agranda la sombra que les persigue: la responsabilidad sobre el dolor inconmensurable que han causado, de forma gratuita, a otros y a sí mismos. Sólo el reconocimiento de que todo pudo haber sido de otra manera y de que ninguna muerte era necesaria les puede liberar de ese espectro que proyectan y que se alarga desde la última hasta la primera víctima. No va a resultar fácil, puesto que están acostumbrados a esclavizarse por sus ideas. Esperemos que no deseen permanecer, también, esclavos de su historia.

Gesto por la Paz, en cambio, siempre trabajó como si viviera por delante de su tiempo. Sabedores de que no era necesario esperar a grandes pronunciamientos finales o fotos deslumbrantes para poner en práctica la recomendación de Theodore Roosevelt de *“haz lo que puedas, con lo que tengas, estés donde estés”*, la gente de Gesto por la Paz cogió en sus manos elementos tan preciosos como los derechos humanos y los principios democráticos y, en una especie de alquimia,

logró transformar el plomo tosco de aquel tiempo pasado en lingotes de futuro. La tarea de ayer tiene plena vigencia en el escenario de hoy. De hecho, nada se parece más al presente que las viejas propuestas que fue haciendo Gesto por la Paz a lo largo de sus 28 años de andadura. Aunque quede diferida la deuda que una parte importante de la sociedad tiene con la conciencia, el final del ejercicio violento se ha logrado sin pagar ningún precio político a cambio, lo cual satisface el antiguo imaginario de Gesto sobre la separación de conflictos y su idea de que violencia y política son términos antagónicos debido a los, radicalmente diferentes, medios que utiliza cada una. Porque la cuestión no es el *qué*, sino el *cómo* lo perseguimos o, como diría el mismo Zweig, *“no importa de qué idea se trate: todas y cada una de ellas, desde el instante que recurren al terror para uniformar y reglamentar las opiniones ajenas, dejan el terreno de lo ideal para entrar en el de la brutalidad. Hasta la más legítima de las verdades, si es impuesta a otros por medio de la violencia, se convierte en un pecado contra el espíritu”*.

En cuanto a las estremecedoras consecuencias que nos han dejado 45 años de terror, los condenados por delitos de terrorismo solicitan, hoy, el cumplimiento de las penas en Euskal Herria, una reivindicación mucho más parecida al *acercamiento*, aquel concepto que inventó Gesto, ya en 1994, que a la tradicional amnistía que siempre exigieron los colectivos cercanos a los presos y que, hoy, cuando se menciona, ya no es más que un máximo para regatear y llegar al *precio* justo, que sería el traslado de los reclusos a cárceles cercanas al País Vasco o Navarra. Indefectiblemente, muy pronto, tendrán que empezar a buscar disfraces lingüísticos para acogerse a la reinserción, otra medida que también desarrolló Gesto por la Paz, durante más de veinte años, en su incansable búsqueda, dentro de la legalidad vigente, del camino idóneo hacia la recuperación de las personas presas para la vida en sociedad. Y las víctimas, núcleo siempre en expansión dentro de las preocupaciones de Gesto por la Paz, podrían ahora encontrar más cobijo en una solidaridad sincera y desinteresada, que siempre ha tratado de rescatar su dignidad como personas que sufrían en su carne el ataque que el terrorismo perpetraba contra toda la sociedad y, más concretamente, contra su identidad plural, y que contemplaba al ser humano en toda la dimensión de su tragedia, que en la de muchos poderes que también se les han acercado y que, como diría George Orwell, *“tienden a olvidar todo hecho que no convenga recordar y a sacarlo del olvido sólo el tiempo que interese”*.

Casi al mismo tiempo que nacía Gesto por la Paz, D. H. Ingvar escribía un artículo de neurobiología humana en el que sostenía que la memoria no sólo sirve para recordar el pasado, sino que, paradójicamente, también nos permite imaginar el futuro. Las experiencias de otro tiempo nos habilitan para los acontecimientos que están por llegar, nos proporcionan información para construir alternativas. Si uno cruza el río saltando sobre piedras llenas de musgo y acaba en el agua, la próxima vez que se encuentre frente a un vado estará capacitado para conocer las consecuencias y buscará otras soluciones. Tal vez, un puente. La pregunta, entonces, es ¿por qué

siempre hay una parte de la humanidad que se empeña en cruzar el río por las piedras que acabarán hundiéndolo en las aguas frías y salvajes de la violencia? Cada vez que un humano asesina a otro, nos obliga a todos a empezar de cero. Es como si la humanidad volviera a su estado más balbuciente. Tanto es así que Theodor Adorno se preguntó si se podía escribir poesía después de Auschwitz. Porque todo lo humano se destroza y queda sin sentido cuando un hombre comete la mayor de las injusticias con otro. Aún así, antes que la cuestión que lanza Adorno, lo que deberíamos preguntarnos verdaderamente es ¿se puede seguir matando después de los campos de exterminio? La historia de la humanidad tiene más que suficientes experiencias para saber ya, de una vez por todas, que, por muy grande que sea el botín efímero del ejercicio violento, nunca es tan considerable como la desgracia imperecedera que causa. Como dice Walter Benjamin, “¿será que no basta la memoria o que no hemos recordado bien? Estas tesis... vienen a decir que no hemos tomado en serio la memoria”. Si tomáramos en serio la memoria, deberíamos saber que cada repetición de la violencia no se puede despachar con frases como ‘el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra’ o ‘el ser humano nunca cambiará’, sino que tendríamos que admitir que cada nuevo asesinato es peor que el anterior, porque, tal vez, Caín no tuviera el conocimiento de lo que era el crimen y sus consecuencias, pero nosotros sí disponemos de millones de ejemplos grabados a fuego en la memoria de la humanidad. Y, aún así, tendemos a dar por hecho la violencia, la consideramos tan consustancial al ser humano como comer o dormir. ¿Tendremos que dejar de comer y dormir para poder dejar también de matar? ¿Nos mataríamos los unos a los otros, si todos fuéramos a morir mañana? ¿Y, acaso, no es esa la única verdad común a la condición humana?

Al mismo tiempo, también siempre hay gente que acaba imaginando un puente para cruzar sobre los ríos de sangre. Tal vez, para protegerse a sí misma de la connivencia con la torpeza humana, pero sobre todo para hacerlo visible, para revelarlo como una posibilidad civilizada capaz de salvar el precipicio que hay entre la orilla de nuestros deseos, los políticos y sociales incluidos, y esa otra orilla de realidad imperfecta en la que, a pesar de nuestros esfuerzos, vivimos. Ahora, cruzamos ya todos por el puente. Unos de frente y sin querer mirar hacia atrás, como si fuera posible el olvido obligatorio, como si se pudiera ignorar el sufrimiento que aún convive con nosotros, como si recordar fuera una rémora para el futuro, cuando lo cierto es que avanzar sin memoria es la mejor manera de permanecer en el pasado. Otros, como el *ángel de la historia* de Walter Benjamin, de espaldas, arrojados hacia delante, pero con la vista puesta en los escombros de ayer, en todo aquello que dejamos roto en el camino y que de ninguna manera podremos ya reparar. Porque no hay cosa más cierta que la imposibilidad de satisfacción y, mucho menos, de felicidad, a la vista de lo acontecido. Tal vez por eso mismo, el acto de celebración que Gesto por la Paz organizó tras el anuncio del cese definitivo de la violencia no tuvo su mejor síntesis en el orgulloso lema de nuestra

pancarta de *Lortu dugu*¹, sino en el sencillo tuit de una periodista que, simplemente, decía “*la gente llora*”.

Gesto por la Paz se anticipó al futuro que vivimos hoy, pero, en realidad, es una experiencia que sirve para todos los futuros que busquen el progreso de la convivencia humana. Y lo es tanto por lo que pudo aportar o influir en la sociedad como por su manera de ser y funcionar. En un contexto político profundamente suspicaz, un grupo de personas, de todas las edades y condición, de todas las ideologías, hizo posible un ejercicio de auténtica proeza democrática en su búsqueda de respuestas, que conjugaran todas las sensibilidades, todos los matices y todas las tonalidades, a aquello que nos estaba aconteciendo. Una proeza que no sólo era fruto de la participación de todas esas personas que representaban la propia complejidad social, sino, también y sobre todo, de la actitud inmensamente esponjosa y flexible que mantuvieron siempre ante las razones de los demás. Porque, en el fondo, hubo tanto respeto y tanta generosidad interna que, muchas veces, parecería que la gente de Gesto admirase más a cualquiera que estuviera a su lado que a sí mismo. Como era recíproco, nunca se desperdició la palabra de nadie. Y, si, en una sociedad deshilachada y quebrada en sus principios más básicos, pudo brotar una experiencia como la que vivimos en Gesto por la Paz, no tenemos por qué renunciar a que la sociedad se pueda convertir, algún día, en todo un *gesto por la paz*.

Ahora que, por fin, podemos recostarnos sobre la butaca a disfrutar un poco de nuestro propio trabajo; ahora que podemos tomar conciencia de lo que hicimos, porque, mientras lo hacíamos, no había tiempo para nada más; ahora que hemos llegado a ese horizonte de paz, que durante tanto tiempo oteamos desde lejos, y podemos, por fin, permitirnos una mirada hacia dentro; ahora que no nos despiertan las urgencias y los sobresaltos y podemos dedicarnos a compartir los recuerdos y la memoria del camino que emprendimos y, por fin, concluimos juntos, pienso que hablo en nombre de todos si digo que tuvimos la feliz fortuna de haber acertado a darnos cobijo en ese grupo extraño que supo conducirse, a través de un terrible temporal nocturno, con la simple luz de los astros más luminosos, aquellos que alumbran los derechos humanos para todos.

Hoy somos espectadores de aquello que fuimos y, convertidos ya en actores, no podemos renunciar a cumplir con esa función del artista que sugiere Joseph Conrad en su famoso prefacio de ‘El negro del Narcissus’ y con la que siempre hemos apelado “*a nuestra capacidad de alegría y de admiración; al sentimiento de misterio que rodea nuestras vidas; a nuestro sentido de la piedad, de la belleza y del dolor; al sentimiento que nos vincula con la creación; y a la convicción sutil, pero invencible, de la solidaridad que une la soledad de innumerables corazones: a esa soledad en los sueños, en el placer, en la tristeza, en los anhelos, en las ilusiones, en la esperanza y en el temor,*

¹ Lo hemos conseguido

que relaciona a cada hombre con su prójimo y enlaza estrechamente a toda la humanidad, los muertos con los vivos, y los vivos con aquellos que aún han de nacer”.

La víctima perfecta

Gesto por la Paz se convirtió en el negativo de ETA. Al trasluz, coincidían en todo lo contrario. Como un cuerpo enfermo, el sistema linfático de la sociedad produjo glóbulos blancos para contrarrestar el virus de la violencia. Pero ambos se generaban en el mismo cuerpo social y la infección ya era muy grande cuando, en 1985, se empezaron a coordinar los primeros grupos de leucocitos dispuestos a hacer algo para detener la enfermedad moral que estaba descomponiendo la vida de muchas personas y la convivencia de todas. Surgidos en centros de enseñanza, asociaciones pacifistas o parroquiales, aquellos grupos iniciales que se organizaron mínimamente para hacer frente a la peor amenaza que puede sufrir una sociedad tuvieron el oportuno acierto de abrir una ventana por la que, en el fondo, la gran mayoría de la gente se quería asomar. Una vez abierta, ya no hubo marcha atrás. El aire y la luz atrajeron cada vez a más personas. Cada una con su tiempo y su recorrido, pero todas, ya, con la idea de la paz dibujada en la imaginación de lo posible.

Sin embargo, no era tan sencillo llegar a aquella ventana. El mayor impedimento estaba en nosotros mismos. Estábamos llenos de complejos, de excusas y, sobre todo, de ignorancia e inexperience democrática cuyos huecos eran bien aprovechados por una cultura de la violencia a la que tuvimos que sobreponernos, al menos en mi caso, casi más por intuición que por conocimiento. Y es que vivíamos en un mundo implacable. Aprendimos las primeras letras en una dictadura y, mientras jugábamos en el patio del colegio, el fenómeno terrorista iba engordando con el combustible de todas las causas posibles que encontraba a su paso. Habitábamos en una sociedad industrial que resultaba, ya de por sí, bastante severa e inhóspita. Cientos de fábricas que no dejaban de producir ni de día ni de noche colonizaban nuestros valles. Nuestros pueblos eran atravesados por ríos contaminados en los que no dejábamos de bañarnos; por la cicatriz de las vías férreas, tan llena de posibilidades para la muerte o la mutilación; y por las carreteras generales, repletas continuamente de camiones pesados con cargas peligrosas y, en muchas ocasiones, de ambulancias con nuestros padres accidentados en el trabajo. Los edificios de viviendas humildes apenas lograban hacerse espacio para respirar entre las chimeneas. Y la mayor parte de nosotros éramos hijos de obreros a tres turnos que pronto tuvieron también que convertirse en guerreros cuando les dijeron que ya no eran necesarios en el modelo económico hacia el que nos encaminábamos.

El contexto era muy poco propicio para la armonía. Seguramente, la gente que formaba parte de grupos de cristianos de base, de asociaciones pacifistas, de algunos centros de enseñanza o de algunas formaciones políticas se apoyara mutuamente en valores intelectuales e, incluso, espirituales, alternativos a aquel panorama, pero fue otra muchísima gente, anónima y desorganizada, la que enseguida respondió también a la señal que emitió Gesto por la Paz nada más nacer. El suelo estaba abonado con innumerables intuiciones particulares, con miles de instintos que ya buscaban la posibilidad de un mundo más humano y más amable para su convivencia. Aún así, en muchos casos, tal y como le sucedió a Sebastian Castellio con Servet, esos deseos secretos, esos ideales casi clandestinos, esas aspiraciones furtivas necesitaron a la *víctima perfecta* para salir de los corazones y ocupar un sitio en la calle con su mensaje de paz y libertad.

La víctima perfecta pudo ser José M^a Ryan, las del atentado de Hipercor o del de Vic, Yoyes, el niño Fabio Moreno o las cinco niñas del cuartel de Zaragoza, Miguel Ángel Blanco o Fernando Buesa... Lo cierto es que muchos de nosotros recibimos el último empujón a rebufo de la barbarie. Aquello que se dio en llamar *otra vuelta de tuerca* de ETA se convirtió en *la gota que colmaba el vaso* para, cada vez más, parte de la ciudadanía. Mientras la vuelta de tuerca agrandaba el currículo de crueldad de unos, la gota que colmaba el vaso ampliaba el círculo de solidaridad y rechazo de otros. Esta constante se mantuvo a lo largo de toda la historia de Gesto por la Paz y, de hecho, sus clásicas manifestaciones de enero, las que se convocaban en torno al aniversario de la muerte de Gandhi, tuvieron su mayor afluencia cuando, en las vísperas, ETA se hizo presente con alguno de sus *exquisitas* intervenciones. Así ocurrió en 1992, cuando quiso aprovechar la mirada internacional con motivo de las olimpiadas de Barcelona, la exposición universal de Sevilla y la designación de Madrid como Ciudad Europea de la Cultura, para perpetrar, entre el 8 y el 16 de enero cuatro atentados que costaron la vida a cinco personas. Aquella fue la primera manifestación en que la convocatoria de Gesto por la Paz, con el lema '*Ya es hora de vivir en paz*', obtuvo la respuesta de una multitud inesperada. Sucedió lo mismo en 1995, cuando acababan de asesinar al concejal del Ayuntamiento de San Sebastián Gregorio Ordóñez, en 1996, cuando al secuestro del empresario José M^a Aldaia se le sumó el del funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara, y en 1998, cuando mataron al concejal del Ayuntamiento de Sevilla Alberto Jiménez Becerril y a su mujer, Ascensión García Ortiz. En esta última ocasión, los asesinatos se produjeron prácticamente la víspera de nuestra manifestación y tuvimos que hacer, a toda velocidad, una nueva pancarta, porque nos pareció que el lema de la que teníamos preparada, '*Pausuz pausu, avanzamos hacia la paz*', había recibido también un tiro de gracia junto al matrimonio sevillano.

En realidad, de la misma manera que ningún asesinato era más que otro, ya que no hay nada que supere la máxima injusticia que un ser humano puede cometer con un semejante, tampoco ninguna expresión de rechazo a la violencia era mayor que otra, puesto que, una vez manifestada,

su intención no es discernir entre las víctimas, sino iluminar hasta el último rincón de los estragos que produce la crueldad. Porque puede que una víctima colme el vaso, pero hacen falta todas para que el vaso se desborde. Lo único que nos habría liberado de todo lo que nos esperaba después es que hubiéramos sido capaces de ver colmado el vaso desde la primera víctima, José Pardines. De hecho, el propio Iñaki Sarasketa, que estaba con el autor material, Txabi Etxebarrieta, en el momento del crimen, declaró, años después, en La Revista del diario El Mundo, que *“fue un día aciago. Un error. Como otros muchos en estos veinte años. Era un guardia civil anónimo, un pobre chaval. No había ninguna necesidad de que aquel hombre muriera”*. Exactamente lo mismo se puede decir de la última víctima, Jean-Serge Nérin. Y, así, de todas las que están entre esas fechas funestas que van del 7 de junio de 1968 y el 10 de marzo de 2010. Por eso, las víctimas perfectas para la solidaridad de Gesto por la Paz eran, y siguen siendo, absolutamente todas. Jamás debió producirse la primera y todas las que vinieron después se convirtieron en justificación de aquella, de aquel *error* original, puesto que, si, cuando matas a alguien, no consigues tus propósitos, tienes que seguir matando para que esa muerte no se quede sin sentido o, simplemente, para que no se quede desnuda con el único sentido que tiene: ser un asesinato. Porque, como dice Stefan Zweig, *“siempre se cumple la misma regla, según la cual quien en una ocasión recurre a la fuerza, ha de seguir empleándola. Y a quien se ha iniciado en el terror, no le queda más remedio que intensificarlo”*.

Es innegable que nos habría satisfecho mucho más que, una vez dado el paso, toda la gente que se manifestó alguna vez con Gesto por la Paz hubiera mantenido ese compromiso que trataba de compensar la oquedad que producía la violencia cada vez que privaba de la vida a otra persona. Pero también es cierto que la reacción de la mayoría de la gente suele ser, casi siempre, directamente proporcional a su identificación con la víctima. Uno se siente más golpeado cuando quien muere es alguien que podría haber sido uno mismo, cuando el *otro* se convierte en *yo*. Por eso, antes de que el grupo de Itaka de Gesto por la Paz organizara, el 26 de noviembre de 1985, el primer *gesto* con esa intención de elevar a todas las víctimas a la categoría de *yo*, ya se habían producido 465 asesinatos que, salvo en algunos casos puntuales, no obtuvieron más respuesta que la indiferencia, cuando no el desprecio, social. Porque lo cierto es que, durante mucho tiempo, en nuestra tierra, resultaba más natural identificarse con quienes ejercían la violencia que con sus víctimas.

La infancia es como vivir en *‘El show de Truman’*. Los niños, la edad más indefensa de todas las que vive el ser humano, están a merced del poder y control absoluto de los adultos, que, por una ley no escrita, se muestran de acuerdo en mantener un mundo paralelo con la intención de crear las pretendidas condiciones necesarias para la felicidad de los menores. Pero ese mundo paralelo contiene muchas mentiras, como, por ejemplo, la de los Reyes Magos, cuya celebración merece incluso el montaje de cabalgatas institucionales que la hagan verosímil, y muchas omisiones de la

verdad que, paulatinamente, la criatura irá desenmascarando hasta llegar a hacerse una idea del mundo tal y como es. Si, encima, los adultos que sostienen ese *show* de Truman viven, también, en otro escenario de cartón piedra, como es siempre un régimen dictatorial sin libertades, podríamos decir que crecimos en un paraíso infantil doblemente amputado. Y, desde un punto de vista generacional, muchos integrantes de lo que luego sería Gesto por la Paz vivimos el final de esos dos *shows*, el de la infancia y el de la dictadura, prácticamente al mismo tiempo.

Una mañana de esa época, la pintada de una ikurriña en la pared de la cantera del pueblo se había convertido en el comentario inquietante de todas las conversaciones. La habían pintado por la noche, de forma clandestina, porque aún no estaba legalizada, aunque ya nunca nadie la borró, de manera que, ahora, casi cuarenta años después, aún sigue allí. Entonces, yo ni siquiera sabía qué era la ikurriña. Por eso, aquella fue una de las veces de mi vida en que tuve la sensación de haber estado habitando en un decorado. El mundo conocido hasta entonces, aquel fruto venenoso que nadie se atrevía a tocar mientras estaba en el árbol, se encogió de repente, y cayó podrido al suelo donde, ya, todos nos atrevimos a pisarlo. Me había estrellado contra la tramoya y, justo detrás, había un universo completamente distinto que, desde aquel momento, me atrajo con tanto poder como la fuerza de la gravedad. Al igual que Colón cuando llegó a América, aún no me podía ni imaginar las imponentes dimensiones del continente de la libertad política que acababa de descubrir, pero creo que la sensación que experimenté fue muy parecida a la de Truman en el momento en que se despide de su vida *perfecta* y sin sobresaltos en Seahaven y se va por una puerta estrecha y oscura en busca de una vida libre, no sin antes haber dicho “*por si no nos vemos luego, buenos días, buenas tardes, buenas noches*”.

Como una naranja de enero a la que quitas la peladura amarga y se ofrece en gajos dulces y refrescantes, la efervescencia política de entonces era inusitada. Al igual que en un día de fiesta, todo el mundo quería salir a la calle con su traje recién estrenado de libertad, aunque a algunos les seguía quedando grande y a otros muchos, estrecho. Tras el ostracismo, la represión y las continuas e implacables podas a las que les había sometido la dictadura, renacieron también con extraordinaria fuerza renovada los símbolos, la cultura y la ideología nacionalista, que se asociaron, inmediatamente, a esa libertad recobrada. Seamos nacionalistas o no, hoy resultaría inconcebible no contar con todas esas ideas, bien como tesis bien como antítesis, pero, en el fondo, como parte sustancial de nosotros mismos. Y, en aquel contexto, adolescente en todos los sentidos, no era difícil incluso simpatizar con quienes, a través de la virulencia, parecía que anhelaban y luchaban con más ahínco por los derechos y libertades sepultados durante tanto tiempo.

Resultaba sencillo caer en esa trampa de la percepción de la que no sólo la sociedad vasca y navarra, sino también gran parte de la sociedad española en general, fue presa, ya que no faltaron

sus aplausos a algunos atentados, como el de Carrero Blanco, con la falsa idea de que aquello era un acto por la libertad y no, como más tarde el tiempo nos demostró, un intento de sustituir una tiranía por otra, una homogeneidad por otra, un ejército por otro. En mi experiencia personal, adolescente y, por tanto, con las ansias propias de la edad por participar en el cambio del mundo, pero, a la vez, sin referencia de cultura democrática de ningún tipo, hubiera sido extraño sustraerse, aunque fuera de forma fugaz, a la seducción que producía un grupo de personas que arriesgaban la vida por sus ideales. Sin embargo, a mi torpe pensamiento inicial de que si hay alguien dispuesto a matar a otra persona, tiene que existir, por fuerza, una injusticia al menos de la misma magnitud, enseguida, le sucedió la impresión de que ninguna causa de las presentes en nuestra sociedad podía merecer la muerte de nadie. Años más tarde, cuando cayó en mis manos un reedición del libro 'Desde su ventana' con fragmentos del diario de Dolores González Katarain, Yoyes, me perturbó, como si hubiera visto mi propio retrato de Dorian Gray, comprobar el paralelismo de algunas de sus reflexiones con las que a mí me habían preocupado a la hora de decidir cómo tomar parte en el mundo. En 1971, muy poco antes de incorporarse a ETA, Yoyes escribía en su diario *"¿Es tan serio el problema? Tiene que serlo, cuando hay tanta gente a la que no le importa sufrir no sólo la cárcel y lo que viene antes y mientras tanto, sino también la muerte (...). ¿Merecerá la pena la sangre que va a correr por todas las revoluciones? ¿Será esta la única forma de conseguir algo? Y pensar que estoy convencida de que no"*.

Y es que, al tomar una decisión tan grave, es imposible ignorar estas preguntas de la conciencia. Por eso, siempre me ha sorprendido que hubiera tanta gente dispuesta a cerrar los ojos ante la premisa de la muerte que les imponía el ejercicio violento. Jamás lograré entender qué respuestas obtuvieron en su diálogo interior y mucho menos comprendería que no lo hubieran mantenido. Porque, cuando uno destruye una vida, no sólo está eliminando aquella parte de la persona que le molesta para sus ideales políticos, sino toda la potencialidad de ese ser humano. Y es muy poco probable que una parte de nuestra concepción de cómo debe articularse el mundo merezca la desaparición de la totalidad de la vida de otro. Es como quemar un violín para calentarse las manos. Es la solución más grosera y desproporcionada que ha inventado el hombre y constituye el mayor fracaso de la convivencia humana. Con ello, no sólo se ataca a la libertad política, puesto que sólo los que opinan milimétricamente igual tendrían derecho a la existencia, sino al sentido de la propia vida, ya que, entonces, quedaría despojado de su valor inviolable para relegarlo a mero instrumento en la consecución de los ideales de cualquiera. ¿Y quién va a determinar qué ideales y cuáles no merecen el asesinato? Una vez llegados a ese punto, sólo podríamos construir el mundo que queremos matándonos unos a otros, porque siempre habría alguien que pensase diferente. Por fortuna, para eso inventamos la política, para perseguir nuestras ideas por medios democráticos y pacíficos que nos permitan seguir viviendo y expresando nuestras opiniones en un mundo de gente completamente diversa, para poder convivir a pesar de las diferencias, para que la

igualdad en derechos sea la única uniformidad digna de nuestras aspiraciones. Por eso, la política es el antónimo de la violencia.

Yoyes no tuvo la misma suerte que yo, por decirlo de una manera que, sin embargo, sólo me gusta para los juegos de azar. Sus preguntas, tan inquietantemente parecidas a las mías, y su intuitiva respuesta negativa hacia la violencia no fueron suficientes para evitar que, al final, decidiera saciar la sed de sus aspiraciones en una fuente envenenada que no sólo contaminó su libertad individual, sino que acabó matándola, justo cuando más *normal y corriente* quería ser. Posiblemente, en su esforzada búsqueda de causas que dieran sentido a su vida, no se dio cuenta de que, como señala el poeta polaco Zagajewski, *“...somos tan débiles, dependemos tanto de lo que quiera decirnos por lo bajo nuestra época, de lo que quiera proponernos –ordenarnos- el espíritu de nuestro tiempo. Especialmente en la primera juventud, somos delicados como hemofílicos; a veces, una pequeña herida puede resultar mortal”*.

A mí, sin embargo, las respuestas a aquellas mismas preguntas me llevaron a tomar un camino diametralmente opuesto. También al buscar una causa, hallé su reverso. No sólo perdí todo interés por un proyecto que propugnaba la necesidad del asesinato para existir, sino que me empezó a causar un desagrado insuperable, pues pensaba que no podía haber destino feliz, si no contaba, al menos, con la posibilidad de la felicidad de los demás. Como dice Walter Benjamin, *“si los muertos no importan, entonces la felicidad no es cosa del hombre, sino del superviviente. Si importa la vida de todos, entonces relacionaremos la vida frustrada de los muertos con los intereses de los vivos, negándonos a un proyecto que supusiera el desprecio a los caídos. Cuando damos el paso de olvidar la muerte, perpetramos un crimen hermenéutico que se suma al crimen físico. Nada impide entonces que apliquemos a la vida individual o colectiva el principio darwinista de que el sentido lo encarnan y lo señalan los mejores o más fuertes. Por eso el orden de redención, que da importancia a las florecillas del camino, es decisivo para el destino de los vivos”*. Hoy, ya sabemos que la violencia no sólo nos ha convertido en supervivientes, sino que también nos ha dejado la inmensa tarea de dar un sentido a los muertos para que podamos existir como si estuviéramos, sencillamente, vivos.

Pero ¿cómo pueden las mismas preguntas e inquietudes dar un resultado tan diferente? Hay un punto en el que es difícil discernir si uno elige o ha sido elegido. El profesor José Manuel Gómez Fernández sostiene que *“la última razón de todo acto libre es ‘porque quiero’*. *El hombre puede potenciar o despotenciar los motivos de su constelación... Por eso cree que decide por ellos, cuando lo normal es que la decisión exista ya... Luego, lo que se hace es buscar los motivos para justificar la decisión ya tomada”*. Es ese resquicio de la voluntad libre el que decide. Si fuera de otro modo, la libertad humana no existiría, porque bastarían unas condiciones estipuladas para determinar nuestros actos. Seríamos como un tubo de ensayo en el que, al poner unas dosis de

esto o de lo otro, se desencadenaría, indefectiblemente, la reacción. No habría espacio para la decisión voluntaria. De hecho, esta sigue siendo la tesis, aún hoy, de quienes han ejercido y apoyado la violencia. Resulta coherente con el desprecio que muestran no sólo hacia la vida, sino también hacia la libertad. Según sus argumentos, la violencia no era una elección, sino un destino de algunos seres humanos *¿elegidos?* que tenían que responder necesariamente según la fórmula del *conflicto*. Su teoría sólo tiene consonancia con sus propósitos totalitarios en los que la libertad, ni la propia y mucho menos la ajena, tiene cabida en la probeta. Por eso, creo firmemente que no fueron determinadas condiciones las que provocaron la violencia, sino que, muy al contrario, fue la violencia la que aprovechó aquellas condiciones para existir.

En todo caso, en aquel tiempo en que se dieron cita todos los ángeles y demonios, era muy difícil distinguir y salir moralmente indemne. Quien más quien menos lanzó alguna vez su chaqueta al aire al escuchar en las verbenas el estribillo *'Así voló, Carrero voló, así voló, muy alto llegó'*. Se ve que, cuando se comparte el objetivo, es más fácil, si no arrojarse en sus brazos, sí, al menos, dedicar una sonrisa cómplice al asesino. O todos tenemos en la memoria la vileza de los fusilamientos de Txiki y Otaegi en septiembre de 1975, pero ¿alguno de nosotros se acuerda del nombre de alguna de las 16 víctimas mortales que causó ETA ese mismo año? Y, aparte de los ataques al Estado, sin distinguir que fuera el franquista o el democrático, ETA y el entramado político que la apoyaba, no dejaban de interferir en muchas de las legítimas causas sociales que se multiplicaban en nuestra sociedad de entonces. Siempre cumplieron a rajatabla la estrategia de fagocitar cualquier movimiento social nuevo, como ocurrió con el ecologismo, cuyo trabajo, limpio y esforzado, en contra de la construcción de la central nuclear de Lemóniz quedó sepultado en cuanto ETA se apropió de la causa para teñirla de luto. Y, si se les resistía, creaban uno paralelo de corte *nacional* con el fin de hacerse presente en los problemas ciudadanos y ganarse, así, la aquiescencia de la gente. Pero, además, nuestras simpatías más profundas con aquellas personas que estaban dispuestas a matar provenían también de los sentimientos, de las emociones e, incluso, del afecto. Eran nuestros familiares, nuestros amigos, nuestros compañeros de estudios o de trabajo... Podían ser, perfectamente, nosotros. Por eso era más fácil y natural identificarse con ellos que con unas víctimas a las que prácticamente nunca conocíamos, puesto que venían de otras latitudes, y, encima, estaban casi siempre relacionadas con las *antipáticas* fuerzas de seguridad que, al principio, servían a un régimen dictatorial.

Sin que constituya ni siquiera un intento de excusa, todo ese contexto dificultó de forma extraordinaria la respuesta de la sociedad a la violencia de ETA. Gracias al *pensamiento profundo* de su propaganda, decir algo en contra hubiera supuesto, inmediatamente, quedar convertido en poco menos que general franquista o en categorías aun más siniestras, de esas que facilitan oscuras acusaciones difíciles de probar y que, por tanto, abren la puerta a animadversiones o envidias personales, tan odiosamente presentes siempre en los regímenes donde no se respira

libertad, como la de chivato o traficante de droga. Luego, la llegada de la democracia constituyó una oportunidad perdida que lleva inmanente un error casi a la misma altura que el de la primera víctima. Quisieron aprovechar la debilidad, la confusión y el desconcierto de lo que tenía que surgir para tratar de imponer un proyecto cuya verdad y capacidad de sugestión política tampoco debía ser muy robusta, puesto que, por lo visto, requería el permanente aumento del caudal de sangre derramada. El tiempo lineal se convirtió en el argumento principal para afirmar que la naciente democracia no era más que una continuación de la dictadura. Excepto las que podían aprovechar en su propio beneficio, desdeñaron absolutamente las posibilidades de cambio que, a partir de entonces y con todas las imperfecciones que se quiera, ofrecía la libertad política. Es dolorosamente curioso cómo, hoy, siguen sosteniendo que no van a renegar de su pasado de la misma manera que la gente que formó parte del régimen franquista tampoco lo hizo del suyo. Elegir esa referencia histórica es bastante elocuente. Al final, si atendemos al número de víctimas, como tanto les gusta, parece que son los que más barato quieren vender el olvido. Es la fórmula más nefasta, porque las desgracias producidas por la voluntad humana no admiten una solución como el intercambio de cromos en el mercadillo de los domingos. ¿Te cambio un Manuel Zamarreño por un Mikel Zabalza? Vengan de donde vengan, los crímenes no se anulan entre sí, sino que, simplemente, se suman para engrosar el mismo álbum de la crueldad y del dolor.

La paulatina consolidación de la democracia fue simultánea a nuestro aprendizaje, sobre la marcha, de derechos, obligaciones y libertades. Tal era el nivel que, en el colegio, una tarde, un profesor de historia nos dijo *'pero ¿para qué queréis votar las mujeres, si todo el mundo sabe que vuestros maridos van a votar lo que digáis vosotras?'* No sé si me sentó peor su idea de que las mujeres no votáramos o que diera por hecho que íbamos a tener un marido, porque, aún en mi ignorancia, yo ya tenía tanta certeza de que quería mi propio voto como de que, al estilo de Rita Levi-Montalcini, mi marido iba a ser yo misma. Creo que aquel profesor era de los que le quedaba el traje de la libertad un poco grande. Muy a su pesar, fuimos creciendo y ampliando nuestros horizontes al mismo tiempo que la denostada democracia que, como casi todos nosotros entonces, era una joven con grandes ilusiones y expectativas.

Pero vivíamos dentro del tambor de un aprendiz de percusión. La vorágine era ensordecedora. En tres años, entre 1978 y 1980, ETA asesinó a 230 personas, una cada cinco días. Casi todos hemos sido testigos de alguno de sus estragos. El ruido de las explosiones e, inmediatamente, el de las sirenas de las ambulancias estaba cargado de esa doble intensidad que suma a la tragedia el hecho de que haya sido planeada y ejecutada por otro ser humano. Una noche, hicieron estallar una bomba en el cuartel de la Guardia Civil de mi pueblo. La puerta del bar se abrió por la onda expansiva. Luego, se produjo un silencio que no cabía en la boca. Durante unos segundos, sólo se oían nuestros ritmos cardíacos. Fuimos hacia el cuartel. Los guardias civiles salían con la piel embarrada de yeso y sangre. Empuñaban las metralletas con un nerviosismo que me hizo pensar

que cualquier movimiento brusco podía producir otra desgracia. Dentro del edificio, se oían voces de mujeres que, mientras abrazaban a sus hijos, se asomaban por las ventanas para gritar *¡asesinos, asesinos!* Mucha gente salió a los balcones y otros se acercaron a unos cien metros de distancia. Algunos les insultaban. Les llamaban hijos de puta y les decían que se fueran a España. Afortunadamente, no hubo víctimas. Aquella noche se salvaron las vidas humanas, pero no la deshumanización de quien puso la bomba ni de quien se acercó allí para complementar con sus improperios la tarea del terror.

Asimismo, tenían presencia y actuaban con total impunidad macabras organizaciones antiterroristas que bien eran consentidas o bien estaban directamente organizadas por entes policiales de los primeros gobiernos democráticos. La tortura, en algunas aciagas ocasiones, con resultado de muerte, tampoco era una práctica ajena a nuestra realidad cotidiana de aquellos años de transición. Por si tuviéramos poco, se desencadenó también la reconversión industrial que, sobre todo en Bizkaia, amenazó con saña las posibilidades de la vida humilde de muchísimas personas. Miles de obreros y sus familias vivíamos prácticamente en la calle para defender nuestro futuro incierto. La conflictividad social era intensa y, muchas veces, las actuaciones policiales, aún viciadas por su funcionamiento predemocrático, no hicieron ninguna distinción a la hora de hacer valer un pretendido orden. Hubo un tiempo en que cruzar el puente de Deusto significaba, literalmente, jugarse la vida bajo el fuego graneado que intercambiaban los trabajadores de los astilleros Euskalduna con sus tuercas y rodamientos y los antidisturbios con sus botes de humo y sus pelotas de goma. Y todos vimos las tanquetas pasear por las calles principales de nuestros pueblos. Parece un vehículo torpe y lento y, sin embargo, puedo asegurar que corren mucho más que un humano y, a su paso temible, pueden, fácilmente, dejar un bolardo de hierro planchado como un papel de fumar.

Ahora, resulta insólito que, en aquel panorama, pudiera surgir una voz diminuta que se atreviera a decir, en público y en silencio, *¿Por qué no la paz?* Los hallazgos más felices son esos que transforman las cosas, porque han sido capaces de ver una escultura donde todo el mundo sólo veía un bloque de piedra. Pero lo sorprendente de verdad es que aquel sencillo mensaje tuviera enseguida la respuesta insospechada de mucha gente. Aquella iniciativa podría haberse quedado arrinconada en el desván de las anécdotas como la peripecia protagonizada por unos locos soñadores y, sin embargo, relativamente pronto, obtuvo la atención de muchas personas que decidieron hacer lo mismo en sus pueblos, barrios o centros de enseñanza. No sé si fue producto de, como decía Steve Jobs, *“mucha gente no sabe lo que quiere hasta que se lo enseñas”* o si, realmente, ya existía en la intimidad de muchos corazones la intuición de que, en nuestra sociedad de piedra, podría esconderse un David de Miguel Ángel.

Una vez que se explicitó la posibilidad de esa mirada alternativa, ya no sólo veían quienes se sintieron llamados a participar, sino que, a partir de entonces, toda la sociedad tenía ante sí un nuevo elemento que no redundaba en lo existente, sino que proponía una nueva perspectiva. Y, como en el Renacimiento, la nueva perspectiva venía a cambiar toda la pintura. Es extraordinario comprobar cómo pequeños actos humanos pueden producir, al igual que el famoso aleteo de la mariposa, acontecimientos importantes. Desde ese momento, cualquier persona tenía a su disposición un cauce por el que hacer fluir su deseo de paz. Desde ese instante, todo el mundo podía hacer realidad la idea de Kenzaburo Oe de que *“la civilización puede ser salvada y protegida por personas de a pie”*. No hacer nada había dejado de ser posible. No hacer nada significaba, desde entonces, otra cosa. Tal vez, como, muy generosamente, sostuvo Eugenio Trías en un artículo titulado ‘La voluntad cívica’, que ganó el premio Correo de periodismo en 2001, era una forma de resistencia, una forma de no dejar perturbar la vida diaria por lo que hicieran una porción de asesinos. O, tal vez, fuera una forma de anomia en la línea que apuntaba Gandhi, cuando decía *“lo más atroz de las cosas malas de la gente mala es el silencio de la gente buena”*.

En cualquier caso, además de la apelación para el fin de la violencia, ya desde la primera concentración de Gesto por la Paz estaba también muy presente otro sujeto principal, las víctimas. Los gestos se realizaban siempre al día siguiente de que se hubiera producido una muerte causada por la violencia específica de Euskal Herria. Eran, por tanto, no sólo una desesperada petición a quienes mataban para que dejaran de hacerlo, sino también un mensaje de cercanía y solidaridad para quienes habían sufrido directamente aquel ataque que iba dirigido contra la libertad de todos. Si quien había muerto era el propio terrorista, ese mensaje contenía el dolor por su pérdida inútil y la idea de que no era necesario ni matar ni morir por unas ideas que se podían defender, sencillamente, en el Parlamento. Gesto por la Paz se negaba así a aceptar la única oferta que ofrecía el terrorismo, que era elegir entre los muertos, los tuyos o los míos, y se mostraba más en consonancia con la idea de Martin Luther King cuando afirma que *“la elección no es entre violencia y no violencia, sino entre no violencia y no existencia”*.

El primer gesto que vi fue en la puerta de la facultad en mi último año de estudios. Lo miré de reojo mientras pasaba a su lado y sentí ese calor interno que antecede al rubor. Debido a mi timidez, tenía vergüenza preventiva. No fui capaz de unirme, pero, de algún modo, supe que, tarde o temprano, acabaría por participar en esas concentraciones. Para entonces, ya estaba muy pendiente de las propuestas de Gesto por la Paz. Entre las hojas de los libros guardaba algunos recortes con artículos suyos que, como la ikurriña de la cantera de mi pueblo, casi treinta años después, aún siguen allí. Además, el paso por la universidad había afianzado e ilustrado mis intuiciones previas. No sólo en el campo teórico, con aquellas asignaturas de sociología, derecho político o historia del pensamiento político, que tanto satisficieron mis carencias, sino también en el terreno práctico, ya que una facultad pública de ciencias de la información en unos años tan

convulsos como aquellos era una inagotable fuente de experiencias. Entre ellas, la impresión que me causó la defensa vehemente que hicieron los alumnos simpatizantes con la violencia sobre *su derecho* a asistir a clase justo el día que el decano había declarado luto por el asesinato del padre de un compañero a manos de los Comandos Autónomos Anticapitalistas. Aquellos que no sólo convocaban huelgas por la detención de cualquier comando, sino que, además, inutilizaban las aulas esparciendo harina en las mesas y las sillas para asegurarse su *fiel* seguimiento, eran incapaces de guardar ni siquiera unas horas de duelo por la terrible pérdida que había sufrido el compañero que se sentaba a su lado en clase. Pero no hay que preocuparse, para compensar, pocos días más tarde, hicimos huelga, porque no había papel higiénico en los baños. En eso, tenían razón, pues era necesario un rollo tan largo como para llegar al 2009, cuando el autor material del asesinato del padre del compañero fue absuelto por la prescripción del delito.

Al final, la *víctima perfecta* para mi primera participación en un *gesto* fue Josu Muguruza, el diputado de Herri Batasuna asesinado por la extrema derecha en noviembre de 1989. Para entonces, ya había entablado amistad con algunas personas cercanas al grupo de Gesto por la Paz de mi pueblo e incluso había asistido a alguna de sus reuniones, de manera que acudir acompañada salvaba las dificultades que me planteaba mi apocamiento personal. Por otro lado, al pertenecer la víctima al mundo de la izquierda abertzale, pensaba, ingenuamente, que era una manera de establecer cierta sintonía, desde un punto de vista humano, con ese entorno. Una manera de expresar que, aunque no compartiera aquel proyecto político, estaba profundamente en contra del asesinato de Muguruza. Y, también, hay que reconocerlo, era un modo de liberarme de esos complejos que la propaganda abertzale sobre Gesto por la Paz, al calificarlo de movimiento facha o brazo de los GAL, había logrado imbuir en gran parte de la sociedad. No es que yo tuviera ni la más mínima sospecha de que esas imputaciones fueran verdad, pero, como sabía que mucha gente sí quería creerlas, costaba mucho esfuerzo significarse sin sentir que, inmediatamente, te habían adscrito a una parte oscura de la humanidad. Dicho de otro modo más castizo, había que sobreponerse al pudor por lo que dirían los demás. Pasado el tiempo, he comprendido que esas personas dispuestas a admitir sin ningún esfuerzo cualquier sombra de duda que se proyectara sobre Gesto por la Paz, en realidad, se estaban refugiando en una excusa fácil para eludir la apelación que les hacían sus conciudadanos. Eran o, más bien, querían ser el idiota moral, ese que, según Nibert Bilbeny, *“no es tanto un transgresor deliberado del bien cuanto alguien que se ha ‘sustraído’ a él. Está retirado en su fortaleza privada, indiferente a razones y hechos”*. Es decir, una actitud muy alejada de la idea de responsabilidad moral indeclinable hacia los derechos del otro que propugna Levinas al decir *“yo soy responsable del otro sin esperar la recíproca, aunque me cueste la vida”*.

Cuando estábamos concentradas no más de veinte personas, en silencio, en la plaza, llegó la manifestación que había convocado Herri Batasuna, muchísimo más numerosa. Las pancartas casi

se rozaban. La tensión apenas nos dejaba tragar saliva. Tenía un nudo interior como esos que se producen cuando el médico, por ejemplo, puede darte una mala noticia. Nos insultaron, pero yo no veía ni oía nada. Sólo percibía la nube de una muchedumbre airada. Después de tanta contorsión interior para unirme a una concentración de Gesto, había elegido la peor. El concepto era que *sus* muertos les pertenecían solo a ellos y, por tanto, nadie más tenía derecho a expresar ni dolor ni rechazo por ellos. Ajenos a la comunidad con lo más netamente humano, trazaban su pretendida línea política más allá de la muerte. Al fin y al cabo, *sus* muertos eran uno de los mejores combustibles para seguir haciendo arder la barricada que debía mantener separados a los vivos. Salimos indemnes, no como en las concentraciones del Casco Viejo de Bilbao o de Pamplona, donde la intimidación llegó al contacto físico. Años más tarde, otra compañera dijo que, para ella, el primer *gesto* había sido como desnudarse delante de todo el mundo. Pues sí, aquel desnudo integral enseguida generó sus consecuencias, porque, nada más concluir la concentración, cuando me dirigía hacia casa, me encontré con un familiar que había estado en la manifestación de Herri Batasuna y me preguntó *¿qué hacías con 'esos'?* Si te desnudabas en la plaza, que el miedo no te dejara ver no significaba no haber sido vista. Era el primer paso para que te empezaran a tratar de *otra* manera.

Por desgracia, los años se sucedían como vagones llenos de muertos y formaban un tren larguísimo de tristeza que recorría, sin detenerse, nuestras estaciones. Cada vez que se incorporaba una víctima, el tren volvía a recorrer todo nuestro territorio y nos mostraba, desde la primera hasta la última, todas las miradas de quienes ya no estaban. El color sepia de la foto fija de las primeras víctimas contrastaba con el color de la flor fresca y recién cortada de la última. De esta manera, las víctimas más cercanas, no sólo en el tiempo, sino también en el espacio y, sobre todo, en la pertenencia social, nos revelaban a todas las demás, también a aquellas a las que, prácticamente, no habíamos prestado atención en el pasado. Las víctimas fueron adquiriendo la relevancia que hubieran merecido desde el principio. Cada vez que mataban a alguien, revivían todas en nuestro recuerdo y, así, pudimos citarnos con todas ellas en el punto de encuentro de la condición humana. Porque, aunque sea cierto que las víctimas fueron siempre la primera razón de Gesto por la Paz en contra de la violencia, también es verdad que tardamos más de lo deseable en acercarnos y establecer relación personal con ellas.

Una sociedad que hubiera sabido atender, no digamos ya amplia y generosamente, sino con justicia a las víctimas, no habría necesitado que tuvieran que constituir asociaciones para la autodefensa de sus derechos. Cuando Gesto por la Paz comenzó a trabajar con ellas, a principios de los 90, ni siquiera se indemnizaba a las víctimas civiles. Por no haber, no existía ni un listado oficial de todas ellas. Además, tenían que superar un laberinto burocrático para demostrar que pertenecían verdaderamente a la *categoría* de víctimas. Es muy probable que el gobernador de turno o algún representante institucional hubiera asistido al funeral de su ser querido, pero,

después, una vez hechos los cumplidos oficiales, cada una se tenía que enfrentar sola y desasistida a la fortaleza fría de las mil ventanillas. Los dedos vastos de la burocracia tienen medios para reponer las cuerdas del frágil instrumento que es una víctima, pero, muchas veces, no logran afinarlas lo suficiente como para que pueda tocar su parte en la composición social. Al final de esa década, el gobierno aprobó la primera Ley de Solidaridad con las Víctimas del Terrorismo. Era un cambio importante, pero, a veces, daba la sensación de que se hacían las cosas porque ya no quedaba más remedio y no por el ánimo de llegar verdaderamente hasta la última brizna que necesitase reparación. La Ley sólo se publicó en el BOE y Gesto por la Paz tuvo que lanzar una campaña publicitaria, en la que contó con la buena disposición de, prácticamente, todos los periódicos de España, para que la información llegara a todos los rincones donde pudiera haber alguien que, en algún momento, hubiera sido objeto de una violencia que no hacía más que exportar dolor a todo el país.

En todo caso e independientemente de impulsar peticiones para que se facilitara el acceso de las víctimas no sólo a la justicia, sino también a compensaciones y ayudas materiales, debido a su carácter cívico, Gesto por la Paz se preocupó de forma muy especial en conocer las carencias que tenían en su relación con la sociedad. Al principio, mantuvo entrevistas personales con algunas de ellas y, más tarde, empezó a organizar, todos los años, jornadas de solidaridad con el objeto de escuchar sus experiencias y sus deseos para el futuro, entre los que siempre prevalecía el de que nadie más tuviera que pasar por aquel sufrimiento. Una de las primeras apreciaciones que obtuvimos de esos testimonios es la gran diferencia que hay entre los sentimientos de las víctimas que recibieron el apoyo social y aquellas otras que sufrieron en medio de la despreocupación, la apatía e, incluso, la humillación de sus conciudadanos, un daño añadido a una herida que, ya de por sí, parecería no tener espacio para más dolor. Hubo víctimas que tuvieron que sufrir ese desprecio social hasta en pueblos muy lejanos del País Vasco, a donde regresaron con el cadáver de su marido para enterrarlo por la noche, alejado de las miradas inquisidoras de sus vecinos. Por eso, es importante hacer extensiva la solidaridad a todas y no hacer juicios sobre lo que hicieran en su vida, puesto que, en ningún caso, admitimos la pena de muerte que se les aplicó y que es lo que las convirtió, precisamente, en víctimas. Ese criterio integrador e, incluso, generoso, si se quiere, es el único que puede salvarnos de otra ignominia que nos acecha en nuestra interpretación del pasado, la de hacer juicios retrospectivos sobre quién merecía morir y quien no. Es el único que evitará que tropecemos con *“la más monstruosa de las frases”*, esa que, según Elias Canetti es *“alguien ha muerto en el momento justo”*.

Muchas veces, los propios relatos de las víctimas estaban contaminados por la lógica del entramado ideológico del agresor. Dado que no disponían de una causa para la muerte, pues nunca desearon morir, recurrían a la lógica del asesino, de manera que intentaban negar el estigma que se les imputaba desde ese entorno. Si la víctima era un empresario, decían que lo

único que habían hecho toda su vida era trabajar para sacar adelante su empresa; si era un policía, aducían que llevaba a sus hijos a estudiar euskera; si era un intelectual, recordaban que había luchado contra la dictadura franquista... y, así, cada una intentaba defenderse dentro del propio código de excusas que inventaba la violencia para perpetrar su crimen. Trataban de justificar que ellas o su ser querido no merecían el ataque, como si el mero hecho de ser humano no fuera suficiente para tener derecho a la vida y a la integridad. En paralelo, quienes practicaban y justificaban la violencia fueron ampliando tanto sus objetivos a lo largo de los años que, al final, ya casi no quedaba nadie que no pudiera, en cualquier momento, convertirse en la víctima perfecta. El *pueblo* es uno de esos sujetos por cuya boca se hacen proclamas que, pretendiendo ser de todos y cada uno de los ciudadanos, no son más que de quien las pronuncia. Así, ETA y la izquierda patriótica, que ya sólo hablaban el idioma de quien reserva la categoría de humano para los de su propia tribu, fueron reduciendo el concepto de pueblo hasta tal punto que, al final, sólo les englobaba a sí mismos. Esta dinámica liberó a las víctimas de tener que justificarse dentro de la lógica del agresor, puesto que ya se había puesto de manifiesto su carácter totalitario, ese que, si pudiera, no dudaría en eliminar, civil, política o, incluso, si fuera necesario, físicamente, a todo el que no compartiera su proyecto.

Participamos también en jornadas de víctimas que organizaban asociaciones de otros territorios. Guardo especial recuerdo de las de Andalucía y Extremadura por el cariño y la atención que nos dispensaban a *los vascos*. A veces, parecería que deseaban nuestra absolución, que les libráramos de la culpa que nuestros conciudadanos habían puesto sobre sus hombros, cuando, en realidad, quienes no dejábamos de experimentar cierta sensación de intrusismo y culpabilidad éramos nosotros mismos por los lazos de nuestra identidad con los asesinos. Seguramente, nos hubiéramos sentido mucho más integrados en una cena en un txoko de esas donde nunca se hablaba del *tema* para no echar a perder la fiesta, pero en la que siempre había alguien que apoyaba la violencia. Al fin y al cabo, son parte de nuestra sociedad, compartimos la cultura, los gustos y la manera de vivir. Y, sin embargo, al estar con las víctimas, establecíamos otros lazos que nos unían a aquellas personas que apenas lograban comprender lo que les había pasado. Se convertía, más bien, en un abrazo de solidaridad que conseguía despojarnos por completo de nuestro, involuntario y adquirido, sentido de pertenencia para dejarnos desnudos frente a la más sencilla humanidad de quienes sufren y de quienes no pudimos evitar ese sufrimiento.

De la misma manera que el amor o el nacimiento de un hijo, por mucho que sean experiencias comunes al ser humano, siempre se viven como únicas, cada víctima vive su pérdida como insólita. Y todos tienen razón, puesto que cada vida es irreplicable, lo mismo que el feliz hallazgo de un amor o la inconmensurable expectativa de una vida nueva. También la sección de esquelas de los periódicos parece todos los días la misma, pero es, posiblemente, la única que jamás se repite. El dolor que produce la injusticia parece igualar a todas, pero las víctimas son tan diferentes entre sí

como las personas que formamos parte de la sociedad. Por ejemplo, hay matices entre el sufrimiento de las que se produjeron en otros territorios o de las que, habiéndose producido en el País Vasco, luego regresaron a su tierra y el de las que son oriundas de lugar donde se generaba la violencia. Las primeras experimentan su dolor en la categoría de lo incomprensible. Por mucho que tuvieran noción de lo que ocurría en el País Vasco, siempre sufrirán esa sensación de que su padecimiento está suspendido en el vacío, sin contexto, sin explicación suficiente, mientras que la parte aguda del dolor de las víctimas vascas reside más en el truculento hecho de que fueran sus vecinos, sus conocidos o, incluso, sus amigos quienes prestaron la colaboración necesaria para el crimen o quienes, simplemente, lo perpetraron. El dolor es el mismo, pero adquiere siluetas diferentes. La condena perpetua y añadida de unas consistirá en tratar de entender lo inconcebible y la de otras, la de que entender *demasiado* no les haga perder la confianza en la sociedad en la que viven. Y la de todas será, siempre, poder regresar al instante previo en que una voluntad asesina quebró el frágil tallo de la vida de su ser querido. Es decir, no ser víctima.

Escuchar a las víctimas durante tantos años constituyó para Gesto por la Paz una inagotable fuente de inspiración para esa solidaridad que, desde el principio, considerábamos esencial en nuestro intento de recomponer en la medida de nuestras posibilidades los estragos producidos por nuestros semejantes. Intentamos desplegar ese mensaje de apoyo y cercanía en los actos de solidaridad con las víctimas que organizamos durante más de una década todos los meses de diciembre en el parque de Bilbao. Hubo dos de ellos muy especiales, porque pusieron de manifiesto la magnitud del dolor que sustituye a la ausencia. Uno fue en 2004, cuando colocamos un calendario gigante en el que, a modo de un cartón de bingo feroz, fuimos señalando todas las fechas en las que se había cometido algún crimen. De los 365 días que tiene el año, sólo 48 (hoy, ya sólo 46) estaban libres de la acción mortal. En los otros 319 días del año, siempre habrá una familia, unos amigos, unos allegados que estarán recordando a su ser querido asesinado e imaginando la potencialidad de su vida, si ese hecho dependiente de la voluntad de un semejante no hubiera acaecido. Esa es la estela imperecedera de efemérides que nos legó el terror. El otro acto fue en 2010, cuando recorrimos todos los lugares de Bilbao en los que se había producido una víctima para escribir su nombre justo allí donde había sido abatida. Experimentamos una especie de paralelismo antagónico con el asesino. Los lugares parecían cargarse con electricidad, cuando nuestras manos dibujaban los nombres de las víctimas en los sitios donde habían sido abatidas. También siempre habrá una familia, unos amigos, unos allegados que evitarán pasar por esos lugares con el fin de no sentir una punzada añadida a ese dolor sordo que, en un instante, les infligieron para toda su vida. Tanto el tiempo como el espacio en que vivimos tienen aún heridas sin curar y, ya, ninguno de nosotros podrá ser ese *alguien* que, según Wislawa Szymborska, estará *“tumbado en la hierba, que cubra causas y consecuencias, con una espiga entre los dientes mirando las nubes”*. No habrá ni hierba ni espigas para nosotros, pues nos han destinado a la

memoria vegetal de los *pensamientos*, esas plantas que repartimos, en 2001, entre los asistentes a nuestro primer acto expreso de solidaridad con las víctimas.

Dicen que solemos reconocer los errores pequeños para ocultar los grandes, que, sin embargo, preferimos esconder en el olvido. La mayoría de quienes perpetraron y justificaron los asesinatos durante más de cuatro décadas son partidarios, ahora, de plantar, apresuradamente, ese césped que borre pronto las huellas de sus crímenes o, más bien, que les haga ganar el tiempo necesario para obtener un triunfo político desde el que poder presentar *su* historia oficial. Mientras piden una solución colectiva para los presos, no reclaman el mismo proceder en el avance hacia un reconocimiento público del dolor que han provocado. Incluso, en los pocos casos que existen, prefieren que se mantengan en el ámbito privado en lugar de aprovecharlo como un primer paso hacia la asunción de esa responsabilidad que aún tienen pendiente. Pero, más bien, debería ser al revés. Es necesario un reconocimiento público y colectivo del daño causado, porque, si queda en el plano íntimo entre agresor y víctima, parecería que todo fue fruto de una cuestión personal. Además, puede que algún preso se arrepienta sinceramente de haber cometido el crimen, pero eso no significa que no hubiera cientos de personas más que habrían estado dispuestas a perpetrarlo. ¿Y la sociedad? ¿Acaso no merece también la sociedad un mensaje reconciliador en el que se reconozca la tensión, el dolor y la intimidación a que ha sido sometida durante tantos años?

Las víctimas necesitan de nuestro recuerdo para seguir presentes entre nosotros, pero nosotros, los vivos, también necesitamos de ese mismo recuerdo para asentar una mínima ética compartida que destierre la violencia de nuestras relaciones humanas. Hace tres años, de vacaciones en Italia, leí un periódico que se hacía eco del 30 aniversario del atentado de Bolonia, que costó la vida a 80 personas. Publicaba el testimonio de una de las aprendices del estanco de la estación, que había sobrevivido a la masacre. Recordaba el episodio nombrando a cada una de sus compañeras muertas y lo contaba así: *“Katia, Mirella, Euridia, Nilla, Franca, Rita. Entonces yo tenía 20 años y era la mascota del grupo. Ellas me enseñaban el oficio, las tenía idealizadas. Aquella bomba destruyó mi mundo, salvándome solo a mí”*.

Al contrario que la idea de Tolstoi sobre las familias, según la cual *“todas las familias felices se parecen entre sí, mientras que las infelices lo son cada una a su manera”*, la violencia tiende a parecerse, sobre todo en sus efectos, allá donde se produzca y cualquiera que sea su motivo, mientras que la búsqueda de la felicidad de los seres humanos es la que resulta siempre diferente y cada una a su manera. Pues bien, las bombas y los tiros en la nuca también destruyeron nuestro mundo y nuestra forma de buscar la felicidad y, si nos hemos salvado, es para que seamos capaces de recordar los nombres de las personas que nos faltan, que formaban parte de ese mundo y que nos acompañaban en esa búsqueda perpetua de la felicidad. Y, ahora, como decía

William Wordsworth, *“aunque nada pueda devolvernos la hora del esplendor en la hierba, de la gloria en las flores, no debemos afligirnos, sino, más bien, hallar la fuerza en lo que queda atrás (...) Gracias al corazón humano, por el cual vivimos, gracias a su ternura, a sus alegrías y a sus temores, la flor más humilde, al florecer, puede inspirar ideas que, a menudo, resultan demasiado profundas para las lágrimas”*.

Quince minutos contigo

Se fueron consolidando las instituciones democráticas y se fueron calmando las turbulencias de la conflictividad producida por el desmantelamiento industrial. La reinención de nuevas posibilidades para el país y el decidido avance de la sociedad hacia su encuentro con la época contemporánea formaban un tapete sobre el que contrastaba, cada vez más, la mancha arcaica y oscura del terror. Esa discordancia producía efectos chirriantes y, así, era posible que, por ejemplo, una ciudad como San Sebastián lograra encumbrar su sofisticación gastronómica hasta convertirse en una de las ciudades del mundo con más estrellas michelín por metro cuadrado a la vez que se veía obligada a limpiar la sangre vertida de 110 personas muertas violentamente sobre esos mismos metros cuadrados. En ese contexto, surgieron los *gestos*, aquellas concentraciones de quince minutos al día siguiente de cada muerte producida por la violencia que iban a poner de manifiesto que era la reliquia más cruel de nuestro áspero pasado. El *gesto* se convirtió en la flor humilde que floreció para constituir la unidad mínima de expresión contra la inmensa injusticia que supone el crimen. Muy alejado de los jardines versallescos o de las orquídeas cultivadas por los poderes instituidos, el *gesto* fue la flor silvestre que brotó en el ecosistema de la sociedad civil. Las tres características por las que se definió eran la adopción del silencio como forma de expresión, su convocatoria automática al día siguiente de que se produjera la pérdida de cualquier vida humana y su presencia múltiple y dispersa por toda la geografía del País Vasco y Navarra.

El silencio fue ese manto, aterciopelado como un pétalo, con el que podíamos abrigar nuestra expresión contra la barbarie. Su tacto, suave y elegante, permitía dar cobijo a todas las ideas y sensibilidades que, aún en la más amplia diversidad, tuvieran en su horizonte el mínimo común de desaprobación de los métodos violentos como herramienta para conseguir fines políticos. Esta manera inclusiva de manifestarse contenía, en el fondo, la idea de José Vasconcelos de que *“el silencio es al sonido lo que la luz blanca al color. De la luz natural salen todos los colores cada vez que opera el sortilegio del prisma. Del silencio emergen sonos cada ocasión en que las cosas se mueven y chocan. De la entraña del silencio arrancan gritos de angustia, o acentos de dicha y esperanza, los seres vivos, siempre que se agitan y actúan. En vez de la nada del sonido, su negación, el silencio, es la matriz de todos los clamores. Sin silencio no habría notas así como no habría colores si no existiese la luz. Y así como la luz es armonía y fusión de todos los colores, el silencio es armonía y*

fusión de todos los sonidos". Así pues, cada *gesto* hacía sonar el silencio como una composición de *música callada* que interpretábamos al unísono toda una orquesta de solistas anónimos con el fin de proclamar el dolor por las muertes absurdas, el rechazo a la falta de libertad y la esperanza de una convivencia en paz. De la misma manera que la música puede ser apreciada de forma universal sin que tenga que mediar traducción alguna, también el silencio puede, muchas veces, decir más que todas las palabras, porque el lenguaje es una frontera que nos separa de aquello que no sabemos expresar. Todos hemos tenido alguna vez la sensación de sentir algo que no acertábamos a explicar y que, sin embargo, existía en nuestros corazones. Y, ante la abominación del asesinato, además de todo lo que pudiéramos manifestar, ¿no quedaba siempre ese *algo* inaccesible a las palabras, pero presente en el eco de nuestro majestuoso silencio?

Ese silencio abovedado nos proporcionaba quince minutos de libertad para nuestros pensamientos sobre la última pérdida irreparable. Favorecía nuestro poder de observación y concentración. Sin la distracción propia que impone tener que corear lemas o consignas, que ya sólo resultarían útiles para los vivos, el envoltorio del silencio nos acercaba, de un modo más profundo, a la empatía con la víctima y sus allegados. Era nuestra manera de pasar quince minutos con ella, la manera de incluirla en nuestro *gesto*, la manera de tenerla allí a través de nuestros pensamientos. Y, al mismo tiempo, nuestro modo de hacer recordar, también, al resto de la sociedad que aquella injusticia, totalmente arbitraria, no tenía por qué formar parte de nuestro mundo. El silencio era una forma de manifestar que incluso el más primitivo de los hombres, cuando el ser humano aún no había desarrollado las capacidades del lenguaje, ya poseía la noción de lo que significaba matar a un semejante. Algo así como le ocurría a Albert Camus, cuando se sentía derrotado en la comunicación con su madre, prácticamente analfabeta, porque *"ella, casi siempre silenciosa y con unas pocas palabras a su disposición para expresarse; él, hablando sin cesar e incapaz de encontrar a través de miles de palabras lo que ella podía decir con uno solo de sus silencios"*.

Gesto por la Paz no se empeñó nunca en una labor de proselitismo para que se formaran grupos en los pueblos, barrios o centros de enseñanza. Una vez que surgieron los primeros, todos los demás fueron iniciativa de personas que compartían no sólo la preocupación por lo que nos sucedía, sino, sobre todo, el ánimo por intentar hacer lo que estuviera en sus manos para que no hubiera más muertes y para que la violencia se recondujera hacia los canales políticos legítimos. Y, como un alambique, el esfuerzo y el coraje desarmado de unos cuantos individuos empezó a destilar gotas de licor puro que se extendieron por toda la geografía vasca y navarra para aliviar la boca reseca de una sociedad extenuada por los continuos quebrantos a los que la sometía la práctica del terror. A mediados de la década de los noventa, Gesto por la Paz llegó a tener casi 200 grupos que, tras cada asesinato o muerte, desplegaban su coreografía automática de respuesta silenciosa. Al surgir de la voluntad de personas de los propios pueblos o barrios, la interpelación era muy cercana. El anonimato de, prácticamente, toda la gente que formó parte de

Gesto por la Paz tuvo como contrapartida la notoriedad frente a sus vecinos. Era una forma paradójica de cumplir con los quince minutos de fama que vaticinó Andy Warhol. En algunos pueblos y en algunas ocasiones, el *gesto* resultó un acto casi heroico. Pero, frente a las grandes manifestaciones, en las que la masa difumina a los individuos, las concentraciones de Gesto por la Paz exigían esa manera de *dar la cara* ante los conciudadanos. Y, gracias a ese modelo disperso de protesta, se facilitaba una rutina casi litúrgica a la que nunca faltaron los impulsores del grupo y a la que, según quién fuera la víctima, se adherían más o menos personas.

Entre los *gestos* que menos anuencia suscitaron están aquellos que se convocaron por la muerte de algún terrorista bien por haberse visto envuelto en un tiroteo con las fuerzas de seguridad o bien por el estallido inesperado del artefacto que estuviera manipulando o, incluso, transportando hacia su inminente objetivo. Mostrar el dolor y el rechazo por la desaparición de estas personas fue uno de los principios más complicados, si no el más, de asumir por la sociedad. Hasta tal punto fue así que la investigadora sobre movimientos sociales M^a Jesús Funes estableció, en su estudio 'La salida del silencio', la diferencia entre pertenecer a Gesto o sumarse ocasionalmente a sus concentraciones, precisamente, en la asunción de ese principio. De hecho, hubo *gestos* por terroristas muertos en los que algunos grupos apenas contaron con las personas suficientes para sujetar la pancarta. Además, a la escasez de adhesión que obtenían, había que sumar la agresividad que desplegaba el entorno abertzale sobre estas concentraciones, puesto que no toleraban que nadie tuviera ningún sentimiento hacia *sus* caídos. Y, sin embargo, los grupos de Gesto por la Paz jamás dejaron de celebrarlos, puesto que, por encima de todo, seguían siendo vidas perdidas para nada y porque también nosotros mismos debíamos inmunizarnos contra la tentación de alegrarnos por la muerte de otro, que, a la vista de nuestro destino, no deja de ser una de las satisfacciones más absurdas y ridículas que puede sentir un humano. Una cosa es congratularse de que el terrorista no lograra cumplir su objetivo y otra es redoblar ese entusiasmo, porque, encima, le explotara la bomba a él mismo. La violencia siempre nos pone en la tesitura de tener que elegir dentro de su menú, pero, si realmente estamos en contra de ella, debemos tener la capacidad de rechazar ese menú, pedir la carta y buscar nuevas recetas, entre las que una de las más deliciosas sería que nadie iniciase el camino de la muerte voluntaria, ni la propia ni la ajena. Poner el objetivo de nuestra felicidad en la desaparición de otro es el reconocimiento de un tremendo fracaso, supone admitir que no hemos sido capaces de crear unas condiciones de convivencia con esa persona, constituye, prácticamente, un crimen del pensamiento, que no delinque, pero que siempre tendremos que vigilar para que, como le ocurrió a Raskolnikov, no salte de la intimidad de nuestros deseos a nuestra acción social.

En todo caso y a pesar de los esfuerzos de Gesto por la Paz por revelar la inutilidad de todas las muertes producidas por la práctica terrorista, a través de la asistencia a sus concentraciones, se podría establecer un ranking, triste pero preciso, de las víctimas que más conmovían o convulsionaban a la sociedad. Los niños ocupaban, lógicamente, la cúspide de la pirámide,

seguidos de políticos, jueces o intelectuales con proyección pública, civiles asesinados indiscriminadamente y, por último, miembros de las fuerzas de seguridad, que fue el grupo humano que más crueldad sufrió y que, sin embargo, sólo tenía tras de sí a los propios ejecutores del terror muertos en el transcurso de su actividad. Los filamentos de las emociones, las impresiones irracionales siguen predominando sobre el pensamiento en las actitudes humanas. Sólo así se puede explicar, por ejemplo, que la gran mayoría de toda aquella gente que se lanzó a la calle a unas movilizaciones sin precedentes con motivo del secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco no fuera capaz de mantener no digamos ya aquella tensión colosal, sino, al menos, el mínimo detalle de solidaridad hacia David Villar Enciso, que, apenas un mes y medio más tarde, sería el siguiente en engrosar la lista del horror. Y, sin embargo, confieso, ahora, que por mucha frustración que sintiera ante la pobre respuesta por el asesinato de la primera víctima después de Miguel Ángel Blanco, tampoco me sorprendió de forma extraordinaria. Entre uno y otro, aquel mismo año, había muerto, en París, Lady Diana Spencer. Es cierto que son muertes que no tienen nada que ver, pero, cuando percibí la reacción social que causó en Reino Unido la muerte de la exprincesa, no pude evitar intuir sospechosas similitudes con la que había suscitado el terrible crimen de Miguel Ángel en nuestro país. De alguna manera, Lady Di me hizo comprender que aquello, más bien, formaba parte de un espectáculo colectivo al que todo el mundo se siente invitado, aunque, en el fondo, ninguno desee ser el anfitrión. Una vez acabada la fiesta, una vez que cada uno ha exorcizado sus sentimientos y sus emociones, se puede marchar tranquilamente a su casa dejando detrás los platos y vasos sucios. Son reacciones que contienen toda la rabia e impotencia contenida, pero no duran más que lo que tarda en arder una carcasa de fuegos artificiales. De repente, iluminan la noche, pero tan brevemente que apenas da tiempo a avanzar un paso. Por eso, el empeño de Gesto por la Paz por mantener su respuesta sistemática ante todos los estragos de la violencia no sólo contenía el mérito inconmensurable de la perseverancia que evitó el olvido instantáneo de muchas muertes, sino también el de haber sabido sobreponerse a la soledad, al agotamiento e, incluso, muchas veces, a la incompreensión. Gesto por la Paz no se quemó en el cielo para competir con los astros, sino que, simplemente, fue poniendo pequeñas luces a lo largo de todo el camino para alumbrarlo y facilitar que pudiéramos transitarlo con el brillo que nos ofrece la dignidad humana. Al igual que en una noche de San Lorenzo, no es tan importante que admiremos el dibujo que hacen las estrellas fugaces sobre el fondo del cielo como el hecho de que, abajo, las personas llenemos la tierra de deseos.

En alguna ocasión, hemos dicho que el gesto era como un balcón que bajaba a la calle. Nada más desplegar la pancarta, parecía que quedáramos aislados del resto de la humanidad. Como si nos hubieran puesto encima una campana de cristal, a nuestro alrededor, los pasos de los transeúntes a veces se aceleraban, a veces se desviaban y la mayoría de las veces pasaban de largo mientras trataban de no apreciarnos siquiera. La vida cotidiana transcurría, durante esos quince minutos, tranquila ante nuestros ojos. ¡Y era tan bella! Una pareja empujando el carrito de su niño, una

estudiante corriendo al autobús con los libros debajo del brazo, un señor con txapela, palillo en la boca y las manos cogidas atrás, un grupo de señoras saliendo de la cafetería, otras con bolsas de compras... La vida cotidiana, que la mayor parte de las veces nos parece cansina, vulgar y ramplona, alcanza unas cotas de belleza insospechada cuando algo la amenaza. Tal vez, por eso, la gente insistía en preservarla. Nosotros éramos la única nota discordante. Como un orfeón mudo, hacíamos sonar el silencio para recordar la desgracia provocada el día anterior. Poníamos de manifiesto que, a pesar de su apariencia, en nuestro mundo anidaba una infamia que segaba la existencia de unos para cortar las alas de todos. Vista así, la vida cotidiana ya no resultaba tan armoniosa. Y, de repente, alguien se acercaba y se unía espontáneamente a nuestra concentración. Sentíamos como si viniera a tomar de la mano nuestra soledad.

La única responsabilidad que tenían los grupos era la de realizar el *gesto*. Cada uno establecía su lugar y su hora. Los de centros de enseñanza y los de algunas empresas los celebraban por la mañana. Todos los demás, por la tarde. En algún pueblo, como Larrabetzu, se llegó incluso a variar la hora de la concentración según fuera verano o invierno, ya que durante la temporada estival la gente estaba con las vacas en los prados. Aparte de ese mínimo indispensable, luego, cada grupo tenía total libertad para implicarse más o menos en la organización de otras actividades de Gesto por la Paz. Algunos tienen la satisfacción de no haber faltado jamás a ninguna asamblea o reunión de coordinadora, donde se debatían de forma asamblearia las acciones, ideas o estrategias relacionadas con la consecución de la paz. Otros, tal vez por estar más alejados de la sede social de Gesto por la Paz, que siempre estuvo fijada en Bilbao, se limitaban a mantener vivo el latido de la dignidad en su pueblo. Otros muchos organizaban concursos, carreras populares o charlas para tratar de propagar una cultura de paz. Sea como fuere, como si se tratara de un reloj de precisión, todos resultaron necesarios para que funcionara aquel engranaje en el que hasta la rueda más diminuta era fundamental en su tarea de hacer girar las agujas del tiempo hacia ese futuro con más posibilidades para una convivencia plural y humanizada.

Así vimos pasar las estaciones, con su lluvia, su frío y su sol; las transformaciones de nuestros pueblos o ciudades, con sus obras, sus construcciones y sus demoliciones; las modas en la vestimenta de la gente, con sus colores, sus peinados y sus abalorios. Todo cambiaba alrededor, excepto nuestra determinación, que seguía allí, atornillada a un lugar y a una hora fija, cada día después de que a alguien le hubieran arrebatado la posibilidad de seguir formando parte, precisamente, del transcurso de esa vida cotidiana. Muchas veces se ha elogiado la valentía de la gente que acudía a las concentraciones, porque, en el fondo, no se sabía muy bien a qué consecuencias personales se podían estar exponiendo. Puede que algunos de los que frecuentaban los *gestos* fueran valientes. Yo, desde luego, no me definiría como tal. Por eso, creo que, en la mayoría de los casos, la fuerza para expresar el rechazo a la práctica violenta no procedía de una actitud de valentía, sino, simple y llanamente, del convencimiento sincero de que

era necesario hacerlo. A través de esta dinámica inalterable, Gesto por la Paz logró abrirse un hueco en la calle, un territorio hasta entonces prácticamente ocupado en exclusiva por las reivindicaciones políticas de la izquierda patriótica. Y, de la misma manera que el nacimiento de un bebé trastoca la vida de toda la familia, desde que los primeros grupos de Gesto decidieron asomar su cabeza al espacio público, ese que es patrimonio de todos, la vida familiar del panorama social también experimentó un vuelco, puesto que ya no se podía desoír su llanto por quienes morían, ni ignorar su sed y su hambre de paz y libertad.

Además de haber sabido encarnar el deseo de convivencia pacífica y democrática que ya palpitaba en la intimidad de muchos corazones, hubo dos factores que favorecieron la relativamente rápida relevancia social de Gesto por la Paz. Uno fue la atención que recibió de los medios de comunicación que, enseguida, se hicieron eco de sus actividades y el otro, la firma del Pacto de Ajuria Enea en 1988, que suscribieron todos los partidos democráticos y que confluía con Gesto por la Paz en esa idea de que cualquier cuestión política que nos afectara debía resolverse exclusivamente a través de la representación legítima de la voluntad popular. Luego, en la década de los 90, Gesto por la Paz alcanzó el cénit de su presencia social gracias a las intensas campañas de movilización que sostuvo entre 1993 y 1997 ante los prolongados secuestros que sufrieron Julio Iglesias Zamora, José M^a Aldaia, José Antonio Ortega Lara y Cosme Delclaux. Paradójicamente, ese *in crescendo* de la actividad y relevancia de Gesto por la Paz se convirtió en *adagio* cuando, tras el asesinato a cámara lenta de Miguel Ángel Blanco, la unidad política frente al terror saltó por los aires y cada uno empezó a buscar, además de la paz, su consiguiente rédito político. A partir de entonces y hasta su final, se inició el *largo desolato* de Gesto por la Paz. Más que en sus orígenes, esa fue la verdadera travesía en solitario de su historia. El filtro de los acontecimientos fue reduciendo la adhesión activa a su mensaje hasta quedar en manos de muy pocos que, no obstante, seguimos sosteniéndolo hasta el final, porque creíamos seriamente en su inconmensurable valor para el devenir de nuestra sociedad. La recompensa a esa perseverancia solitaria consistió en ser uno de los colectivos que con más razón y emoción pudo celebrar el final de la violencia. Estoy segura de que esa tarde-noche, cuando oímos la ansiada noticia, cada uno en su intimidad sintió esa cascada de recuerdos que, de alguna manera, nos mantendrán, ya, unidos para siempre.

El caso es que, nada más poner un pie en la calle, Gesto por la Paz fue objeto de todas las miradas. Las de quienes lo veían como un rayo de esperanza o, por lo menos, como un alivio a la vergüenza de pertenecer a una sociedad que había hecho muy poco ante los asesinatos cometidos en su nombre; las de quienes lo veían como una amenaza, aunque tímida y pequeña, a su imperio en el espacio público; y las de la mayoría de la gente, esa que puede permanecer durante mucho tiempo en letargo hasta que algo toca su fibra sensible y se pone en pie para pretender solucionar en un día lo que su pretendida indiferencia va soportando a lo largo de los años. La instantánea pujanza que adquirieron enseguida los *gestos* animó a la organización de

otras actividades que favorecieran la extensión de una cultura de paz y la búsqueda de una convivencia que desterrara de su horizonte la utilización de métodos violentos con fines políticos. Así, a partir de ese momento, Gesto por la Paz intentaría multiplicar su presencia social para aportar su idea de que los derechos humanos y los medios democráticos no deben apreciarse como un mínimo obligatorio al que hay que resignarse y al que hay que supeditar nuestros proyectos políticos, sino que deben constituir una aspiración máxima en nuestro modo de convivir, ya que, cuanto más amplio y meticuloso sea su desarrollo, mejores condiciones estaremos creando para la posible consecución de esos proyectos.

Una de las primeras actividades que se impulsaron fueron las manifestaciones en torno al aniversario de la muerte de Gandhi, principal inspirador en la elección de los medios no violentos que adoptó Gesto por la Paz desde su nacimiento. Eran como el *gesto*, pero en grande y en movimiento. Entre 1988 y 2012, todos los años excepto uno en que realizamos una cadena humana en Pamplona, nos dimos cita en la plaza del Sagrado Corazón de Bilbao para hacer el recorrido hasta el Ayuntamiento donde, finalmente, leíamos un manifiesto para insistir en los mensajes esenciales de Gesto de exhortación al cese definitivo de la violencia, solidaridad con las víctimas, petición de unidad política frente al terrorismo y escrupuloso respeto a los derechos humanos de todas las personas, incluidas aquellas que más daño nos estaban infligiendo. El minuto final de silencio que guardábamos en memoria de todas las víctimas se asemejaba, sobre todo en las ocasiones que más gente acudió, a un océano humano donde se reflejaba el azul oscuro de la noche que nos estaba tocando vivir. Y, aunque las más numerosas fueran convocadas por los asesinatos de ETA, lo cierto es que esas manifestaciones siempre fueron un encuentro casi familiar de toda la gente y todos los grupos de Gesto, que acudían con aquellos mantos preciosos que eran las pancartas de sus barrios o pueblos y que eran, también, las únicas banderas a las que se daba la bienvenida. Se convirtieron en la ocasión perfecta para vernos, para saludarnos, para estar juntos y con personas de grupos lejanos que no veíamos el resto del año.

En el último decenio largo, íbamos solos y, prácticamente, nos conocíamos todos. Sólo nos acompañaban los representantes institucionales y de los partidos políticos democráticos, porque también es verdad que estas manifestaciones, salvo contadas excepciones, siempre contaron con el apoyo de todos ellos. Hubo algunos años de tremenda división política en los que sólo lograban estar de acuerdo en acudir a la convocatoria de Gesto. Sólo en una ocasión la presencia de un mandatario nos pareció más interesada que sincera, puesto que es la única vez que acudió y, aún hoy, seguimos pensando que se trató más de un lavado de imagen que de una adhesión sincera. En todo caso, fueran grandes manifestaciones o pudorosas marchas de apenas mil personas, la cita anual con Gandhi siempre nos reconfortó y nos ayudó a renovar aquella convicción profunda de que *“no hay caminos para la paz, la paz es el camino”*.

Aunque al principio se mostrara tímida, la respuesta de la sociedad dejaba entrever que tenía deseos suficientes para ser seducida por un mensaje como el de Gesto por la Paz. A principios de los años 90, los grupos se fueron multiplicando como hogueras en la noche de San Juan, aquellas donde pudiéramos quemar los usos violentos a la vez que invocar el deseo de una convivencia en paz. La progresiva implicación de, cada vez, más gente en la organización ofrecía también más posibilidades para la acción. Se diversificaron las iniciativas y se empezaron a convocar cadenas humanas, marchas por la paz, exposiciones, programas de radio, conferencias, jornadas... y todo tipo de actividades que pudieran propagar la idea de que la búsqueda de una solución a cualquier conflicto debe ser cívica y democrática y de que, aún en el caso de que algún conflicto fuera irresoluble, tal y como dijimos en nuestro comunicado de la manifestación de 2006, *“el dilema moral de la época y lugar donde nos ha tocado vivir consiste en hacer posible la convivencia en paz y libertad, incluso aunque nuestros proyectos políticos tengan diferencias antagónicas. Este sería el único logro políticamente significativo para nuestro presente, para nuestro futuro y para nuestra historia”*.

Entrelazados

Aquel aumento creciente de su capacidad y de su presencia pública favoreció que, en 1993, cuando secuestraron al industrial Julio Iglesias Zamora, Gesto por la Paz tuviera ya la fuerza suficiente como para poder subir la temperatura de sus propuestas y actividades hasta tal punto que se puede considerar ese año como aquel en que la movilización por la paz alcanzó un punto de no retorno. Si las respuestas masivas a las dos últimas manifestaciones de Gandhi ya hacían presagiar que el rechazo a la violencia y la reivindicación de la paz se habían consolidado en nuestra sociedad, ahora se trataba de mantener vivo, permanentemente, el recuerdo de que la libertad de todos estaba en el mismo zulo que Julio Iglesias Zamora. Los 116 días de su cautiverio sirvieron a Gesto por la Paz para desplegar toda una batería de iniciativas de solidaridad cuya rápida y extraordinaria respuesta transformaron el panorama social vasco y navarro. El pacifismo había ocupado la calle y la mayoría de la gente lo saludaba, le sonreía e, incluso, en vez de esquivarlo, iba a su encuentro. Fue como si se hubiera puesto de moda y nadie quisiera dejar de lucir los ropajes de la paz y la libertad.

Si, hasta entonces, ya habíamos sabido descubrir el David de Miguel Ángel en el bloque de piedra de nuestra sociedad y ya habíamos conseguido aportar una nueva perspectiva que cambiara la pintura, ahora nos tocaba avanzar hasta la vanguardia artística para hacer nuestra la idea de Piet Mondrian de que *“no son las cosas las que causan la belleza, sino las relaciones”*. Porque sostener la intensidad de tantas actividades no sólo produce efectos hacia fuera, sino también en el interior de las organizaciones, donde las personas, prácticamente, ya empezamos a convivir y a crear vínculos personales que sobrepasaban el trabajo por el fin que nos había unido en un principio. El sueño que perseguíamos y la laboriosidad con que nos arrojamos a conseguirlo produjo esos maravillosos efectos secundarios de compartir con personas que, de otro modo, nunca habiéramos llegado a conocer nuestras esperanzas y proyectos, nuestras alegrías y vicisitudes, nuestras vidas e, incluso, nuestras muertes. Así lo hicimos y así sucedió entonces, cuando decidimos mantener un encierro hasta la liberación, concentraciones todos los días frente al palacio de Justicia y todos los lunes en cada sitio donde había grupo de Gesto, reparto de calendarios para contabilizar los días robados... y tantas iniciativas que tuvieron su hito más brillante en el lanzamiento del lazo azul, aquel símbolo que, como el ala de un ángel, se posó en las solapas de miles y miles de personas que quisieron unir el deseo de su propia libertad al de la libertad de Julio.

El lazo azul supuso el ascenso de un escalón más en el compromiso personal de cada uno. Ya no se trataba de diluir nuestra presencia en una gran manifestación, ni siquiera en cualquier concentración de Gesto, sino de portar, permanente y visiblemente, la pancarta de la libertad sobre nuestro propio cuerpo. A pesar de la dificultad que pudiera entrañar mostrarse ante todo el mundo - en el trabajo, con los amigos, en la calle- con un emblema que ya no dejaba lugar a dudas, una vez más, la mayoría de la gente tuvo una reacción decidida e insospechada y, como si fuera algo que hubiera estado esperando desde hace mucho tiempo, muy pronto, florecieron tantos lazos azules como pechos guardaban en su interior los latidos de la justicia y la paz. La cinta azul se agotó en muchas mercerías del País Vasco y Navarra y tuvimos que hacer encargos al proveedor principal, una empresa de Barcelona, que nos suministró kilómetros de cinta azul para poder satisfacer aquella demanda desatada. Ríos de lazo pasaron por nuestras manos antes de que los prendiéramos en las solapas de miles de personas que también querían un sorbo de agua libre para proclamar que aquel torrente era ya imposible de detener.

El torrente se materializó el 11 de septiembre en San Sebastián. Gesto por la Paz coordinó una Iniciativa Ciudadana para organizar una gran manifestación. La intención era que la convocatoria no la hiciera ninguna asociación o institución concreta, sino la propia sociedad. Así pues, se hizo un inmenso trabajo para conseguir la adhesión de representantes sociales de todos los ámbitos y con los que todo el mundo se pudiera reconocer. Cuando recabábamos las adhesiones, encontramos reacciones de todo tipo, desde quien no se mostró contrario al secuestro hasta quien nos contestó *¡ay, bonita, si todos estamos con vosotros, pero yo no puedo, porque aquí viene gente de todo tipo!* Paradójicamente, quien dijo esto, tuvo que acudir, años después, a la Audiencia Nacional para declarar sobre presuntos pagos del llamado impuesto revolucionario. Pero, aparte de esos contados casos, la respuesta fue extraordinaria. Deportistas, escritores, cocineros, filósofos, artistas, profesores, músicos... Todos se implicaron decididamente en contribuir a que la voz de la mayoría llegara a oídos de quienes coartaban nuestra libertad. Dudamos sobre si finalizar el acto en el estadio de Anoeta, cuya obra se acababa de terminar. Nos parecía que, tal vez, no se llenase y quedara un poco desproporcionado. Llegó el 11 de septiembre. Al final, estrenamos el estadio de Anoeta, que quedó desproporcionado, pero por pequeño. Había tanta gente fuera como dentro. Fue una de las manifestaciones más grandes que se recuerdan en la capital guipuzcoana y una de las veces en que la sociedad puede estar orgullosa por haber sabido mostrar una respuesta a la altura del desafío a que era sometida.

La víspera de la manifestación la Fundación Príncipe de Asturias llamó a Gesto por la Paz para decirnos que nos habían concedido el premio a la Concordia *“por su abnegado afán de contribuir a eliminar la violencia y establecer y consolidar la paz para un adecuado convivir entre los hombres, haciéndolo a través de formas de actuar genuinamente cívicas, que hacen trascender su ejemplo*

más allá del fenómeno a que responde”. Trabajamos todo el día con nuestros preparativos y sólo entrada la noche nos bebimos una copa de cava para celebrarlo. Cuando fuimos a recoger el galardón, dos meses más tarde, ya habían liberado a Julio Iglesias Zamora. Como era de esperar, el clamor social fue ignorado y sólo el pago del rescate le devolvió la libertad. Se quedaron con el dinero, pero, a cambio, tuvieron que pagar el alto precio de ver la espalda de la mayoría de la gente, que ya no dudaba en mostrar su rechazo a aquellos medios inhumanos. Gesto por la Paz ya había disfrutado de reconocimientos concedidos por instituciones que representaban todas las sensibilidades de la sociedad vasca, pues recibió el premio de El Correo a Valores Humanos en 1988 y el Enrique Casas y el Sabino Arana al año siguiente, cuando el Parlamento vasco también aprobó por unanimidad la presentación de la Coordinadora al premio Nobel de la Paz. Ahora, el Príncipe de Asturias a la Concordia suponía un nuevo aliento no sólo por lo que implicaba de proyección hacia toda la sociedad española y hacia la comunidad internacional, sino porque permitía poner de manifiesto el mensaje de que, en el País Vasco y Navarra, el patrimonio de la violencia pertenecía sólo a una minoría de la que, en mayor o menor medida, todos éramos víctimas.

La Fundación Príncipe de Asturias invitó a unos 50 miembros de Gesto por la Paz, los que cupiéramos en un autobús, concretamente, a acudir a la ceremonia de entrega. La mayoría de nosotros aún no había cumplido ni 30 años. Nunca habíamos asistido a un acto tan solemne y, sin embargo, creo que lo vivimos sin perder las dosis de ingenuidad y espontaneidad propias de la juventud. Algo de eso debió contagiar aquella noche a todo el teatro Campoamor, porque se puso en pie para ovacionar largamente nuestro discurso, aquel que María Guijarro, con apenas 20 años, leyó de forma inmaculada. El aplauso fue tan prolongado y emotivo que tuvo que salir a saludar de nuevo. Se acababan así las inquietudes del príncipe Felipe que, según se nos dijo, estaba preocupado por la posibilidad de que una persona tan joven y sin experiencia en ese tipo de ceremonias pudiera emocionarse en medio de la lectura. Asimismo, el propio príncipe había dado por bueno el contenido de nuestras palabras y tuvimos total libertad para exponer nuestra concepción sobre la convivencia en paz, incluido el contenido que más recelo pensábamos que podía causar: *“...no existe legitimidad alguna para el recurso a la violencia. Pero también se debe hacer posible que cualquier idea pueda ser planteada y desarrollada dentro del contexto democrático”*. Asimismo, aquel mismo día, mientras asistíamos al acto de entrega, miles de ciudadanos en el País Vasco y Navarra se estaban concentrando en sus pueblos y barrios, porque con ETA nunca hubo una fiesta en paz y, en este caso, se hizo presente con el asesinato del ertzaina Joseba Goikoetxea. En cualquier caso, el respaldo y cariño que recibimos en aquella ceremonia tan pomposa no nos hacía olvidar premios de otro cariz más íntimo y personal como eran las tímidas palabras que nos había enviado unos meses antes Marisa Lizeaga, la mujer de Julio Iglesias Zamora, en una carta que decía *“...nos parece admirable que en esta situación y tratándose de gente como nosotros, a la que no conocéis, asumáis nuestra angustia y salgáis al*

paso de una injusticia con el valor y la decisión con que lo hacéis. Eso no lo podremos pagar nunca. Lo único que se me ocurre deciros es que sigáis ese camino que habéis emprendido. Creo que ni vosotros mismos sabéis valorar la importancia de vuestros gestos. Sois los representantes de la nobleza de un pueblo que lucha sin armas para conseguir una sociedad más pacífica y más justa". Y, a Gesto por la Paz, palabras de reconocimiento y de puro amor como estas le fortalecían en su determinación para seguir adelante.

Sin embargo, aquel luminoso verano del 93 iba a tener su contrapartida. La imponente reacción ciudadana de entonces cogió por sorpresa también a la izquierda abertzale que veía no sólo cómo se le escapaba a manos llenas el monopolio de las reivindicaciones ciudadanas en la calle, sino también cómo esas condenas y protestas tenían la osadía de ir contra las acciones de su brazo armado. Decidieron, entonces, seguir a pies juntillas la famosa máxima de Gandhi de que *"primero te ignoran, luego se ríen de ti, después te atacan y, entonces, ganas"*. Así pues, utilizaron el siguiente secuestro, el de otro empresario guipuzcoano, José María Aldaia, en mayo de 1995, además de para extorsionar a la víctima y a su familia, para desplegar toda una estrategia de amedrentamiento y acoso a la campaña cívica que reclamaba su libertad. Era un síntoma de la creciente degeneración que sufrían en su propio tablero, puesto que ya no poseían más iniciativa que la de la propia injusticia, cuya defensa se había convertido en un fin en sí mismo. En todo lo demás, no hacían propuestas, sino que respondían, con nuevas injusticias, a la actuación del resto de la ciudadanía. Poco importó que el año anterior organizaciones de la izquierda abertzale como Gestoras Pro Amnistía, Gernika Bartzordea, Herria 2000 Eliza o Senideak, hubieran firmado, junto a Gesto por la Paz y otras asociaciones cercanas, un documento, producto de lo que se conoció como las conversaciones de Maroño que organizó Elkarri, en el que se alcanzó el consenso básico de hacer un *"llamamiento a sustituir todas las expresiones de violencia por mecanismos de diálogo"*. La táctica que desarrollaron con el secuestro de Aldaia no sólo echaba por tierra toda la labor que había fructificado en ese posicionamiento mínimo, sino que ponía de manifiesto la nula credibilidad de un entorno que siempre parecía ver en los métodos pacíficos y democráticos un obstáculo en lugar de la mejor de las oportunidades para hacer valer sus propuestas. Nada más conocerse la noticia del secuestro, Gesto por la Paz volvió a poner en funcionamiento todo su potencial para mantener vivo el recuerdo de la persona que había sido privada de libertad. Pero, en esta ocasión, el lazo azul y las concentraciones que se convocaron todos los lunes fueron objeto de tal hostigamiento que la campaña exigió un auténtico doctorado en pacifismo y unas altas dosis de coraje cívico para poder mantenerse en esa calle de la que nos querían hacer desaparecer.

Fueron los tiempos de la ponencia Oldartzen, aquella que no era más que el reverso de los derechos humanos universales, puesto que se resumía en la idea de la *"socialización del sufrimiento"*, un punto de partida que debería formar parte de los anales de la historia de la infamia. Porque ¿qué proyecto y qué modo de convivencia se puede esperar de alguien que trabaja con semejante materia prima? Si la mayoría del mundo dice tener en su ideario la declaración universal

de derechos humanos y el resultado deja bastante que desear, ¿qué engendro se puede uno imaginar si se tiene en el horizonte, justamente, la idea contraria? El lazo azul, que había sido reclamado espontáneamente por la propia sociedad, quedó reducido a un uso anecdótico debido a las increpaciones, insultos e, incluso, agresiones que recibió mucha gente que lo portaba. Quedamos muy pocos con aquel símbolo de libertad en la solapa. A veces, veíamos algo azul en la camisa de un hombre y, a primer golpe de vista, nos parecía encontrar un *amigo*, pero, al acercarnos, casi siempre resultaba ser el capuchón de un bolígrafo Bic que asomaba por el bolsillo. Aunque todo cambio requiere, la mayoría de las veces, un precio personal, en ningún caso se trataba de exigir el martirio de nadie y, por eso, aunque los integrantes de Gesto por la Paz lo llevamos siempre, tampoco faltaron ocasiones en que tuvimos que ocultarlo disimuladamente para evitar situaciones de acoso. Yo recuerdo muchas noches que, al ir a casa, me cruzaba por el puente de San Antón con cuadrillas que venían de los bares frecuentados por simpatizantes de la izquierda abertzale y me tapaba el lazo para evitar ser objeto de su asedio. Tenía la sensación de que su embriaguez y, sobre todo, el arrojo que demostraban siempre que estaban en grupo podían constituir un cóctel peligroso. Era la condición perfecta para dar rienda suelta a esa socialización del sufrimiento que sus dirigentes les habían otorgado, como patente de corso, en su búsqueda del enfrentamiento, ciudadano a ciudadano, en la calle.

Las concentraciones que convocamos todos los lunes, en los sitios y horas habituales, para pedir la libertad de José María Aldaia también se convirtieron en otro campo de batalla desigual. Bajo el lema genérico de 'Euskal Herria askatu', paradójicamente el mismo que había utilizado Gesto por la Paz cuando, dos años antes, celebró la liberación de Julio Iglesias Zamora y sustituyó la pancarta de 'Julio Askatu' por la de 'Euskal Herria Askatu', la izquierda patriótica decidió estorbar, cuando no extorsionar, las manifestaciones a favor del secuestrado con un eslogan que, ya, ni siquiera tampoco era invento suyo. Aunque fue más generalizada la utilización del espacio público compartido sin problemas para las diferentes reivindicaciones ciudadanas, también es verdad que, por esa extraordinaria capacidad propagandística que tienen las actitudes violentas, lo que más definió la fotografía de la época fue el desafío y la confrontación. La expresión de nuestro silencio tenía enfrente, en el mejor de los casos, una monserga de eslóganes que, a veces, nos coreaban como una letanía perezosa y, otras, nos vociferaban con airada agresividad. Todos los que frecuentamos aquellas concentraciones tenemos registrada en nuestra memoria sonora aquella musiquilla machacona con que acompañaban frases como '*los asesinos llevan lazo azul*', '*hoy, tú de negro; mañana, tu familia*', '*zuek ere txakurak zarete*² y el consabido '*ETA, mátalos*', que tanto realce da a cualquier insulto y amenaza, cuando quieres que te tomen en serio. Y, efectivamente, como los *perros* de Paulov, cuando escucho ese soniquete, aún me entra lo que, en aquel entonces, ya llegamos a bautizar como el síndrome del lunes. Porque, desde la mañana, los lunes

² Vosotros también sois perros

empezábamos a sentir una especie de desasosiego por tener que afrontar la concentración de la tarde en la que nunca se sabía qué nueva sorpresa nos tendrían preparada. Considerábamos que las cosas habían transcurrido de forma normal si sólo nos habían insultado, porque muchas veces llegaron a tirarnos piedras, huevos, tornillos, monedas, mecheros, plátanos... o a rodearnos de pintura roja o a hacer performances representando torturas.

Recuerdo que, durante las fiestas de Bilbao, el grupo del Casco Viejo decidió unir su concentración a la de la plaza Circular para alejarla un poco del recinto festivo, donde tantas oportunidades había para los altercados. Una vez más, fue inútil. Como siempre, eligieron el mismo sitio y la misma hora. Nos rodearon por completo y su virulencia era tal que no hacíamos más que mirar al reloj, pero, esta vez, no para comprobar cuándo concluía la concentración, sino con el deseo de que no terminara nunca, ya que no había forma material de salir de allí. Luego, supimos que alguno de los transeúntes que pasaba por la Gran Vía, al ver aquella escena, llamó a la Ertzaintza para que nos rescatara. En el minuto 15, apareció un furgón de la policía. Rápidamente, los de la concentración se mezclaron con nosotros para crear confusión y para que, en caso de que los agentes cargaran, nos distinguieran entre unos y otros. No contentos con eso, nos empezaron a pegar ellos mismos. Una compañera acabó con el labio roto, a un ertzaina le arrancaron el casco, yo recibí un golpe en la cabeza y, aunque me giré con rabia para ver quién había sido, toda mi ira se convirtió en lástima cuando me encontré la cara de un tipo más nervioso que yo y con una mirada sin la profundidad suficiente como para poder encontrar algo en ella.

Dado que Gesto por la Paz tenía muchos grupos, la izquierda abertzale no pudo o no quiso desarrollar el mismo nivel de hostigamiento frente a todos. Cuando acababan las concentraciones, los lunes por la noche, llamaban al local de Gesto aquellos que habían tenido problemas. Uno de los más castigados fue el de Etxarri-Aranaz. Es el único que, al final, tuvo que renunciar a manifestar su protesta por el uso de la violencia debido a la insoportable presión que allí padecieron. Los apenas 20 integrantes del grupo, enseguida quedaron reducidos a una docena. Miembros de otros grupos nos turnamos para sumarnos a su concentración y tratar, así, de ofrecer apoyo con el fin de que no se sintieran solos. Allí se hacía realidad aquello que, en una ocasión, nos dijo un fotógrafo de prensa sobre nuestro parecido con los cristianos arrojados a los leones. Mucho antes de que comenzara el *gesto*, ya no quedaba ni un alma en las calles del pueblo. Los más valientes y con vistas a la plaza escudriñaban escondidos entre los visillos. Por lo demás, se diría que allí no vivía nadie. Habría jurado que incluso vi rodar algunas de esas bolas del oeste que nadie sabe muy bien como se llaman. A su hora, el diminuto grupo de Gesto enfilaba hasta la plaza como si fuera al patíbulo. Enseguida, aparecía una turba de gente cabalgando sobre los lomos de los briosos corceles del odio. No logro explicarme qué pueden sentir esas personas cuando insultan e intimidan tan ferozmente a otras, cinco veces inferiores en número, que permanecen en silencio y que sólo tienen una pancarta en sus manos. Deben sufrir una incapacidad para

experimentar vergüenza. Su impudicia ante el abuso, la injusticia y la coacción que ejercen forma parte de su poder. Se situaron a un metro escaso de donde estaba el grupo de Gesto. Una vez más, yo no veía nada concreto, sino una turba de mandíbulas desencajadas con un griterío agresivo y ensordecedor. No dejaban pensar. Sólo se podía sentir. Miedo, principalmente. Uno de ellos se puso a un centímetro de la cara de uno de nosotros y empezó a insultarle como si le odiara personalmente. Lo tuvo allí los quince minutos. Aprendí lo que es el temblor de piernas involuntario. Estaba aterrorizada. Creía que el de la cara iba a venir uno por uno y apenas lograba concentrarme en que debía resistir sin caerme, cuando me tocara a mí. Al finalizar, recogimos la pancarta y nos fuimos todos muy juntos, agrupados como animales de una manada que no se atreve a separarse por el peligro que le acecha. Nos seguían y seguían vociferando. Y de la misma manera que, cuando hacemos gimnasia o ejercicio después de mucho tiempo de inactividad nos parece notar músculos o partes del cuerpo que, hasta entonces, no habíamos apreciado, dar la espalda a aquel grupo me hizo sentir la nuca, ese lugar donde convergen la fragilidad de la vida humana y los instintos asesinos.

Los hijos de Aldaia, Idoia, Oscar y Txetxu, que convocaban sus propias concentraciones silenciosas junto a los trabajadores de la empresa, también tuvieron que padecer el mismo hostigamiento impúdico. Esta familia encarnó como nadie lo que significó la socialización del sufrimiento. Ya no bastaba que ETA hubiera secuestrado a su padre para pedir un rescate económico. Además, a la izquierda abertzale no le produjo ningún rubor complementar esa injusticia con toda una estrategia de acoso cruel hacia los hijos y la mujer de Aldaia. Mientras esta última recibía continuas llamadas de un cariz que rayaba lo psicopático y la más pura degradación, los hijos soportaban estoicamente los insultos e imprecaciones que les dedicaban en la calle grupos que en nada se avergonzaban de asemejarse a una auténtica jauría humana. Dado que el secuestro del empresario se prolongó durante casi un año, once meses y nueve días para ser exactos, toda la movilización pacífica y la contraparte, que, con todo descaro, justificaba el secuestro a la vez que tildaba de asesinos a quienes solicitábamos la libertad de Aldaia, se convirtió en la ocasión no ya sólo para demostrar, como había sucedido con Julio Iglesias Zamora, que la mayoría del *pueblo* en cuyo nombre mataban y extorsionaban les exigía decididamente que abandonaran esos métodos, sino también para poner de manifiesto que la izquierda abertzale no dudaría en arremeter incluso contra ese mismo pueblo hasta que no se plegara a sus dictados. De esa manera, aquellos terribles meses se convirtieron en un perfecto expositor de la tenacidad de una mayoría que, a pesar del quebranto y la angustia a la que fue sometida, mantuvo sus movilizaciones sin perder el carácter pacífico, pero también de la obstinación de esa minoría violenta que, impotente a la hora de convencer, ya no acertaba a proponer nada más que el sufrimiento para todos. Y esa exposición, prolongada hasta la extenuación, de las actitudes de cada uno no dejaría de dar sus frutos, puesto que ni la más insensible de las conciencias pudo dejar de ver, como si de la proyección de unas sombras en la pared se tratara, que el escarnio que

padecieron aquellos hijos en el espacio público era el reflejo del sufrimiento al que estaba siendo sometido su padre en la soledad de un miserable zulo.

Hubo, sin embargo, una faceta de la movilización más agradable y, en general, más sosegada. Al concebir la campaña, decidimos convocar actos periódicos y simbólicos que nos ayudaran a recordar el transcurso del tiempo sin la libertad de un hombre. Recogimos miles y miles de firmas de solidaridad para entregar a la familia, plantamos árboles en las faldas del monte Jaizkibel, que es el que se podía ver desde las ventanas de su casa, nos encartelamos con cada uno de los días de secuestro, subimos a las cimas más altas del País Vasco y Navarra, llenamos de globos azules la escultura *Gure aitaren etxea*³ de Chillida, pintamos un puzzle de más de 300 metros cuadrados, recorrimos cuatro días de marcha desde el monte Aldaia hasta su empresa en Oiartzun, iniciamos la confección de una bandera gigante con trozos de tela azul que nos enviaba la gente e, incluso, los más jóvenes, que en aquella época, se adhirieron en radiante aluvión a Gesto por la Paz, llegaron a realizar un *puenting* solidario... Al diseñar las actividades, tratamos siempre de que cumplieran con dos características principales, que la gente pudiera tomar parte en ellas, tanto a la hora de elaborarlas como de sacarlas a la calle, y que tuvieran un simbolismo y una pregnancia gráfica suficiente como para trasladar, con sencillez y emoción, los mensajes de solidaridad y deseo de libertad que deseábamos expresar. La actividad generaba cada vez más creatividad. Cientos de personas voluntarias pasaron por el local de Gesto a colaborar con lo que hiciera falta. Siempre se podía contar con la gente para sacar adelante los proyectos. Incluso, nos llamaban de empresas ofreciendo sus productos para nuestras performances reivindicativas. Cada vez conocíamos a más personas dispuestas a ayudar y se multiplicaban nuestras relaciones, esas que, según Mondrian, son causantes de la belleza. Como todo lo hacíamos nosotros con nuestras propias manos, pudimos disfrutar de un aspecto que la sociedad contemporánea nos había hecho olvidar. Y es que todo el proceso de producción, desde el principio al fin, dependía enteramente de nosotros. Concebir la idea, pensar cómo llevarla a cabo, enumerar los materiales, investigar dónde conseguirlos, pedir asesoría y consejos, elaborar el cronograma, transportar los preparativos a un lugar público, animar a la gente a que participara y ver, al fin, el trabajo terminado. Hoy en día, hay pocas tareas en las que se pueda sentir esa satisfacción propia del artesano. Y esa convivencia productiva, unida a un motivo noble y justo, constituye una de esas experiencias que siempre resulta más bello vivir que contar.

El 8 de abril, cuando se cumplían once meses de secuestro de José María Aldaia, organizamos otro de esos actos balsámicos que, por mucho tiempo que pasara, impedían que nos acostumbráramos al cautiverio inicuo de un hombre. La provocación y la violencia que se producían en las concentraciones se había convertido en un hito informativo en sí mismo, de

³ La casa de nuestro padre

manera que enmascaraba ante la opinión pública su verdadero fin, que era la petición de libertad de Aldaia. Por eso, este tipo de actos simbólicos nos proporcionaban la oportunidad de seguir manteniendo vivo y limpio ese mensaje. Un colombófilo nos había ofrecido sus palomas mensajeras y nos fuimos al monte Urkiola a soltarlas con un *billet doux* prendido en sus patas que decía “*las personas hemos nacido para ser libres*”. Hubo que llevarlas muy temprano, pues también aprendimos que necesitan unas tres horas de aclimatación para orientarse en el espacio. Aquella mañana fresca, rodeados de espléndidas montañas que parecían simbolizar la fuerza del fenómeno al que nos enfrentábamos, seis humildes palomas desafiaron el paisaje y lograron llegar a su destino con nuestro mensaje universal de libertad. Y seis días más tarde, José María fue liberado.

A lo largo de toda la historia de Gesto por la Paz, la liberación de las personas secuestradas ha sido una de las pocas alegrías que hemos podido disfrutar. En este caso, y a pesar de que, otra vez, la libertad había tenido un precio, nos congratulamos enormemente no sólo por la vuelta a casa del secuestrado, sino también porque sus hijos, mujer y compañeros de trabajo pudieran dejar de sufrir la iniquidad añadida a la que habían sido sometidos durante tanto tiempo. Nuestro horizonte, sin embargo, seguía estando en mantener aquel compromiso que habíamos emprendido, pues, ahora, se trataba de continuar con la misma dinámica hasta conseguir la liberación del funcionario de prisiones José Antonio Ortega Lara, cuyo secuestro se solapó con el de Aldaia y, más tarde, al de Cosme Delclaux. Estos tres secuestros encadenados provocaron que Gesto por la Paz tuviera que estar de forma permanente, desde el 5 de mayo de 1995 hasta el 1 de julio de 1997, más de dos años ininterrumpidos, en la calle pidiendo la liberación de las personas secuestradas, mientras sufría el continuo acoso de quienes buscaban, inútilmente, el enfrentamiento y la consiguiente deslegitimación del movimiento pacifista.

La primera actividad que organizamos cuando José Antonio Ortega Lara era el único que permanecía secuestrado fue un tapiz de flores en la plaza del teatro Arriaga de Bilbao. Al ser un funcionario de prisiones, la izquierda abertzale había añadido aún más odio y desprecio a sus consignas, en las que pasamos de ‘españolazos’ a ser, directamente, carceleros y torturadores. Era como si, a través de la deshumanización verbal, se estuvieran preparando para digerir sin problemas cualquier desenlace por terrible que fuera. La estrategia no era nueva. ‘Txakurak’ para los guardias civiles, ‘cipayos’ para los ertzainas, ‘morosos’ para los empresarios que no pagaban el impuesto revolucionario, ‘españolazos’ para quienes lleváramos el lazo azul y, así sucesivamente, iban denominando con epítetos despectivos a todo aquel al que desearan despojar de su sustantividad de persona. El asesinato casi siempre empieza por las palabras, que van allanando el camino para que podamos disfrazar la más profunda de las injusticias con cualquier otro ropaje a nuestro antojo. Las palabras se convierten, así, en las primeras armas arrojadas, esas que preceden al fuego, al plomo o a la dinamita. Por eso, en aquella ocasión, quisimos poner el énfasis

en la condición humana que nos iguala a todos, mucho antes y muy por encima de los nombres que queramos otorgarnos. Llegamos incluso a citar a Shakespeare para decir que del mismo modo que *“lo que llamamos rosa exhalaría el mismo grato perfume con cualquier otra denominación”*, también una persona seguirá siendo una oportunidad, preciosa, única e irrepetible, de vida humana por mucho que la tildemos de los insultos más degradantes. Aún a riesgo de que el teatro de Shakespeare pueda parecer una herramienta muy ingenua para contrarrestar la palabrería de la humillación que conduce al asesinato, lo cierto es que nunca quisimos renunciar a buscar resquicios, intelectuales y emocionales, por los que penetrar en aquella ideología que se había petrificado en torno a la violencia como su principal seña de identidad. Siempre tratamos de tener la misma consideración hacia aquellos que más daño nos causaban que hacia nosotros mismos, tal vez, con la lejana esperanza de que fueran capaces de reconocerse en el reflejo que les ofrecíamos en nuestro cristal azogado. Y, por eso, al final del acto leímos este famoso poema de José Martí *“cultivo la rosa blanca, en julio como en enero, para el amigo sincero, que me da su mano franca, y para el cruel que me arranca el corazón con que vivo, cardo ni ortiga cultivo, cultivo la rosa blanca”*, que Isaac Díez, cuñado del propio Ortega Lara y portavoz de la familia, susurraba en voz baja con el mismo convencimiento y emoción con que nosotros lo habíamos incluido en el manifiesto del acto.

El secuestro de Ortega Lara adquirió tintes de auténtica tragedia no sólo por su prolongación inhumana, sino también porque el precio que pusieron a su vida ya no dependía de un rescate económico o de algo que estuviera en su mano o la de su familia, sino que era todo un desafío al gobierno del momento. A finales de 1994, Gesto por la Paz había presentado en sociedad una propuesta para que se estudiaran las posibilidades reales de llevar a cabo un *acercamiento* de los presos de ETA a centros penitenciarios lo más cerca posible de su lugar de residencia. Se trataba de romper la dinámica entre el reagrupamiento que pedía la izquierda abertzale y la de dispersión que aplicaba el gobierno desde 1989. Gesto por la Paz había comprobado que esa política de dispersión se había convertido en un castigo añadido que no facilitaba la reinserción, que, supuestamente, era para lo que se había diseñado. De hecho, había derivado en una práctica de premio o castigo según el comportamiento del preso. Así pues, la dispersión estaba, y aún hoy está, contraviniendo el espíritu de la propia ley, según el cual se debe evitar el desarraigo social de los presos procurando que cumplan su pena lo más cerca posible a su entorno. Además, producía efectos secundarios muy indeseables como el castigo añadido que suponía para sus familias y allegados. La propuesta de Gesto por la Paz, que se desarrolló en profundidad atendiendo, siempre y escrupulosamente, a criterios humanitarios, hizo su recorrido y, un año después, llegó a presentarse en el Parlamento vasco. Cuando se hablaba incluso de llevarla al Congreso de los Diputados para su discusión, ETA decidió que el posible recorrido democrático de una medida que beneficiaba a sus presos no podía salir adelante sin su intervención y decidió presionar con el secuestro de la persona que, por su vida y costumbres rutinarias, más facilidades les brindaba:

José Antonio Ortega Lara. De esta manera, interrumpió y arruinó para siempre, hasta hoy, lo que podía haber sido una conquista democrática poniendo en bandeja al gobierno de turno la excusa ideal para no avanzar en esa medida penitenciaria legítima. Como suele ocurrir en estas ocasiones, ahora, en el fondo, lo que se dirimía ya no era el acercamiento de los reclusos ni la libertad de Ortega Lara. Es decir, tanto los presos como el propio Ortega Lara se habían convertido en sendas monedas de cambio. Ahora, lo que teníamos delante era, por una parte, el intento de una banda armada de quebrar el poder democrático instituido, aunque fuera a costa de la vida de un hombre y de la renuncia a la mejora de las condiciones de sus presos, y, por otra, la razón de Estado que siempre acaba enarbolando cualquier partido en el gobierno que quiere demostrar la fuerza y la firmeza que, muchas veces, les faltan a sus argumentos.

José Antonio Ortega Lara y su familia, absolutamente ajenos a la dimensión de todo aquello, se vieron inmersos en medio de una vorágine inexplicable e inabordable desde su humilde sencillez. Los días 17 de cada mes íbamos a la plaza Mayor de Burgos o al barrio de Gamonal para acompañarles en sus concentraciones. Prácticamente, siempre llevábamos manifiestos para leer al final y, en muchas ocasiones, nuestras palabras hacían llorar a aquella gente, modesta y trabajadora, para la que el único consuelo posible sería el regreso de su vecino. Otras veces, eran los familiares de Ortega Lara los que venían a acompañarnos en nuestros actos a Bilbao, ya que nosotros continuamos con nuestra dinámica reivindicativa de actos y manifestaciones para pedir la libertad de la persona secuestrada. Siempre nos miraban interrogantes como si nosotros, por ser vascos, pudiéramos saber algo del destino de José Antonio o, al menos, algo de lo que suele ocurrir en estos casos. Tanto Domitila, la mujer, como sus hermanos eran bellos, dignos, sobrios y muy parcos en palabras. Causaba dolor sólo imaginar la inmensidad de ese sufrimiento interior al que no daban salida, que parecía concentrado en su alma. Así pasaron un año, cinco meses y trece días de una tortura de la que era difícil imaginar que alguien pudiera salir vivo. Y, sin embargo, el 1 de julio de 1997, amanecemos con la mejor de las noticias posibles. José Antonio había sido liberado por las fuerzas de seguridad del Estado.

Aquella madrugada fue un auténtico torbellino. Primero, nos avisaron de que habían liberado a Cosme Delclaux, otro empresario vasco que compartió con Ortega Lara los últimos ocho meses de secuestro. La proporción de las cosas es diferente cuando las observas en solitario o junto a otras. En este caso, el cautiverio de ocho meses que padeció Cosme pasó bastante más desapercibido que los demás por su solapamiento con el de Ortega Lara, que ya llevaba 10 meses secuestrado, y porque su libertad tenía un precio económico que todo el mundo daba por hecho que se iba a pagar. No como el de Ortega Lara en el que, justamente, lo que se daba por sentado era lo contrario, es decir, que no se iba a ceder. Así, en ese mismo juego de proporciones, la feliz noticia de la liberación de Delclaux actuaba en el aumento de la preocupación y de la congoja por la suerte de José Antonio Ortega Lara, cuyo secuestro duraba más de lo que a todos nos parecía

humanamente soportable. Pero aquella misma mañana, poco tiempo después, volvió a sonar el móvil de Gesto, esta vez para informarnos de lo que, ya, nos parecía increíble e imposible: ¡José Antonio, liberado! Aquellas tres palabras nos salvaban también a los demás de mucho sufrimiento. Sin lugar a dudas, ese fue uno de los días más felices para mucha gente de Gesto por la Paz. Era algo que iba más allá de la alegría o la satisfacción. Se parecía más a la plenitud de salvar una vida en el último momento. Luego, cuando vimos por televisión su regreso a la casa de Gamonal, como a todo el mundo, nos sobrecogió su aspecto torturado. Y, a pesar de todo, aquella imagen contenía un atisbo balsámico de esperanza, la sonrisa de Domitila.

Nosotros también celebramos nuestra particular liberación. Después de dos años, un mes y 26 días con el lazo azul en la pechera y exhaustos de subir a los montes, bajar a las playas, recorrer las ciudades y los campos con nuestra actividad reivindicativa de libertad podíamos, por fin, plegar las pancartas. Al mismo tiempo, dejábamos atrás las situaciones de acoso, increpación y desprecio que habíamos tenido que sufrir o esquivar durante todo ese tiempo. A veces, me he llegado a preguntar si hubiéramos sido capaces de soportar aquella presión y de llevar a cabo todo aquel despliegue de actividad, si hubiéramos sabido, previamente, lo que nos esperaba. Al final, siempre tengo la impresión de que las cosas difíciles de la vida hacen sufrir y cansan más cuando se recuerdan que cuando se está inmerso en ellas y lo único importante es sacarlas adelante. Aquella tarde, convocamos un acto público en la plaza Elíptica de Bilbao para desprendernos de los lazos azules. Fue un acto fantástico. Acudió Carmelo Renobales, el portavoz de la familia de Cosme Delclaux, con una botella de cava para celebrar los acontecimientos y agradecernos, en nombre de la familia, el apoyo y el trabajo realizado. Todo eran sonrisas y parabienes. La felicidad por las libertades recobradas y la satisfacción por haber sido capaces de mantener la actividad pacífica, a lo largo de tanto tiempo y a pesar de las vicisitudes, llenaron la plaza. Pero, como decía Eduardo Chillida, *“toda esa obra tendrá una luz negra, que es la nuestra”*. Y, así, fue. Aún no nos había dado tiempo de apurar la copa de cava, cuando un destacado dirigente de la izquierda abertzale ya estaba proyectando la sombra de la muerte sobre el lienzo blanco de nuestra sonrisa. *“Cuidado con las borracheras”,* dijo Floren Aoiz, *“que luego vienen las resacas”*.

Dicho y hecho. Apenas diez días más tarde, la monstruosidad estaba servida. Le pusieron el nombre de Miguel Ángel Blanco Garrido. Tal y como ya narramos en el libro ‘Ermua, 4 días de julio’, *“nuestros ojos aún no habían tenido tiempo de parpadear ante la perpleja visión de aquel cajón –cuyo calificativo necesitaría la invención de una palabra nueva- de donde salió, inexplicablemente vivo, José Antonio Ortega Lara, tras 532 días de muerte sobrevivida, cuando se nos sirvió un plato más fuerte: otro secuestro y un ultimátum de 48 horas de vencimiento. Hasta las sensibilidades más apelmazadas pudieron darse cuenta de que aquel hecho ya ni siquiera alcanzaba la execrable categoría de la utilización de la violencia como medio para un fin, sino que constituía toda una demostración de fuerza fanfarrona y vengativa por la libertad recobrada de*

Ortega Lara. La alegría por la salvación del funcionario, justo en el momento en que su existencia ya sólo estaba unida a la vida por un hilo tan débil como el que su propio cuerpo demostraba, provocó una respuesta meramente violenta, envuelta en unas dosis de crueldad y escenificada con tal ensañamiento gratuito, que no podía dejar aletargada ninguna conciencia viva”.

ETA y quienes le apoyaban no pudieron soportar la liberación de alguien a quien, prácticamente, habían dado por sacrificado desde el principio. La reivindicación por el traslado de sus presos no era más que una excusa para disfrazar su verdadero objetivo, que era quebrar la voluntad de un gobierno democrático. El fin era la demostración de fuerza. Todos los demás, Ortega Lara, Miguel Ángel Blanco, los propios reclusos e, incluso, la ciudadanía movilizada no éramos para ellos más que sujetos pasivos de esa lucha por la representación de poder. Pero ya habían emprendido el camino de su descomposición. A cada paso que daban, en vez de potencia, revelaban infamia; en vez de ideales, degradación; en vez de proyecto, sacrificio inútil. Tras más de dos años exhibiendo en la calle su estrategia obscena de acoso a simples ciudadanos, a sus vecinos, ya no sólo nos volvieron a convocar a los que habíamos estado activos durante todo ese tiempo, sino que lograron despertar la ira, la rabia y la impotencia de quienes, hasta entonces, habían creído que sólo eran testigos de aquel paisaje injusto. La angustia que sobrecogió a todos durante aquellas 48 horas de espera estaba aún taponada por la esperanza de que se escuchara nuestra voz, aquella que se dio cita en Bilbao el día 12, a las 12, cuatro horas antes de que expirara el plazo de la infamia.

La ‘capital del mundo’ se quedó pequeña para aquella manifestación. Era una convocatoria institucional cuya iniciativa partió del Pacto de Ajuria Enea. Sin embargo, Gesto por la Paz se encargó de todos los aspectos organizativos y de orden. Nuestra labor en ese aspecto resultó, en cierto sentido afortunadamente, bastante desastrosa, porque todos los cálculos de asistencia se quedaron cortos. Como si fuera un signo premonitorio de cómo iba a quedar el panorama después de aquellos acontecimientos que rodearon al asesinato de Miguel Ángel, la manifestación incluso llegó a tener dos cabeceras. Por un lado, la de los representantes de los partidos vascos que integraban el Pacto de Ajuria Enea, que encabezó la marcha, y por otro, la del presidente del gobierno José M^a Aznar y otros miembros de su gabinete, que portaban la pancarta bastantes metros más atrás. La marcha se desbordaba por todos sus costados. Aquella gota había colmado los vasos de miles y miles de ciudadanos que, hasta entonces, no se habían visto concernidos por el drama que sufríamos desde hace tantos años. El calor era sofocante y todo el espacio estaba colapsado. La gente no tenía sitio ni para desmayarse. La pancarta que supuestamente tenía que encabezar la manifestación no pudo moverse de sitio durante más de una hora. Nosotros llevábamos la inmensa bandera azul, símbolo de libertad, que habíamos confeccionado durante los anteriores secuestros. La portaban unas cien personas y, al final, la tuvimos que desviar por otra calle para hacer sitio a la gente. Fue la última vez que se paseó en público. Había personas que

tenían esperanza de poder detener la ejecución de la sentencia. Otras eran más fatalistas, pero también estaban allí, porque deseaban que, en caso de que se produjera el asesinato, fuera el último. Ese día, la razón y la emoción de más de medio millón de personas transformaron a Bilbao en el cráter de un volcán que clamaba por salvar la vida de Miguel Ángel, aunque, en el fondo, como dice Ismaïl Kadaré, era un estallido ante unos acontecimientos *“mediante lo cuales la gente, creyendo emitir un juicio sobre el drama de los demás, no estaría haciendo en realidad más que escenificar el suyo propio”*.

Al terminar la manifestación, volvíamos a nuestros hogares con una mezcla de satisfacción contenida y de expectación temerosa e intentábamos, en nuestra despedida, infundirnos ánimos los unos a los otros. En el camino hacia mi casa, cuando la cuenta atrás del plazo para la vida del joven concejal de Ermua ya se contaba por minutos, al pasar por la catedral de Santiago, en el Casco Viejo, vi una pintada fresca que decía ‘Miguel Ángel no es el último’. Cuando el resto del mundo caminaba varias calles más arriba en una inmensa marcha de solidaridad, alguien con un spray en la mano aprovechó la soledad del resto de la ciudad para plasmar en la pared su idea de futuro. Aquel mal augurio no sólo condenaba la vida de Miguel Ángel, sino que se regodeaba en la condena de víctimas venideras. El encogimiento anímico que me produjo la lectura de aquella pintada ya no me abandonó hasta que, una vez en casa, escuché que, con la puntualidad horaria de los fríos profesionales del crimen, la esperanza de miles de personas había sido quebrantada mediante dos tiros en la nuca de Miguel Ángel.

Aquellos dos tiros alojados en la cabeza de Miguel Ángel eran la rúbrica de la humillación que cometían sus captores y asesinos con los miles de personas que, por la mañana, habían apelado a su compasión. Ese sentimiento, unido a la impotencia que, como decía Primo Levi, *“siente la gente justa ante la culpa cometida por otro, que le pesa por su mera existencia, porque ha sido incluida irrevocablemente en el mundo de lo existente, y porque la buena voluntad ha resultado inútil o insuficiente y no ha sido capaz de contrarrestarla”*, fue tomando la forma de un protesta cívica posterior con características de erupción volcánica. El asco, el miedo, el hastío, la tristeza y el terror se revolvieron al unísono en el núcleo más íntimo de miles de personas que, como el volcán que describía Susan Sontag, encontraron en la movilización el cráter por el que poder expulsar aquel *“diluvio constante de sonido graneado, titánicamente tempestuoso, cuyo volumen parecía aumentar siempre a pesar de que no podía ser más ruidoso de lo que era; un rugir en el vómito, amplio como el cielo, que inundaba el oído y que extraía el tuétano de tus huesos y te volcaba el alma”*.

La gente se lanzó a la calle de tal manera que daba la impresión de que no estaba dispuesta a regresar a su casa hasta que aquello se hubiera solucionado. Aquella reacción era parecida a otras que ya se habían producido muchos años antes. En 1981, ETA había secuestrado a José M^a Ryan,

el ingeniero jefe de la central nuclear de Lemóniz. Dieron una semana de plazo para la demolición de las obras. Pasados los siete días de vencimiento, cumplieron su sentencia de muerte. En 1983, secuestraron al capitán de farmacia Alberto Martín Barrios y pidieron la liberación de unos presos cuyo juicio estaba a punto de celebrarse, además de la lectura de un comunicado en la televisión española. Dos semanas después, también apareció maniatado, amordazado y asesinado. Eran secuestros y asesinatos que parecían inspirarse en el de Aldo Moro, el líder de la Democracia Cristiana cuya vida también resultó aplastada en medio del choque entre el ejercicio violento de las Brigadas Rojas y la razón de Estado. Pero, en aquel entonces, aún no existía ese sujeto nuevo que estaba en la arena desde que nació Gesto por la Paz. Cuando asesinaron a Miguel Ángel Blanco, ya llevábamos más de diez años de movilización pacífica en contra de la violencia y, concretamente, los dos últimos habían sido extenuantes debido a los secuestros encadenados y a la insistente y obscena provocación en la calle. Tal vez, por eso, mucha gente pensó que todo aquello que habíamos realizado ya no era suficiente y, ante la iniquidad cometida con el concejal de Ermua, algunas personas creyeron aumentar el grado de protesta incorporando eslóganes que poder gritar y acudiendo a las sedes de Herri Batasuna o a espacios habitualmente frecuentados por la izquierda abertzale para increparles.

Gesto por la Paz tuvo que hacer un llamamiento público a la calma para que la sociedad no perdiera el acervo democrático y pacífico que había acumulado en los últimos años de movilización. Era evidente que la mayoría sólo estaba expresando su rabia e impotencia, pero siempre hay quien aprovecha la confusión de esos momentos de intensa emotividad para subir el volumen de la protesta y ponerla al mismo nivel que la del vecino. Muchos querían hacer sentir a los partidarios de ETA el miedo que nosotros habíamos sentido y otros proponían el abandono del silencio y la adopción de lemas que se pudieran lanzar a los cuatro vientos. Era inevitable ver una analogía entre las fotografías de las personas que gritaban y las imágenes de los grupos de la izquierda abertzale que habíamos tenido enfrente durante más de dos años. Las caras desencajadas se parecen en la instantánea muda. Sin embargo, nosotros pensábamos que todo eso no era más que un triunfo del lado del espejo que tanto habíamos combatido. En lugar de conseguir que nuestra actitud se reflejara en la de la izquierda abertzale, ahora surgían iniciativas que, desde el ámbito democrático o 'constitucionalista', como al final se autodefinieron, preferían parecerse a lo que tenían enfrente en sus formas de expresión. Si, hasta ese momento, la movilización pacífica había sido patrimonio de Gesto por la Paz, que fue quien subió, peldaño a peldaño, la empinada escalera que nos llevara a conseguir una expresión ciudadana con un estilo diametralmente opuesto a lo que era habitual en nuestra tierra, ahora que ya se contaba con la aquiescencia de la mayoría, surgieron múltiples foros y grupos, generalmente liderados por intelectuales, que vinieron a recoger el fruto para llevarlo a sus derroteros.

En paralelo, también los políticos empezaron a ver gigantes donde sólo había molinos. La eclosión social espontánea de aquellos días se interpretó como una amenaza para unos, los nacionalistas vascos, y como una oportunidad de oro para otros, los no nacionalistas o nacionalistas españoles, como se prefiera. Cuando se pierde de vista el bien común, lo que conviene a la sociedad, y se sustituye por los intereses partidarios, el desastre se suele frotar las manos a la vuelta de la esquina. Fue entonces cuando el Pacto de Ajuria Enea, aquel en virtud del cual los partidos democráticos renunciaban voluntariamente a utilizar el terrorismo para sus intereses partidistas particulares, acabó definitivamente triturado en la licuadora de aquellos días. Los partidos no nacionalistas o nacionalistas españoles empezaron a enarbolar el banderín de lo que se llamó el 'espíritu de Ermua' como si aquella movilización hubiera sido un apoyo expreso a su ideario político de unidad del Estado español. Y los nacionalistas vascos, asustados, empezaron a refugiarse en propuestas pacificadoras que vinculaban la paz a la consecución de determinados planteamientos políticos coincidentes con los pretendidos por la organización terrorista y que culminaron, meses después, en la firma del Pacto de Lizarra.

Como siempre que se extremaban las posiciones, Gesto por la Paz, cuyo trabajo había sido en gran medida el gran muñidor de una respuesta social digna y pacífica, se quedó en tierra de nadie. Su mensaje, concentrado en la búsqueda de la paz a través de medios genuinamente democráticos y respetuosos con los derechos humanos, ya no interesaba en un escenario donde cada uno aportaba su adorno político como solución al problema violento. Avancemos hacia la posibilidad de ejercer el derecho de autodeterminación para acabar con la violencia, decían unos. No se puede plantear un escenario que permita el derecho de autodeterminación mientras haya violencia, decían otros. La idea de que la violencia tenía que acabar, simplemente, por que no tiene cabida en una sociedad democrática, vaya como vaya el derecho de autodeterminación, pasó a mejor vida. Y nosotros, una vez más, nos vimos solos defendiendo la separación de los dos conflictos, el político y el violento, que no se pueden poner en relación, so pena que estemos dando la razón a quien ejerce la violencia. Y, así, paradójicamente, en el culmen cuantitativo de la movilización por la que tanto habíamos trabajado, fue cuando iniciamos la travesía por nuestro *largo desolato*. Entre ese nuevo contexto político, donde ya todo el mundo utilizaba el fenómeno violento como excusa para hacer prevalecer su ideario político, y la tregua que mantuvo ETA entre septiembre de 1998 y diciembre de 1999, que también contribuyó a desactivar la actividad de los grupos y, en general, de toda la organización, Gesto por la Paz perdió gran parte de su capacidad de influencia y de acción social.

El egoísmo y la avidez política produjeron unos efectos nefastos, cuya máxima escenificación, en el ámbito de la movilización, se produjo en la marcha de repulsa por los asesinatos de Fernando Buesa y su escolta Jorge Díez, que tuvo lugar en Vitoria-Gasteiz pocos días después de que ETA les asesinara al hacer estallar un coche-bomba cuando caminaban por el campus de la

Universidad del País Vasco. Después de un año y tres meses de tregua, el terrorismo había vuelto a la escena con el asesinato en Madrid de Pedro Antonio Blanco y, ahora, en el País Vasco, con el de Fernando Buesa y su escolta. Volvía con toda la intensidad que le era posible. La recomposición de los comandos durante el tiempo de suspensión de la violencia, les permitió acumular fuerzas suficientes para convertir el año 2000, con 23 víctimas mortales, en el más sanguinario desde 1992. La firma del Pacto de Lizarra había dividido profundamente a los partidos políticos en dos bloques, cuya frontera de separación ya no era, como en tiempos del Pacto de Ajuria Enea, la de democráticos y violentos, sino la de nacionalistas vascos y no nacionalistas o nacionalistas españoles. Esa división se plasmó materialmente en la manifestación de repulsa por el asesinato de Fernando Buesa y Jorge Díez. En la cabecera, iban el Lehendakari de entonces, Juan José Ibarretxe, y todos los representantes de partidos nacionalistas vascos y, por detrás, las familias de las víctimas, acompañadas por los representantes del resto de partidos. Cada bloque tenía su pancarta y sus consignas, muchas de ellas de calado político. Por lo menos para quienes integrábamos Gesto por la Paz, resultó, sin lugar a dudas, la manifestación más triste en contra de un acto terrorista que se puede recordar en el País Vasco.

En aquellas circunstancias, Gesto por la Paz tuvo que afrontar la difícil y dolorosa decisión de hacerse presente de una manera que le permitiera mantener sus principios de no mezclar violencia y política. Improvisamos, a toda velocidad, unos carteles hechos de cartulina y cuerda, pero con el mensaje contundente de *“¿qué país queremos construir, si contra el asesinato no vamos juntos?”* Dentro de aquella manifestación de 100.000 personas, tuvimos que hacernos un espacio en medio de los dos bloques y pedir a la gente que, si venía junto a nosotros, se expresara exclusivamente a través del silencio. La mayoría de las personas que acudió a aquella marcha se integró en aquellos grupos mayoritarios que parecían proyectar la división de la sociedad, pero también hubo quien aún deseaba manifestarse con la sensibilidad propia del modelo de Gesto por la Paz. Al llegar a la catedral, una periodista me dijo *“hay gente que pregunta por vosotros. Os están buscando”*. Y es que, como poco después, dijo Imanol Zubero, hubo dos manifestaciones, sí, pero no la de los dos grandes bloques, sino la de todos ellos y la de Gesto por la Paz, puesto que las otras, aunque fueran divergentes, eran idénticas en sus modos y en sus mensajes políticos. La de Gesto era silenciosa, concentrada en la repulsa por el asesinato y deseosa de hacer entender que, como también señaló Zubero, *“una sociedad puede funcionar razonablemente bien aun cuando carezca de unos claros principios políticos compartidos, pero de ninguna manera puede subsistir (salvo en estado de guerra) sin unos claros principios éticos compartidos”*.

Aquella tremenda división política trajo consecuencias devastadoras no sólo para el ejercicio democrático en las instituciones, sino también para la propia sociedad que cada vez se veía más contagiada de ese desencuentro pretendidamente insalvable entre nacionalistas y no nacionalistas. El ejercicio violento estaba obteniendo buenos frutos en su búsqueda de la crispación y el

enfrentamiento político y civil. La confusión y el ambiente irrespirable alcanzaron sus máximas cotas de desencuentro en la campaña electoral de las elecciones autonómicas de 2001. Como analizó el profesor Francesc Pallarés, *“los enfrentamientos entre los partidos democráticos, la culpabilización y demonización del adversario pasaron a primer plano. Nunca en el País Vasco se habían escuchado tantas voces alertando del peligro real de enfrentamiento a nivel civil. En todo caso, a ETA le beneficiaba la división entre comunidades y enfrentamiento social para justificar ante los suyos su actividad terrorista”*. La pérdida de referencia del Pacto de Ajuria Enea en el ámbito político y la pérdida de esa misma referencia en el ámbito de la movilización social, que hasta entonces había protagonizado Gesto por la Paz, nos condujeron a aquel tiempo en el que tan peligrosamente llegamos a vivir.

Buenos tontos, malos listos

Un sábado, durante las eternas campañas por la liberación de los secuestrados, organizamos una cadena humana por las calles de Bilbao. Todos llevábamos unos carteles de cartón que habíamos pintado nosotros mismos con spray. Seríamos unas cien personas andando en fila india con esos cartelones colgando del cuello, al modo que suelen hacer los establecimientos de comida rápida para publicitar sus ofertas. Sólo que nuestros mensajes eran para pedir libertad y para recordar los días de cautiverio de José Antonio Ortega Lara y de Cosme Delclaux, que eran 409 y 110, respectivamente. Cuando pasábamos por una plaza, un niño muy pequeño que estaba jugando, se asustó al ver a aquella gente embuchada entre cartones de colores y se fue mohíno hacia donde estaban sus familiares. El padre le cogió en brazos y le dijo *“no te preocupes, hijo, que estos son los buenos”*. Y es que, efectivamente, la mayor parte de la ciudadanía era así cómo percibía a Gesto por la Paz, como gente *buena*, sin más.

La contrapartida de que te concedan el calificativo de bueno suele ser que, casi siempre, se infiere que va unido al de cierta cordedad mental. Los binomios bueno-tonto y malo-listo funcionan muy bien y eso quiere decir bastante de los valores que imperan en nuestra sociedad. No se sabe muy bien por qué, pero ser bueno se asocia a ser tonto y ser malo se asocia a ser listo. Lo mejor sería que todos fuéramos buenos y listos, aunque, por alguna razón, es un vínculo que no resulta muy popular. Sin embargo, deberíamos considerar si la propia bondad no es en sí misma una manifestación bastante interesante de inteligencia, independientemente de la otra, la intelectual, que, por mucho que nos empeñemos, está repartida por igual entre los buenos y los malos. Cuando en 1999, se celebró el Mundial de Atletismo en Sevilla, muchas gente y algunos políticos, y no necesariamente pertenecientes al mundo de la izquierda abertzale, se deshicieron en elogios ante el *ingenio* de aquel grupo de jóvenes que logró burlar la seguridad y aparecer en la ceremonia inaugural con el disfraz oficial de giraldillas sobre el que habían adherido un mapa de Euskal Herria con unas flechas que reclamaba el acercamiento de los presos de ETA a cárceles en territorio vasco. Pero alabar la lucidez de alguien que sólo tiene que buscar el fallo, la fisura por dónde poder colarse, no resulta del todo justo. Un político, que debe legislar para todos, lo debería saber mejor que nadie, porque lo mismo ocurre con su trabajo. Pensar y lograr redactar una ley que satisfaga, con justicia y ecuanimidad, las necesidades y los matices de lo que le afecta a miles o millones de personas es realmente una labor que, si se hace bien, requiere mucha inteligencia.

Andar husmeando por las grietas, por los bordes o por todo lo que roce los límites para ver por dónde se encuentra el fallo ajeno es una operación bastante menos exigente para el intelecto. Y eso es lo que han hecho ETA y la izquierda abertzale durante muchísimos años, unos buscar las debilidades de la seguridad para asesinar y los otros, el filo de la ley y de los acuerdos instituciones para utilizarlas en su beneficio. Sin embargo, en lo que respecta a la creación de posibilidades para la convivencia, hasta que no se demuestre lo contrario, no han sabido ir más allá de lo que serviría para una tribu en la que todo el mundo pensara lo mismo, pero no para una sociedad compleja y plural como la nuestra.

En todo caso, aún siendo los que cargábamos con el calificativo de buenos y, por ende, con la sospecha de tontos, Gesto por la Paz nunca despertó simpatías entre los malos listos. Ya desde el principio, trataron de proyectar sobre nosotros una sombra de duda que hiciera mella en toda la sociedad. En los primeros años, propalaron el rumor de que nos sufragaba, nada más y nada menos, que el Ejército español; luego, dijeron que constituíamos el brazo civil de los GAL; más tarde, que éramos las plañideras del Pacto de Ajuria Enea. Resultaban definiciones especulares. A pesar de ser los listos, no concebían otra realidad que no fuera idéntica a la suya, pero del enemigo. También se tomaban la molestia de sembrar todo el recorrido de nuestras manifestaciones con pancartas que lucían frases de Gandhi, como *“mi objetivo y el de la India es el de la independencia”*. Una vez más, les resultaba conveniente quedarse en el qué y no en el cómo, que constituía la auténtica aspiración de Gesto por la Paz, la persecución de los proyectos políticos por vías pacíficas que respetaran los derechos humanos de todos.

Tuvieron, asimismo, algunas maneras un tanto particulares de referirse a Gesto por la Paz. Llegaron a decir que sólo éramos un ‘puñado de viejas que salíamos de misa’. Con ese calificativo, al querer despreciar a los integrantes de Gesto, lo que se estaba haciendo en realidad, era ofender gratuitamente a una parte de la población, cuya descripción convertían en insulto. Aparte de eso, al denominarnos así, también se estaban apropiando para sí el patrimonio de la juventud y todo lo que se le presupone de fuerza, rebeldía y valor. Paradójicamente, donde más he observado esas cualidades es en la gente mayor que ha formado parte de Gesto por la Paz. Y recuerdo, por ejemplo, a Conchita, una señora que rondaba los ochenta años y tenía una enfermedad incurable de huesos que no faltaba a ninguna de las concentraciones que se hacían en la plaza de Correos de Vitoria-Gasteiz. Daba igual que fuera uno de esos gélidos inviernos vitorianos, ella acudía con una silla plegable y, aunque fuera sentada para sobrellevar el dolor físico que le producía la enfermedad, guardaba sus quince minutos de silencio. En mi opinión, la supuesta fuerza, rebeldía y valor de cualquier cuadrilla envalentonada de encapuchados, que saliera los fines de semana a quemar cajeros y autobuses antes de irse a tomar potes por el casco viejo de su ciudad, palidecen frente al coraje, determinación y generosidad de aquella anciana que no dudó en emplear las

últimas energías que quedaban en su cuerpo frágil y enfermo para contribuir a dejarnos una convivencia más justa y más humana que ella nunca llegaría a disfrutar.

El único mérito extra que disfruta la juventud frente a la ancianidad es el tiempo. Como todos los privilegios gratuitos y ganados sin esfuerzo, se trata de un mérito circunstancial, que no tiene nada que ver con tener ni más razón, ni más valentía ni más empeño. A los mayores les quitamos importancia simplemente porque tienen menos tiempo. Podemos desdeñar sus ideas, sus experiencias y sus anhelos porque, al fin y al cabo, van a estar menos años entre nosotros. Una vez más, la desaparición física de otro, aunque sea producto del proceso natural, se revela como triste solución de los desencuentros. Puede que la arrogancia juvenil desprece a los viejos, pero no ocurre al contrario. La edad senil contiene, como una de esas muñecas rusas, todas las demás edades en su interior. Tienen al niño, al adolescente, al joven, al adulto y al mayor. Saben lo que preocupa y cómo se viven los acontecimientos en cada época vital. Por mucho que la sociedad contemporánea nos haya proporcionado maravillosos mecanismos para acceder al conocimiento con solo apretar una tecla y ya no sea necesario vivir años y años para acumular datos, la memoria emocional de la experiencia sigue siendo un néctar que sólo se puede saborear con la edad. Y, aunque muchas veces, nuestra juventud de entonces nos incapacitara para apreciar la ambrosía que nos ofrecían con su presencia, hoy, cuando el tiempo ha pasado ya para todos y las muñecas rusas se van superponiendo sobre nuestra existencia, levanto mi copa para hacer un brindis perpetuo por todas 'aquellas viejas que salían de misa' y por toda la gente mayor que tan digna, generosa y pacientemente participó en la aventura de Gesto por la Paz. Tal vez, para muchos, su última aventura.

Aparte de ser injusto el prejuicio hacia la vejez, también era incierto que Gesto por la Paz estuviera integrado sólo por gente mayor. De hecho, era todo lo contrario. Según el estudio que realizó la socióloga M^a Jesús Funes, la gente que formaba parte de nuestra Coordinadora era "*joven o muy joven*". El peso de todo el trabajo ideológico y organizativo corrió siempre a cargo de personas que empezaron con apenas 20 años y que permanecieron hasta el final, cuando ya rondaban los 50. Esa puede ser calificada como "*la generación que va a construir la paz*", augurio que hizo Juan Luis Ibarra en 1989, en el acto de concesión del premio Enrique Casas. Luego, durante la segunda mitad de los 90, Gesto por la Paz recibió otro aluvión de gente aún más joven que desplegó una actividad inusitada con el fin de contrarrestar la imagen que se tenía de la juventud vasca y navarra, que resultaba desproporcionada por la influencia de la izquierda abertzale. En ese trasluz que revelaba una coincidencia en todo lo contrario, mientras Gesto por la Paz fue toda una escuela de democracia y participación, que nos ayudó a la primera generación de jóvenes y, luego, a la segunda, a aprender en la práctica lo que es una convivencia pacífica entre diferentes, el entorno

de lo que entonces se autodenominaba MLNV⁴ se empeñó en convencer a muchos de sus jóvenes de que, dentro de su estrategia, eran necesarios para el ejercicio violento. Es más, la práctica de la kale borroka⁵ y, de ahí, los siguientes peldaños que hicieran falta, era la manera que proponían a los jóvenes para demostrar su pureza ideológica. ¿Qué puede decir hoy esa gente a los familiares de Hodei Galarraga, de 22 años, Olaia Kaxtresana, de 20, o Zigor Arambarri, de 21, que, entre otros, perdieron la vida mientras manipulaban un artefacto explosivo? ¿Era necesaria la muerte de estas personas en plena edad de maduración para que, al final, sus ideólogos acabaran sentándose en las butacas del Parlamento como todos los demás? Siempre he pesado que los integrantes de la izquierda abertzale y los de ETA se trataban tan mal a sí mismos que era difícil esperar que tuvieran mejor trato con los demás.

En 1998, la revista Planeta Humano puso en práctica el marketing con causa, que consistía en que una marca comercial sufragara alguna actividad en favor de la paz o del desarrollo y la cooperación. La primera que se les ocurrió fue que un miembro de Gesto por la Paz visitara un pueblecito cerca de Jerusalén donde convivían personas de diferentes religiones, es decir, judías, musulmanas y cristianas. Tuve la fortuna de poder ser quien acudiera a aquel lugar que se llamaba Oasis de la Paz, Neve Shalom-Wahat al-Salam. Allí, había una escuela donde desarrollaban una experiencia con adolescentes judíos y palestinos. Habían elegido ese tramo de edad, precisamente, porque creían que era la más vulnerable a los estímulos del entorno. Es cuando la persona se empieza a despegar de su familia y sale al encuentro de una identidad propia que, generalmente, se inicia con el grupo de amigos. Se trata, asimismo, del momento en que se quiere empezar a participar en la sociedad. En los ambientes donde existe ya un fenómeno violento, evitar que la sangre de los jóvenes pase a engrosar su caudal debería constituir un objetivo prioritario. Eso es lo que trataban de hacer en aquella escuela. El ejercicio era tan simple como propiciar la circunstancia para que jóvenes judíos y palestinos se conocieran personalmente y que ese conocimiento funcionara como barrera para la utilización de la violencia de unos contra otros. Como le oí decir al doctor Mohamed Dajani en la Universidad Hebrea de Jerusalén, *“ni siquiera conocía a ningún judío, no los había visto nunca y, por tanto, no me cuestionaba la utilización de la violencia contra ellos. Pero, cuando los conoces, recuperas el elemento humano y empiezas a considerar su condición de personas y, entonces, se impone la necesidad de buscar soluciones dignas de personas”*. Era inevitable, y, de hecho, ese era el motivo del viaje, poner aquellas palabras y experiencias en relación con lo que nos ocurría en nuestra querida tierra. Y resultaba tan triste y descorazonador saber que todos nosotros ya nos conocíamos prácticamente desde la infancia, que éramos hermanos, primos, amigos, compañeros de escuela o de trabajo, y que, sin embargo, alguien, por una razón de mera discrepancia política, de repente, un día, ya no te quería

⁴ Movimiento de Liberación Nacional Vasco

⁵ Lucha callejera

reconocer y era capaz de decirte “*pues ten cuidado no vaya a salir tu nombre en el Egin*”. Por eso, más importante que conocerse es reconocerse como ciudadanos libres y sujetos de los mismos derechos que cada uno reclama para sí. Y, por eso mismo también, es triste admitir que, mientras en un conflicto paradigmático como el de oriente medio se estaba trabajando por conseguir aquello que nosotros ya disfrutábamos, en nuestra tierra había gente que buscaba su dilapidación, su despilfarro y su destrucción, tal vez con la esperanza de conseguir los frutos envenenados de una situación que se pareciera más a la árabe-israelí que a la propia.

Tras el asesinato de Miguel Ángel Blanco, hubo algunos dirigentes políticos que propusieron el aislamiento político y social de Herri Batasuna y todo su entorno. Se ve que o vivían lejos o no pisaban la calle. Era la propia izquierda patriótica la que, como los británicos cuando hay niebla en el canal de la Mancha, nos había aislado a los del continente. Tal y como definió Kepa Aulestia, habían formado “*una sociedad dentro de la sociedad*” y, por tanto, disponían de un mundo aparte, ese que identificaban con la auténtica y única Euskal Herria, en el que los que sobrábamos éramos todos los demás. Por eso, lo crucial para la sociedad no era aislar a ese mundo, sino encontrar sus fisuras para poder hacerle llegar el oxígeno del mundo real. El ingente trabajo que desarrolló Gesto por la Paz en torno a asuntos como la petición del esclarecimiento de la trama de los GAL y la exigencia para que sus víctimas también fueran consideradas como víctimas del terrorismo; la vigilancia para que la lucha antiterrorista se llevara a cabo siempre con la escrupulosa observación de los principios del Estado de derecho y la defensa de la idea de que no era necesario crear excepciones legales; la insistencia en la solicitud para que se eliminaran los espacios de impunidad que pudieran facilitar la práctica de torturas; la elaboración del concepto de *acercamiento* para que los condenados por delitos de terrorismo pudieran cumplir sus penas según el principio legal de cercanía a su hogar; las numerosas solicitudes de aplicación del artículo 92 para presos con enfermedades graves incurables y, en la última etapa, la propuesta para que también fueran reconocidas las víctimas de abusos policiales o actuaciones desproporcionadas de las fuerzas de seguridad, podían haber propiciado un territorio de intereses compartidos en el que poder trabajar juntos. Sin embargo, no fue así. Si acaso, hubo una época en la que acudían, ocasionalmente, a Gesto por la Paz para indicarnos la situación de tal o cual preso enfermo con el fin de que solicitáramos su excarcelación. La visita siempre se componía de algún familiar, que exponía la parte humana, y de alguien que vigilaba que el padre, la madre o los hermanos del preso no fueran a caer en la *trampa* de comprender también los otros dramas que provocaba el ejercicio violento. La ideología había inmunizado a aquella gente contra el reconocimiento de cualquier dolor que no fuera el suyo propio. Ante un compañero de Gesto, llegaron a admitir que venían para utilizarnos. Lo hacían conscientemente y no les importaba jactarse de ello. Nos trataban como a tontos útiles de la misma manera que hacían con los propios derechos humanos, a los que sólo apelaban cuando concernían a sus problemas. Pero, cuando alguien abusa de esa manera consciente, pierde la credibilidad no sólo ante los demás, sino también ante sí mismo.

Instrumentalizar la democracia y los derechos humanos podrá resultar útil para jugar con ventaja e, incluso, en algunos casos, para conseguir el poder. Sin embargo, será un fruto podrido. Tal vez por eso mismo y por el temor a que alguien resultara contagiado por otros planteamientos más justos, siempre mostraron su debilidad al permanecer impenetrables como el pedernal ante las propuestas de Gesto por la Paz. Merced a ese comportamiento, podían provocar circunstancias tan patéticas como venir un día a pedirnos que intercediéramos por algún preso para, al día siguiente, insultarnos y agredirnos, como hicieron en Bayona, cuando organizamos un homenaje en memoria de las víctimas de los GAL. Sostenían esas paradojas escudándose en que nuestros posicionamientos eran hipócritas por defender sus derechos desde parámetros exclusivamente humanos y democráticos y no por los de las coordenadas de su conflicto nacional cuya solución era, según ellos, la panacea de todas las soluciones universales.

El hermetismo, tanto racional como práctico, como decía Kepa Aulestia, llevaba a ese mundo a vivir de *“mensajes de autoengaño en los que el ánimo se ha convertido en la necesaria consigna de los que no saben salir del atolladero más que hacia delante”*. Esa fe ciega, y confundida, en un final victorioso les condujo a desperdiciar la vida de miles de personas, las que fueron víctimas de su delirio y la de cientos y cientos de presos que han arruinado años de existencia en el sumidero de las cárceles. En una ocasión, Gesto por la Paz quiso hacer una invitación a los presos para pedirles el abandono de la violencia y para que consideraran la posibilidad que les ofrecían las vías de reinserción. Se escribieron decenas de cartas a los diferentes centros penitenciarios donde había reclusos de ETA. La gran mayoría no contestó. Uno respondió para pedir que se le remunerara el sobre, el sello y el tiempo que había invertido en la contestación de la misiva. Sólo hubo otro de la prisión de Jaén que estuvo dispuesto a recibir a los representantes de Gesto. Al final de la entrevista, el preso seguía sosteniendo que cumplir los 30 años de cárcel que le habían impuesto le parecía un precio muy barato por contribuir a la independencia de Euskal Herria. Entonces, uno de los compañeros de Gesto le preguntó *“¿y si resulta que ese sacrificio y el dolor que has causado resultan, al final, inútiles?”* El recluso contestó *“entonces, habré hecho el imbécil todos estos años”*, a lo cual también obtuvo una adecuada respuesta: *“no descartes esa posibilidad”*. El tiempo ha actuado como líquido revelador de esa pequeña conversación y el resultado es una instantánea fotográfica donde se aprecia en primer plano el reconocimiento del tremendo error cometido que, sin embargo, hoy, aún se niegan a admitir. Ni siquiera por el bien ellos mismos son capaces de reconocerse en palabras, por ejemplo, de Renato Curcio, uno de los fundadores de las Brigadas Rojas, cuando propone *“trabajar para concluir la historia de nuestra derrota con un poco de dignidad y recuperando para la vida a los compañeros que ya han pagado bastante los errores de análisis de una generación que ha pecado de dogmatismo, pero que también ha sido muy generosa...”*.

La aparición de los gestos en las calles del País Vasco y Navarra enseguida llamó la atención de los medios de comunicación. Resultaba obvio que era una noticia, una gran noticia, que la sociedad civil reaccionara frente a la violencia después de años y años en los que solamente sus estragos ocupaban, al principio, la sección de sucesos y, más tarde, las cabeceras informativas. Pero era noticia, no sólo por su novedad, sino también por su capacidad para generar expectativas y posibilidades de cambio en el ámbito socio-político. Es decir, iba a constituir una fuente de noticias. A veces, debido a las exigencias que impone la escasez de tiempo y de espacio, el trabajo periodístico padece una especie de síndrome del turista, ese que pretende el conocimiento profundo de los lugares a través de una visita fugaz, cuando lo único que hace es confirmar las ideas y las imágenes preconcebidas que lleva ya en su maleta desde el lugar de origen. Al viajar, ¿cuántas veces habremos hecho la misma fotografía de la torre Eiffel, de las pirámides de Egipto o de un atardecer que ya habíamos visto miles de veces en guías turísticas o postales? La adopción de medios exclusivamente pacíficos y el consiguiente contraste que se generaba frente a los métodos de la izquierda abertzale, propició una cierta visión estereotipada de Gesto por la Paz, que muy pronto quedó adscrita a la bondad y a la buena voluntad. Los medios hacían de lentes de aumento de esa imagen de gente buena y un poco ingenua o naif.

Sin embargo, el trabajo de Gesto iba a ser mucho más profundo en su búsqueda de pistas y soluciones a todo aquello que concerniera al problema del fenómeno violento. No se trataba sólo de un movimiento contra ETA, sino de una organización que rechazaba la utilización de cualquier violencia ilegítima y que buscaba denodadamente que todas las actuaciones en contra del terrorismo se hicieran bajo el escrupuloso respeto al Estado de derecho. Esta circunstancia hacía un poco más complejo el tratamiento que los medios de comunicación daban a Gesto por la Paz que, así y todo, puede decir que siempre contó con bastante respaldo mediático, aunque, en muchas ocasiones, resultara fácil constatar cómo las líneas editoriales reforzaban unos mensajes y silenciaban otros, según su orientación más o menos nacionalista. Por su parte, los medios nacionales tendían a soslayar las informaciones que generaba Gesto en torno a asuntos que resultaban molestos a los poderes instituidos, como, por ejemplo, las concentraciones que realizamos frente al Tribunal Supremo para pedir el esclarecimiento de la trama de los GAL o las múltiples actuaciones para denunciar casos de tortura o abuso policial. Todo ello dio lugar a lo que la investigadora M^a Jesús Funes denominó el 'gesto oculto'. Aquel trabajo se obliteraba o no obtenía la misma repercusión que las acciones que pedían el cese de la actividad armada de ETA. Hasta tal punto era así que, en 1994, cuando presentamos en rueda de prensa el documento en favor del acercamiento de los presos a lugares cercanos a su residencia, un periodista preguntó "y esto ¿a qué viene ahora?" Todo lo que no fuera exclusivamente contra ETA trastocaba los encuadres fáciles del turista.

Independientemente de la magnificación o minimización que realizaran los medios de cada noticia según conviniera a su línea editorial, hay un aspecto en nuestra relación con los periodistas de a pie que trascendía la mera labor informativa. Compartimos con los redactores y, sobre todo, con los cámaras y fotógrafos muchas horas en la calle y cientos de ruedas de prensa. La estructura organizativa de Gesto por la Paz, basada rigurosamente en el voluntariado, y su decisión consciente de tener portavoces múltiples que transmitieran la pluralidad y el carácter civil y desprofesionalizado de la Coordinadora podría, en muchos casos, haber hecho desesperar a los trabajadores de la información. Pero, muy al contrario y tal vez por eso mismo, siempre sentimos que nos trataban con gran paciencia, delicadeza y respeto. A veces, incluso nos llegaron a aconsejar qué tipo de actividades eran más fotogénicas o quedaban mejor en la televisión. Generalmente, se considera a los periodistas como un bloque profesional que sólo registra los hechos para contarlos, pero, a lo largo del tiempo, la relación hizo que los conociéramos como personas y ciudadanos. Además, el colectivo de los profesionales de la prensa tuvo que trabajar en condiciones de amenaza que parecerían increíbles en una sociedad supuestamente desarrollada y democrática, ya que sufrían en primera persona la intimidación como modo de coartar su principal herramienta de trabajo, la libertad de expresión. Tal vez, eso nos uniera un poco en el fondo, ya que sujetar una pancarta en público también era un ejercicio de esa libertad que ellos, a pesar de todo, siempre pusieron en práctica a través de sus objetivos y sus libretas.

También forman parte de los medios de comunicación los articulistas y tertulianos que analizan la realidad social y los acontecimientos que la conforman. Un puñado de ellos no sólo defendió siempre la labor de Gesto por la Paz, sino que, además, la enriqueció enormemente con sus aportaciones dando fundamento intelectual a lo que nuestra capacidad, tal vez, sólo llegaba mediante la intuición. Sin embargo, también hubo ocasiones en las que la discrepancia en algún aspecto suscitaba críticas que, la mayoría de las veces, seguían dejando ese tufillo de reconocernos la bondad, pero, al mismo tiempo la ingenuidad, por decirlo de una manera suave. Una de esas primeras ocasiones fue durante el transcurso de la serie de encuentros que se conocieron como conversaciones de Maroño y que había organizado Elkarri. Dado que en la mesa de esas conversaciones se sentaban también organizaciones de la izquierda abertzale, hubo gente que pensó que les estábamos otorgando un reconocimiento inmerecido y, sobre todo, que eso suponía indefectiblemente que Gesto por la Paz iba a caer en sus redes e iba a acabar politizando su trabajo por la paz y la libertad. En el fondo, esas críticas otorgaban más crédito y más capacidad de convencimiento a los malos-listos que a los buenos-tontos, que seguíamos siendo nosotros. Desdeñaban por completo la posibilidad de que sucediera lo contrario. De hecho, el documento que se consensuó en aquellas conversaciones se resumió en el famoso *“llamamiento a sustituir todas las expresiones de violencia por mecanismos de diálogo”* que, en principio, no parece tan difícil de asumir. Luego, Gesto por la Paz, abandonó aquella serie de encuentros por sus discrepancias con el siguiente documento, que pretendía equiparar los derechos individuales y

colectivos, además de dejar la puerta abierta a cualquier organización para que se incorporara al proceso de diálogo. Además, para entonces, ya estaba secuestrado José M^a Aldaia y las organizaciones de la izquierda patriótica que, apenas unos meses antes, habían firmado el primer acuerdo hicieron caso omiso de su letra y desplegaron la campaña de acoso y amedrentamiento que ya conocemos. Los críticos de nuestra participación en Maroño podrían decir que ellos ya lo sabían de antemano, que ya nos habían avisado. Pero ninguna experiencia es inocua, todas añaden nuevos significados a nuestro devenir. Haberse comprometido a sustituir las expresiones de violencia por mecanismos de diálogo y estar, al poco tiempo, atosigando e insultado a aquellos con quienes llegaste al acuerdo añade un grado más de descaro y desfachatez, cuando no constituye, en realidad, una declaración absoluta de tu disposición a utilizar la mentira y la traición para conseguir tus fines.

Pero lo más sorprendente de todo es que muchos de aquellos articulistas y pensadores, que entonces se mostraron escandalizados por la posible politización de Gesto por la Paz en sus supuestas *dangerous liaisons* con la izquierda abertzale, años después volvieron a criticarnos, precisamente, por seguir separando violencia y política. Se reveló entonces que el problema no era la politización de Gesto, sino que pudiera ser una politización nacionalista. En cuanto surgieron grupos, como Basta Ya o Foro Ermua, que vinculaban la existencia del fenómeno violento al nacionalismo vasco, que, según ellos, era en realidad lo que había que erradicar de raíz, nuestros intelectuales de cabecera ya no sólo habían dejado de ver el peligro de la politización, sino que la exigían al defender la unidad del Estado español, sublimado en su Constitución, como la 'única' manera para conseguir la paz.

Menos mal que Gesto por la Paz, aferrado al mástil de los valores democráticos y de los derechos humanos, supo mantener fielmente su rumbo a pesar de los malos vientos que, en ocasiones, soplaban sus velas. Y es que hubo gente que incluso llegó a afirmar que era nuestra acción social la que estaba alargando el secuestro de José M^a Aldaia. Cuando el empresario llevaba ya ocho meses secuestrado, un articulista escribió en su tribuna del lunes que *"por pura lógica terrorista, que es en la que se mueve ETA, cuanto más masiva sea la solidaridad explícita a favor de Aldaia, más les va a costar a sus carceleros abrir la puerta del zulo donde lo tienen secuestrado. Tal vez con su mejor intención, hay quien está convirtiendo a Aldaia en un paradigma de las libertades democráticas. Pero me parece terriblemente grave que tomen esa decisión por él los portavoces de las organizaciones pacifistas olvidando que detrás de toda su retórica y del inevitable carnaval mediático, hay un hombre solo con el aliento de ETA en la nuca"*. Tres meses más tarde, cuando Aldaia fue liberado y se supo que la prolongación de su secuestro se había debido a problemas por el pago del rescate, ese mismo articulista pudo llenar su página de otro lunes con una idea bien contraria, al decir que *"sin duda la paz en el País Vasco sigue siendo una prueba de resistencia para la que se precisan corredores de fondo. Además de en la familia Aldaia y en los trabajadores*

de Alditrans, pienso en los miles de ciudadanos anónimos que les arrojaron con el mismo silencio reprobatorio mientras al otro lado de la calle se oía ‘ETA, mátalos’. No era el único que nos había sugerido que nos retiráramos de las calles. También un alto cargo de la Ertzaintza nos había deslizado la idea de que nos quedáramos en casa como mejor manera para garantizar nuestra seguridad y hasta el obispo de Pamplona nos aconsejó un discreto mutis. Parecía que la estrategia de acoso de la izquierda abertzale al movimiento pacifista obtenía sus réditos. Y no eran precisamente los de hacernos desistir, sino los de que mucha gente percibiera que lo que allí se dirimía era un enfrentamiento entre dos bandos, los violentos y los pacifistas, en lugar de ver que el choque era entre los violentos y todos los demás, cuya libertad estaba siendo defendida con las manos de Gesto por la Paz. Sorprendentemente, pasado el tiempo, aquellas imágenes de resistencia frente al acoso son las que más perviven en la memoria de la mayoría de la gente como un ejemplo de coraje y civismo.

Aunque Gesto por la Paz mantuvo sus principios inquebrantables desde su primera aparición en la plaza Circular de Bilbao, un día frío y gris de noviembre de 1985, algunos hermeneutas de nuestra sociedad no reaccionaron hasta después de la muerte de Miguel Ángel Blanco para señalar la iniquidad de nuestras propuestas. Algunos de ellos incluso habían participado activamente en muchas de nuestras movilizaciones, pero, de repente, tras el cambio que quisieron ver a raíz del asesinato de Miguel Ángel, empezaron a considerar que Gesto por la Paz debía ser superado por otros movimientos sociales como Basta Ya, Foro Ermua o Foro para la Libertad. A partir de entonces, el único mérito que reconocían a Gesto era el de haber sido el primero, nada más. Les parecía mal nuestro modo de movilización en silencio, consideraban horrible nuestro rechazo a todas las muertes, desdeñaban nuestra idea de separación entre violencia y política, menospreciaban nuestra exigencia para que la lucha contra el terror se produjera en los límites del Estado de derecho, les parecía execrable nuestra petición de acercamiento para los presos y se mostraban en desacuerdo con nuestro deseo de que todas las ideas se expresaran mediante los mecanismos que ofrece el juego democrático. La compasión, que sirvió a alguno de ellos para escribir tratados filosóficos, no tenía cabida en sus críticas a Gesto por la Paz que, según su parecer, era lo peor que había acontecido en nuestra sociedad después de la propia ETA. Su prepotencia académica les llevó a escarbar con las uñas para encontrar el déficit intelectual de Gesto por la Paz sin atender una idea previa y fundamental que, como dice Zagajewski, consiste en que *“el bien no procede de ninguna teoría o principio, sino de fuentes más profundas que las palabras”*. Catedráticos e intelectuales, bien pertrechados de todo el vigor que les proporcionaba su indudable altura intelectual y un mundo de relaciones del más alto nivel tanto en la política como en los consejos editoriales, querían dirigir el *coro* social con la nueva premisa de que todo el nacionalismo vasco era el auténtico culpable de la existencia del terrorismo. Se emplearon a fondo, desde todas las tribunas posibles, a azuzar aquella tremenda campaña electoral de mayo del 2001

que tenía su contraparte en el Pacto de Lizarra, otro acuerdo excluyente que habían firmado los partidos nacionalistas vascos tres años antes.

En el mejor de los casos, Gesto por la Paz era tildado de angelical. En el peor, no quiero ni acordarme, pero poco menos que nos acusaban de rayar la connivencia con ETA al desarmar al Estado de derecho en la lucha contra su erradicación. Gente a la que llevaba leyendo durante muchos años me iba decepcionando en cada artículo, porque se notaba en sus textos de entonces una renuncia expresa a su capacidad intelectual al dedicarse, simplemente, a escribir panfletos antinacionalistas. Peor que ser ignorante es poseer las herramientas del pensamiento y abdicar de todas ellas para distorsionar la idea de democracia hasta hacerla coincidir *sólo* con unas ideas políticas. Se empezaron a premiar a sí mismos entre las asociaciones que habían fundado y trataron de darse toda la relevancia social que les permitía su situación. Trataron de fechar el inicio de la reacción contra ETA en el 12 de junio de 1997, como si antes no hubiera existido nada y como, aún hoy, podría parecer a cualquiera que no conociera nuestra historia y la fuera a consultar, por primera vez, en algunos de los especiales digitales que tienen los periódicos de mayor tirada de este país. Es como si ellos quisieran poseer el acervo Gesto por la Paz, pero con el aditivo exacerbado del 'constitucionalismo'. No era ya que no estuvieran de acuerdo con Gesto por la Paz y que propusieran otro modelo de movilización, opciones ambas totalmente legítimas y encomiables, pero es que parecía que desearan su desaparición, incluso su eliminación de la historia.

Un profesor nos dijo una vez que en la primera socialización de las personas, entre los cero y los siete años, se adquieren los modos de comportamiento. Luego, en la segunda socialización, durante la adolescencia, se adquieren las ideas. Y nos puso un ejemplo. En una familia, dos hijos se educaron en unos comportamientos fuertes y comprometidos. Más tarde, uno fue a un colegio de curas, donde se fue impregnando de ideas que le condujeron a formar parte de la Falange. El otro, acudió a un instituto donde adquirió pensamientos que le llevaron a ser integrante de ETA. Los dos compartían el mismo modo agónico de afrontar la vida, pero cada uno en un bando. Pues bien, a algunos de los hermeneutas que tanto criticaron a Gesto les pasaba un poco lo mismo. En la misma vida, les había dado tiempo a abrazar la simpatía por ETA y, luego, con la misma determinación, querían combatirla aplastando no sólo la parte injusta, que era la utilización de la violencia, sino también la ideológica, en la que no sólo incluían el modelo social de tintes totalitarios de la izquierda abertzale, sino, ya de paso, todo el todo el nacionalismo vasco, fuera democrático o no. Demasiada brocha gorda para una sociedad como la nuestra. Tal vez por eso, abominaban de Gesto por la Paz, que siempre trabajó más en el eje de los modos de comportamiento, para que fueran democráticos y respetuosos con los derechos humanos, y no en el de nacionalismo o no nacionalismo que, como demostrará nuestro destino, son dos

concepciones que pueden convivir perfectamente sin que nadie tenga que recurrir a la muerte o desaparición del otro.

Además de las plataformas que nacieron al calor de la movilización por Miguel Ángel Blanco, había surgido también cinco años antes otro 'movimiento social por el diálogo y el acuerdo en Euskal Herria', Elkarri. Tanto unos como otros, coincidían en que Gesto por la Paz era testimonial y poco eficaz y que, por tanto, había que superar sus medios y sus formas de expresión, además del detalle nada baladí de que cada uno añadía su visión política como única vía de solución al fenómeno violento. A diferencia de los primeros, que veían en Gesto por la Paz una competencia directa y les producía un prurito que aún hoy no soy capaz de comprender, Elkarri, que procedía del mundo abertzale, mostró actitudes más sibilinas y una metodología de trabajo digna de mención. Al contrario que Gesto por la Paz, se trataba de un movimiento fuertemente profesionalizado, con alrededor de quince personas a sueldo de la organización, y muy jerárquico. Incluso introdujeron las normas del protocolo en sus relaciones con otras organizaciones. Si íbamos a participar juntos en algún acto o conferencia, se fijaban y, a veces, hasta preguntaban, quién iba a ser el representante de Gesto para enviar ellos uno del mismo *nivel*. Tenían un contrato con una empresa de marketing y comunicación para que les diseñara toda la cartelería, las pancartas y las publicaciones. Una vez que Gesto pudo encargar una pancarta a una empresa especializada, gente de Elkarri nos dijo, entre bromas, que les habíamos copiado el estilo. Entonces, me di cuenta del valor que tenía hacer nuestras propias pancartas y carteles, que fue nuestra práctica habitual. Serían más artesanos, menos eficaces e incluso más feos, pero por lo menos tenían el sentido de que los habíamos pensado nosotros mismos y eran fruto de nuestra labor, y no de una agencia de comunicación a la que lo mismo le da anunciar un acto de solidaridad con las víctimas que una marca de zumos. Muy al contrario de lo que pudiera parecer, éramos nosotros quienes teníamos un estilo propio, ya que el de Elkarri no dejaba de ser el estilo de una empresa de marketing.

Aparte de esos detalles que pudieran parecer intrascendentes, pero que son reflejo de una profunda diferencia en la concepción de ambos movimientos, la discrepancia más radical que separaba a Gesto por la Paz y Elkarri, tenía que ver con la separación de conflictos. Mientras Gesto por la Paz sostenía que no había ningún conflicto político que justificase el recurso a la violencia y, prueba de ello eran las miles y miles de personas nacionalistas que no la practicaban ni la defendían, Elkarri aducía que la violencia sólo era un síntoma y que lo que había que solucionar era la enfermedad, es decir el conflicto político, para que se resolviera. Ese fue el hilo sobre el que ambas organizaciones hicieron equilibrios para llegar a acuerdos que siempre resultaron más voluntariosos que profundos o relevantes. El marketing aplicado a la política resulta un poco desalentador. En lugar de propiciar la exigencia para que la gente piense y perfeccione sus convicciones, todo se simplifica y se reduce a la repetición de conceptos enlatados y listos para

consumir. Y la gente está dispuesta a llevárselos a manos llenas, porque, como decía Stefan Zweig, *“la mayoría de los hombres teme la propia libertad y que, ante la agotadora variedad de los problemas, ante la complejidad y responsabilidad de la vida, la gran masa ansia la mecanización del mundo a través de un orden terminante, definitivo y válido para todos, que nos libre de tener que pensar”*.

Sin embargo, al igual que la buena cocina, las grandes ideas necesitan un poco más de elaboración conjunta, más tiempo de cocción y más paciencia en la elaboración. Por muy espectacular que sea el retractilado de la comida rápida, no deja de tener un sabor estándar. Gesto tenía una idea de la paz más parecida a la de Robert J. Schreiter, a quien *“no le interesa la paz apresurada que trivializa la violencia física o psíquica, ni la pacificación que no libera a las personas de las estructuras que la esclavizan, ni tampoco la mera conciliación alcanzada mediante técnicas de resolución de conflictos”*. Todo eso podría crear apariencias y saciar, momentáneamente, la necesidad de la gente por escuchar algo esperanzador, pero, al fin, no era más que cumplir con la acepción americana de la palabra *pacifier*, que significa chupete.

Así todo, parecía que las personas que formaban parte de Elkarri fueron las primeras en darse cuenta de que la violencia ya no sumaba, sino que restaba al proyecto de independencia, de manera que decidieron propugnar el cese de la lucha armada, pero poniéndole un precio político más o menos disfrazado. Ya no era la violencia, sino la paz, la que iba a conseguir una Euskal Herria independiente. En todo caso, el resultado era el mismo: tomar una decisión política en virtud de la existencia de un ejercicio violento. Pero ¿dónde queda ahora todo aquel *insistencialismo* sobre el *nudo gordiano* o el *empate infinito*? ¿A qué suenan aquellas *fases de resolución del conflicto* que parecían planes quinquenales del camino hacia la paz y la independencia? Pues tuvieron su materialización política en el Pacto de Lizarra y en el proyecto del Lehendakari Ibarretxe, cuyo quehacer tan influenciado estuvo por esta corriente de pensamiento, a veces con tanta confusión como para que se diera la circunstancia de que el Gobierno Vasco estuviera inscrito como ONG en el 50 aniversario de la Declaración de los Derechos Humanos que se celebró en la ONU. Pero, si ni siquiera el trigo puede someterse a tal planificación, ya que sólo atiende a la lluvia y el sol que le quiera proporcionar el paso de las estaciones, mucho más difícil es aplicar a la convivencia humana un proceso de producción como si de una cadena de montaje se tratara.

En cualquier caso, todos estos movimientos también generaron sus frutos. Elkarri, no sé si conscientemente o no, abrió la puerta a la duda sobre la utilización de la violencia dentro del mundo de la izquierda abertzale. Al final, Elkarri fue esa fisura por la que pudo penetrar el carácter universal de los derechos humanos en un entorno que, hasta entonces, sólo los reservaba para los de su tribu. Por mucho que se empeñaran en ser esa franquicia pacificadora de grandes

conferencias internacionales, grandes fotos, grandes invitados, en el fondo, creo que su aportación más significativa para la convivencia es la que ha servido a la gente de ese mundo para darse cuenta de que no había nada que pudiera conseguir ETA que resultara mejor de lo que se podía obtener también por los conductos que le ofrecía el sistema democrático. De hecho, los buenos resultados electorales de la izquierda abertzale durante la tregua de 1998 constituyeron ya un primer mensaje, bastante claro y contundente, sobre esa fractura interior que padecían por culpa de la perpetuación de la violencia. A partir de entonces, se empezó a intuir que ETA era realmente obstáculo para su desarrollo político. A la izquierda abertzale, también le había llegado la hora de elegir entre violencia y política. Por su parte, los movimientos de carácter constitucionalista procuraron un caldo de cultivo intelectual y social para que, por medio de la legislación, se pudiera apretar un poco más la tuerca sobre los vasos comunicantes que había entre la izquierda abertzale y ETA. La lentitud del brazo político para liberarse de su seña de identidad propició leyes y aplicaciones legislativas que les impidieron ejercer durante años su derecho a concurrir a las elecciones. Este extremo tuvo, sin lugar a dudas, junto a la creciente debilidad de la banda terrorista propiciada por la labor de las fuerzas de seguridad, una gran influencia para que la parte política acabara imponiéndose sobre la violenta.

Mientras unos apretaban la marcha haciendo pactos, que no lograban ni más consenso ni más acuerdo que los que ya teníamos, con el supuesto fin de ponerle un puente de plata a ETA y mientras otros apuraban al máximo la legislación hasta rozar sus límites democráticos para cerrar la bombona de oxígeno que le ofrecía el ejercicio político, Gesto por la Paz se quedó transitando los últimos años en su *soledad sonora*, la misma que sentimos en la manifestación de Fernando Buesa y Jorge Díez y que ya no nos abandonó hasta el final. Aún así, mantuvimos determinación suficiente para seguir aprovechando ese tiempo precioso que es el mientras tanto. Aunque ya nadie nos prestara atención real, puesto que cada bando político disponía de nuevos movimientos en favor de la paz con discursos que se les ajustaban como un guante, nosotros seguimos sosteniendo públicamente nuestras ideas que, unas veces a unos y otras a otros, siempre molestaban a alguien. Si propugnábamos el acercamiento de presos o de torturas, no resultaba del gusto ni del PP ni del PSE. Si hablábamos del respeto a los consensos normativos vigentes en nuestra sociedad antes de dar pasos hacia otros de dudoso futuro, se disgustaban el PNV y EA. Pero, tal vez, haya sido esa la mayor prueba de la independencia de Gesto por la Paz, la de haber conseguido no satisfacer completamente ningún ideario político concreto y haber sabido señalar a cada uno sus carencias, pesase a quien pesase.

Por otra parte, siempre supimos crearnos nuestro propio trabajo. Si decaía por un lado, enseguida encontrábamos nuevos frentes en los que poder aportar algo a la construcción de la paz. Los estragos que produce la violencia son tan grandes y tan variados que requerirán al menos tantos años como los de su existencia para poder ver una sociedad relativamente *curada*. En los últimos

años, además de los actos de solidaridad con las víctimas y las jornadas para escuchar sus experiencias, acuñamos el concepto de 'violencia de persecución' para denominar a aquella que sufrían miles y miles de ciudadanos por el ejercicio de determinadas profesiones como periodistas, jueces, políticos, principalmente del PSOE o del PP, policías o profesores. Durante la última década, denunciábamos permanentemente este tipo de violencia que tanta ansiedad, frustración y aislamiento estaba produciendo en la vida de muchas personas cuya vida diaria se había convertido en la encarnación del sufrimiento socializado. Una estrategia que, además, siempre tenía la amenaza real del asesinato como sombra eficaz para oscurecer la existencia de cualquiera.

La primogenitura y la bondad no fueron las características más destacables de Gesto por la Paz, aunque ellas fueran el desencadenante de todo lo que vino después. Por mucho que se quiera resumir así, nuestra historia también dejó detrás todo un corpus de pensamiento y de propuestas democráticas que están a la altura de la dignidad de nuestras movilizaciones y actitudes. Todas tienen en común la ambición de deslegitimar la violencia, la forma más injusta de las relaciones humanas. Dice Jules Michelet "*cada época sueña la siguiente*". Nosotros soñamos con la paz y pudimos llegar a celebrarla. Cada *gesto*, cada minuto de silencio, cada lazo azul, cada pancarta, cada palabra y cada paso formaron parte de aquel sueño con el que contribuimos a conseguir que, en la época presente, la vida de muchas personas haya dejado de estar amenazada. Y hoy seguimos soñando para que, en la época venidera, nuestra sociedad tenga un lugar privilegiado donde ejercer la memoria que rescata a sus víctimas y las convierte en la primera razón contra la violencia. Hoy, ya no soñamos con una sociedad normalizada. Soñamos con una sociedad mejor que aquellas que no han sufrido el tremendo quebranto de la práctica violenta. Cuando con unas manos y una pancarta que, simplemente, dice *¿por qué no la paz?* se puede conseguir el oxígeno de la vida, ¿qué nos puede impedir aspirar a las cotas más altas de la convivencia humana?

La última palabra

Estamos en el siglo XXI, pero no todo el mundo vive en él. Seguimos sin alcanzar una convivencia donde la libertad, la igualdad y la fraternidad estén a la altura del desarrollo humano. El crimen y la violencia, que fueron el primer verdadero pecado original, siguen gobernando nuestras vidas. Tanto en la intimidad de una alcoba como en las relaciones internacionales, la fuerza es poder. El poder más primitivo. Resulta paradójico que esa fuerza, un aspecto completamente irrelevante en la evolución humana y en su relación con la naturaleza, constituya un elemento tan principal en nuestras relaciones. Aunque todos hubiéramos tenido la medida de fuerza del ser más débil que exista, los logros de la humanidad en el arte, la ciencia y el bienestar habrían sido los mismos. El grado de fuerza de las personas ha sido insignificante incluso en aquel ignoto tiempo en que atravesábamos la frontera para dejar de ser animales. Lo que hizo prevalecer al ser humano a la hora de enfrentarse a las fieras y a toda suerte de vicisitudes adversas fueron las soluciones que le proporcionaban su inteligencia y su colaboración. Por eso, resulta tan descorazonador que hayamos reservado para las relaciones entre nosotros mismos la parte más ridícula y menos dotada de nuestra animalidad. No hay más diferencia entre los puños y los misiles que su capacidad de destrucción. Por lo demás, ambos constituyen la derrota más grande de nuestra evolución y, al mismo tiempo, el desafío al que habrá que seguir combatiendo hasta que logremos la convivencia pacífica universal. Su búsqueda y el trabajo incansable por conseguirla es lo que pertenece a las personas que viven por delante de su tiempo.

Al observar el mundo en que habitamos, podemos sentirnos pesimistas por perseguir ese deseo que parece tan utópico. Pero, precisamente, el desaliento ante la demora en la consecución de la paz tiene en su reverso el anhelo que la puede ir a buscar. Lo que se desea es más importante que lo que se tiene, porque da más sentido a la vida. A lo largo de la historia, el pacifismo ha conseguido, al menos, que, hoy en día, toda violencia se autodefina como de defensa. Al contrario que en tiempos pretéritos, donde cualquiera que se sintiera militarmente superior podía ir a la conquista de otros pueblos o países, hoy, es necesario construir una excusa en torno al concepto

de autodefensa. Ya nadie dice que va a atacar. Cuando lo hacen, aducen que es una violencia de respuesta. Es muy poco, después de cientos de guerras y millones de muertos sobre nuestro planeta, pero como sabe mi admirado Zagajewski, *“el bien regresa, tranquilamente, sin prisa... Vuelve con lentitud –como si fuese él el único que no dispusiese de ningún vehículo moderno, ni de coche, ni de avión, ni de cohete, ni siquiera de una bicicleta- pero, con todo, vuelve, sin prisa como un peregrino, inexorable como el alba”*.

Gesto por la Paz fue ese peregrino que transitó con los muy humildes medios del que sólo tiene que echar a andar para hacer camino. Y un día cualquiera, cuando el alba despuntaba en el horizonte, ya no hizo falta caminar más, porque el desasosiego se había convertido en esperanza. La emoción revelaba entonces toda la angustia acumulada y el agotamiento propio del peregrino que emprendió un trayecto que, en muchas ocasiones, parecía que no iba a tener fin. Si resulta doloroso pensar que dejamos en ese camino las energías y potencialidades de una gran parte de nuestras existencias, más punzante resulta ahora recordar la pérdida de vidas humanas. La memoria de las víctimas, convertidas, ya, en el efecto irreparable, en el resultado sin remedio, en la consecuencia insalvable, tiene que constituir el verdadero y más firme fundamento para la deslegitimación de la violencia, la base del significado para nuestra convivencia futura. Por muchas diferencias que haya entre los humanos, hombre o mujer, rico o pobre, blanco o negro, hay una que no se puede superar, la que separa a los vivos de los muertos. Por eso, les debemos no sólo la solidaridad que, muchas veces, les negamos en el pasado, sino un protagonismo capital en nuestras ideas, actitudes y convicciones para la construcción de una sociedad más íntegra y más humana.

Va a hacer falta que nos tomemos en serio la memoria y que la hagamos llegar más allá de las generaciones vivas, porque, como dice María Zambrano, *“para comprender la historia en su totalidad, en su íntimo funcionamiento, hay que admitir lo increíble, hay que constatar lo absurdo y al menos registrarlo. Una de las debilidades del hombre europeo de finales y principios del siglo ha sido el no creer en el absurdo, en el horror, en el crimen gratuito, en lo diabólico. El haber olvidado que ciertas cosas, ciertos horrores, habían sucedido entre nosotros no hacía tanto tiempo, y el no haber sospechado que podían suceder de nuevo bajo otra máscara, y por otros motivos, pues de ciertos horrores lo importante es que ocurran. Que el hombre, y el hombre civilizado, haya sido capaz de cometerlos; los motivos... se inventan”*. Tal vez, en algún momento de la historia, acabarán por fin todas las experiencias del sufrimiento que provocan unos humanos sobre otros. Para ello, debemos transmitir no sólo el relato de los hechos, sino la sensación de herida reciente, como la que nosotros padecemos ahora, con el fin de que, en el futuro, la puedan sentir también los que aún están por nacer. El legado de una experiencia de dolor, por triste que sea, tal vez logre evitar la reproducción de actitudes que lleven a otras generaciones a producir el suyo propio.

En cada época y lugar que ha sufrido una violencia depredadora del poder, ha habido espíritus libres que han sabido mantener el rescoldo de una conciencia viva, pues, como dice Zweig, *“siempre habrá alguien que recordará la obligación espiritual de retomar la vieja lucha por los inalienables derechos del humanismo y la tolerancia”*. En cierto sentido, ese es el papel que le tocó representar a Gesto por la Paz en su largo peregrinaje hasta llegar al final de la expresión más cruenta del ejercicio violento. Por eso, ahora, es el momento de proclamar que, en este pequeño lugar del planeta y en el tiempo que nos tocó vivir, fuimos capaces de articular una respuesta sencilla y pura contra el gigante del terror. Es el momento de decir que hemos recuperado nuestro nombre para la paz y la libertad. Es la hora de que renazca, aún dolorida y mutilada en el tejido más sensible de su humanidad, una convivencia llena de posibilidades para nuestro devenir como sociedad.

Me quedaría el resto de mi existencia escribiendo este libro con tal de no tener que separarme de la gente de Gesto por la Paz o, al menos, de su recuerdo revivido a través de las palabras. Quedamos unidos por la cualidad de las experiencias que vivimos juntos y que dentro de muy poco tiempo nos parecerán increíbles. La particular *road movie* que protagonizamos juntos fue demasiado prolongada como para no sentir, al final, la punzada aguda y el vértigo del adiós. Muchos de nosotros, a quienes siempre se nos presupusieron ciertas dosis de valentía, hemos necesitado más coraje para recoger nuestras pancartas, nuestras revistas, nuestros papeles, nuestros premios y nuestros recuerdos que para salir a la calle a plantar cara al terror. Cerrar cajas nos ha producido una sensación extraña que, también, ha estado en muchas ocasiones presidida por el silencio. Y es que hay cosas cuya grandeza no se puede precintar en un embalaje de cartón. Miles de palabras y materiales que forman parte, ya, de la libertad, la vida y la justicia de nuestra tierra merecerían un destino que haga justicia a la dignidad que nosotros les quisimos dar.

Sé que la memoria es creativa y que distorsiona los recuerdos, los agranda por su lado más bello y minimiza sus telas de araña. Y, sin embargo, creo que aún hace falta más tiempo para poder magnificar en su auténtica medida la ingente generosidad y civismo de ese grupo de personas, anónimas y voluntarias, que coincidieron felizmente en una forma de ver la vida en la que lo más importante era la búsqueda de las respuestas justas, honestas e íntegras ante un fenómeno que, por acto u omisión, estaba degradando nuestra más pura humanidad. Independientes de cualquier atadura a un interés determinado, los frutos de su reflexión pertenecen a esa parte espléndida de los significados que construyen la convivencia y que hacen que lo normal no resulte extraordinario.

A lo único que puede aspirar la violencia es a obtener efímeras victorias de poder. Nunca será capaz de someter el campo de los significados y las vocaciones universales. El verdadero significado de triunfo lo tiene la paz, porque es el referente imperecedero al que aspira toda la humanidad. Por eso, una vez que la violencia desaparece con su época, como dice Zagajewski,

“no son los verdugos quienes escriben la historia, no es Goebbels ni Mólotov, sino la gente honesta; a ella pertenece la última palabra”.

Gesto por la Paz ni siquiera necesitó el fin de la violencia para proclamar esa última palabra. La anunció durante 28 años, aún cuando el asesinato formaba parte de nuestra vida cotidiana. Y, ahora, siempre estará disponible en nuestra memoria con ese significado imperecedero escrito en una pancarta. Lo mismo que cambió el trascurso de la historia en este pequeño lugar del planeta, puede transformar el mundo con la misma sencilla pregunta de *¿Por qué no la paz?*

Bibliografía

- AULESTIA, Kepa (1993), *Días de viento sur*, Barcelona, Editorial Antártida/Empúries.
- (1998), *HB: crónica de un delirio*, Madrid, Temas de hoy.
- BENJAMIN, Walter (1991), *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Madrid, Taurus.
- BERMEJO, Álvaro (1996), “El aliento en la nuca” y “Aldaia, caso cerrado”, *Diario Vasco*.
- BILBENY, Norbert (1993), *El idiota moral. La banalidad del mal en el siglo XX*. Barcelona, Anagrama.
- CAMUS, Albert, *El primer hombre*, www.bibliotecasolidaria.blogspot.com
- CONRAD, Joseph, *The Nigger of the Narcissus*, www.gutenberg.org
- DE LA CRUZ, SAN JUAN, *Cántico espiritual*, Valladolid, Miñón S.A.
- DOSTOYEVSKI, Fiódor (1985) *Crimen y castigo*, Madrid, Alianza.
- FUNES RIVAS, M^a Jesús (1998), *La salida del silencio*, Madrid, Akal.
- GÓMEZ MORAL, Ana Rosa (2001), “Una interpretación de la fuerza”, *El Correo*.
- KADARÉ, Ismaïl (1990), *El viaje nupcial*, Barcelona, Ediciones B.
- HAVEL, Václav (1997), *Largo desolato y otras obras*, Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- INGVAR, D. H., (1985), *Memory of the future*, National Center for Biotechnology Information, www.ncbi.nlm.nih.gov
- LANZMANN, Claude, *Shoah*, Filmax home video.
- LEVI, Primo, (1997), *If this is a man, The truce*, Londres. Abacus.
- LEVINAS, Emmanuel (1991), *Ética e infinito*, Madrid, Visor.
- (1991), *Humanismo del otro hombre*, Madrid, Visor.
- MELVILLE, Herman (1999), *Moby Dick*, Barcelona, El País Aguilar.
- ORWELL, George, 1984, www.planetalibro.net
- PALLARÉS, Francesc (2002), *Las elecciones autonómicas de mayo de 2001 en el País Vasco*, Barcelona, Instituto de Derecho Público.
- SCHREITER, Rober J. (1998), *Violencia y reconciliación*, Maliaño (Cantabria), Sal Terrae.
- SCIAOLA, Mario (1993) *Renato Curzio. A cara descubierta*, Tafalla, Txalaparta.
- SCIASCIA, Leonardo (2009), *L'affaire Moro*, Milano, Adelphi.

SHAKESPEARE, William (1990), *Romeo y Julieta*, Madrid, S.A. de Promoción y Ediciones.

SONTAG, Susan (1996) *El amante del volcán*, Madrid, Alfaguara.

SZYMBORSKA, Wilsawa (1997), *El gran número. Fin y principio y otros poemas*, Madrid, Hiperión.

VASCONCELOS, José, *La filosofía de la coordinación*, www.filosofia.org

VV.AA (1997), *Ermua, 4 días de julio*, Madrid. El País Aguilar.

WEIR, Peter (1998), *El show de Truman*, Paramount Pictures / Scott Rudin Productions.

WORDSWORTH, William, *Intimations of Immortality*, www.bartleby.net
www.elpais.com/especial/eta

YOYES, González Katarain, M^a Dolores (1987), *Desde su ventana*, Pamplona, Garrasi.

ZAGAJEWSKI, Adam (2011), *En la belleza ajena*, Valencia, Pre-textos.

ZAMBRANO, María (1996), *Persona y democracia*, Madrid, Siruela.

ZUBERO, Imanol (2000), *Columnas vertebrales*, Alegria (Gipuzkoa), Hiria.
-(1996), *Movimientos sociales y alternativas de sociedad*. Madrid, Ediciones HOAC.

ZWEIG, Stefan (2010), *Castellio contra Calvino. Conciencia contra violencia*, Barcelona, Acantilado.